

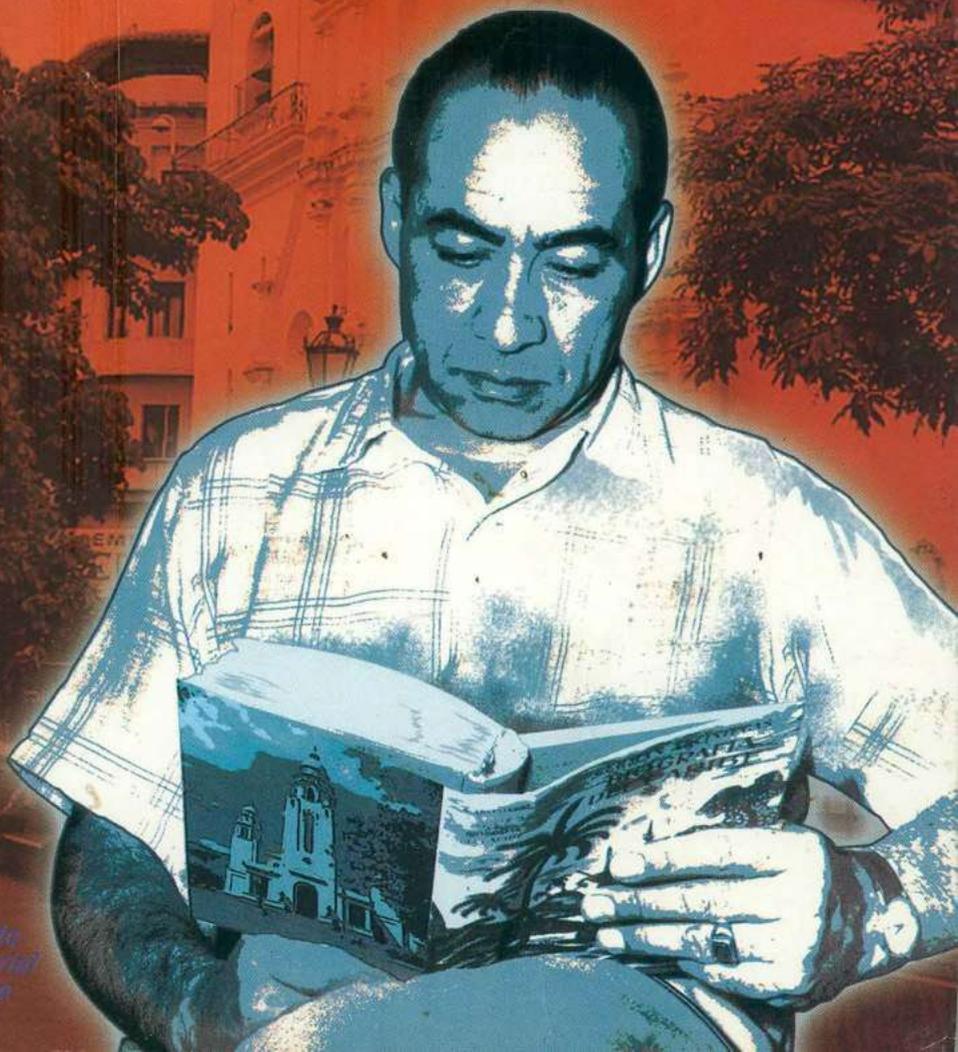
COLECCIÓN



Los pueblos Resisten / Zobeyda La Muñequera

Manuel Rodríguez *habla a* Caracas

Manuel Rodríguez Cárdenas



Fondo
Editorial
Ipasme

**MANUEL RODRÍGUEZ
HABLA A CARACAS**

Dr. Manuel Rodríguez Cárdenas

Comandante Hugo Rafael Chávez Frías
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Lic. Maryann Hanson Flores
Ministra del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme
Prof. Favio Manuel Quijada Saldo
Presidente

Ing. José Alberto Delgado
Vicepresidente

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams
Secretario

Fondo Editorial Ipasme
Lic. José Gregorio Linares
Presidente



MANUEL RODRÍGUEZ HABLA A CARACAS

Dr. Manuel Rodríguez Cárdenas

COLECCIÓN



Los pueblos Resisten / **Zobeyda La Muñequera**



MANUEL RODRÍGUEZ HABLA A CARACAS

Autor: Dr. Manuel Rodríguez Cárdenas

Depósito legal: If 65120103202561

ISBN: 978-980-401-081-1

Diagramación: Elia Gallegos S.

Ilustraciones: Douglas Muñoz.

Impreso por: Inversiones Manvico 691, C.A.

Corrección: Freddy Best González

Comité Editorial:

José Gregorio Linares

Sagrario De Lorza

Alí Ramón Rojas Olaya

Ángel González

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina
Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: +58 (212) 633 53 30

Fax: +58 (212) 632 97 65

E-mail: fondoeditorial.ipasme@yahoo.com

Página Web: <http://fondoeditorialipasme.wordpress.com>

Salutación

El nivel directivo del Fondo Editorial Ipasme, en gesto sorpresivo e inmerecido por mí, nos ha confiado la exigente responsabilidad de redactar esta nota introductoria del libro “Manuel Rodríguez Habla a Caracas”, contenido de las hermosas y singulares crónicas del doctor Manuel Rodríguez Cárdenas, publicadas a lo largo de muchos años en la prensa venezolana bajo los genéricos títulos “El Ferrocarril de las Hormigas”, “Una Grieta en la Muralla” y “Baúl de Viejo”.

Para comenzar, diré que esta “encomienda” representa el más alto y grato honor que he recibido en mi humilde carrera periodística, la cual rebasa ya las cinco décadas.

Pero... ¿Quién fue el doctor Rodríguez Cárdenas? Respuesta sencilla. Fue durante un cuarto de siglo, o más, brillante profesor de literatura, abogado, orador memorable, políglota, cronista sin par y ante todo y por sobre todo, motor de una institución artística conformada por muchachas y muchachos de las barriadas más humildes del país quienes, bajo el nombre histórico de “Retablo de Maravillas”, sembraron de luz, calidad y esperanza, todos los espacios geográficos de Venezuela y de numerosos países del mundo.

Para que el amable lector se forme una idea del valor de este yaracuyano, citemos que del “Retablo de Maravillas” saltaron hacia la luz y el respeto

nacional e internacional, personajes como Yolanda Moreno “La Bailarina del Pueblo Venezolano”; el declamador Víctor Morillo, “El Tricolor de Venezuela”, Morella Muñoz, Marina Auristela Guánchez, Aída Navarro, Rafael Suárez, Julita de la Rosa, el Cuarteto Caraquita, Rafael Carías Aldrey y Luis Peraza “Pepe Pito”, hoy tenidos como glorias artísticas inolvidables.

Adicionalmente, fue el doctor Rodríguez Cárdenas líder de los poetas negroides en América Latina, de quien a quien con Nicolás Guillén, por sólo mencionar un nombre inmortal.

Para finalizar, quiero dejar pública constancia de que si, alguna vez mis humildes letras llegaran a tener alguna aceptación, ese milagro se deberá a la palabra paternal del doctor Manuel Rodríguez Cárdenas, quien en su oficina del Instituto Venezolano de Ciegos, en los Rosales, Caracas, donde se encerró para apartarse de la envidia y la maldad de los mediocres de siempre, después de hacerme los chistes que tanto parecían agradarle, como aquel de llamarme “delincuente”, con el original de mi pequeño cuento Sol Ángel entre sus manos me dijo: “No se a quien fusilaste por allí, pero este trozo de papel merece ser insertado en la antología de los mejores relatos cortos de la literatura venezolana”.

Así fue, así ocurrió y así lo refiero, con el compromiso de seguir tratando de escribir y luchando para no defraudar a ese inolvidable personaje de la vida cultural venezolana: Manuel Rodríguez Cárdenas.

Venezuela y Latinoamérica mucho le adeudan.

Freddy Best González

Prólogo

Manuel Rodríguez Cárdenas fue un hombre completo. Venezolano que amó a su país como muchos otros nacidos por estas tierras; sin embargo, él se ha distinguido de los demás por su peculiar forma de expresar el amor por su tierra. Toda su vida la dedicó a llevar el mensaje de lo grande que es su gente, su naturaleza, sus costumbres, la noción alegre de la vida que tiene el venezolano; en resumen, todo aquello que conforma una sociedad propia y diferenciada de otros que habitan en el mundo.

Esa noción tan particular lo llevó a ser un fantástico transmisor de sus percepciones y de cómo él veía al mundo que lo rodeaba. Por ello, siempre nos decía en la intimidad de la familia, “nunca te vayas a dormir sin haber enseñado algo nuevo a alguien”. Ese fue el centro de su vida, transmitir. Por eso se hizo poeta; desarrolló de manera extraordinaria su verbo y la prosa; fue profesor de muchas generaciones de venezolanos; columnista y director de diversos diarios nacionales; fundador de uno de los movimientos culturales más importantes que ha visto el país, como ha sido el Servicio de Cultura Obrera; el teatro Obrero del Ministerio del trabajo, así como el “Retablo de las Maravillas” y posteriormente, Danzas Venezuela, agrupación de danzas nacionalistas de renombre mundial, entre muchas otras actividades.

Igualmente, fue gran observador social que combinado con su fantástica pluma, podía captar en sus escritos la esencia de los eventos más impor-

tantes. Muchos de estos eventos ocuparon los titulares de las noticias del momento, otros, pasaron desapercibidos en los diarios, pero muestran características fundamentales de nuestra sociedad.

En “Manuel Rodríguez Habla a Caracas”, se ha hecho una recopilación de 50 artículos escritos durante un período que abarca desde finales de los años 40 hasta los setenta y que fueron publicados en los distintos diarios capitalinos. En ellos se encontrarán reseñas de eventos, lugares, costumbres o personajes que caracterizan a la capital. En muchos artículos, se hacen referencias a problemas de la ciudad y sus habitantes, que parecieran haber sido escritos hoy, porque los mismos siguen estando presentes y con la misma intensidad del pasado. Otros, se refieren a personajes que pocos recuerdan lugares que han sido transformados por el crecimiento del asfalto y el concreto. En todos, el lector encontrará un mundo mágico que le presenta una perspectiva única de la ciudad.

Está usted pronto de iniciar un viaje sorprendente y distinto por parajes que tal vez consideró cotidianos pero vistos con los ojos del amor y de la poesía. “Cuiden de sus poetas, de sus escritores, de sus artistas porque ellos son sus más devotos y desinteresados servidores”. Don Pedro Sotillo.

Manuel Rodríguez Moreno



Una Calle en la Ciudad



La calle cae casi perpendicular sobre las avenidas pavimentadas donde corren los automóviles. Más que una calle es una trocha que las gentes fueron abriendo por sobre el cerro. El cerro colorado, resbaladizo y gredoso. Cuando llueve, las aguas arrastran pedazos enteros color bachaco, a manera de gajos pesados. La humedad penetra por los poros de la tierra, hace una pasta pegajosa, como alfeñique. El suelo se infla, embebido en el agua que cae, interminablemente, y baja por millares de serpientes veloces a meterse en la calle. El suelo se abomba y revienta. La corriente se torna más leonada. Y así, hasta que concluye el aguacero. Entonces todo el piso queda cubierto por una capa escurridiza donde patinan los transeúntes. Hay una pobre viejecilla, la que pide limosna, que siempre sale después de llover. O a lo mejor sale a todas horas, pero es después de llover cuando se cae al suelo en medio de grandes gritos, y ha que ir a levantarla, y la gente se da cuenta de que ha salido.

Si el tiempo es seco hay un polvillo rojizo que el viento hace remolinear. La ventolera llega a rachas sucesivas levantando papeles y malos olores, como si soplara a propósito. Luego se atorbellina, torciéndose como un tirabuzón. El polvo que estaba en el suelo, caliente y seco, se levanta con alegría, igual a un muchacho que se despierta. Y se va con el ventarrón hasta las nubes. Por allí anda, horas y horas, bajando, subiendo, cayendo sobre los techos de hojalata, volviendo a rodar. El resultado es que la

gente cierra las ventanas y limpia todo el día con los ojos colorados. O se fastidia y no limpia más y todo está sucio. Los muchachos partes los granitos de polvo sobre los dientes con un chirrido. Los mayores escupen entre insolencias.

Sobre la calle dan las casas; los ranchos, mejor dicho. No se sabe por dónde empezaron a construirlos, si por arriba, o por abajo, o por la mitad. Por cualquier lado pudo ser, dada la confusión, las interrupciones y las torceduras. Son muy feos: las paredes de hojalata o tablas, con pedazos de cartón. El habitante más rico de la calle es Isidoro, el bodeguero, que ahora tiene cuarenta años y el vientre abultado. Antes iba con un carrito en horas de la madrugada a la molienda. Llevaba hasta ocho latas de maíz cocido que luego subía convertido en masa, e empujones, entre malas palabras, cerro arriba. Su mujer, muy flaca y desgredada, hacía arepas: cien, doscientas, mil arepas, que Isidoro bajaba de nuevo en el carrito para las pulperías del vecindario. Ahora Isidoro tiene otra mujer, más bonita, con dientes de oro. La llaman “La Culisa” porque parece de El Callao, pero nació por los lados de El Guarataro. Y tiene la casa mejor de toda la calle, con su pedazo de acera y un poste con luz. Afuera hay un letrero azul que dice “El Guamazo”.

Las casas se atropellan unas a otras, como cabras que trepan y son tan pequeñas o tan calurosas que la gente prefiere estar afuera. Por eso la calle está siempre llena. Es allí realmente donde se vive. Cada quien tiene su pedazo, pero trata de colarse en el pedazo ajeno. “La calle es libre”, dicen, pero forman el gran escándalo cuando descubren a otro que está metido en la porción considerada como propia. Hay puñetazos y malas palabras. Y un policía que se pasa todo el tiempo subiendo y bajando, sin saber que hacer con los arrestados. Cuando agarra a uno, se le van los otros. El se conforma

con tocar un pito, para que se asusten, pero nadie hace caso. Y todo el mundo sigue insultando. Sobre todos las madres, que se tienen horribles sobrenombres -“La Cable Cambiado”, “La Corneta de Pera”, “La Pongan la Olla”- por los pleitos de sus muchachos.

Detrás del cerro pasa el tren. Un ferrocarril pequeñito con mucho humo y tres o cuatro vagones cargados de leña. Atrás lleva siempre un coche con asientos de madera donde los pasajeros se alinean de dos en dos, mirándose las caras. Es lento el ferrocarril y puede verse a los viajeros, hasta detallarlos, por el vano de la ventanilla. Son campesinos que el tren toma al paso, deteniéndose. Visten blusa azul y sombrero negro; las mujeres, con pañuelos amarrados en la cabeza, traen niños enfermos a consultar con el médico. El ferrocarril pasa con su penacho, resoplando agradablemente. Un maquinista de gorra asoma la cabeza, poniéndose la mano como visera sobre los ojos. El silbato suena, largo, una y otra vez, con un alarido triste, melancólico, penetrante. Los muchachos del otro lado del cerro, los de la calle, corren gritando, para coger puesto de primero y ver pasar, allá abajo, el sonoro trencillo. Es una algarabía jubilosa, todas las tardes, como si se rompiera una jaula con muchos pájaros que volaran en tropel hacia las nubes.

Todos corren menos él. Es un muchachito flaco, el cuerpo muy enjuto, el vientre inmenso. Tiene las piernas torcidas, dobladas hacia atrás, sin pies. Nació así, hijo de una loca, la cual a su vez era hija de otra loca. El muchachito parece una araña, con la enorme panza abultada y los hombros quebrados en que sumerge la cabeza. Por encima de todo, los larguísimos brazos y los dedos huesudos y las uñas sucias, para agarrarse de los deslizaderos de la calle y trepar, o para arrastrarse bajando, y meterse por todo aquello. Es loco, seguramente, pero no puede saberse a ciencia cierta porque

no habla. Si dijera algunas palabras el médico podría ponerle audífonos en el corazón o darle golpecitos con un martillo en las articulaciones y preguntarle. Pero nadie se ocupa de llevarlo al médico porque ya se sabe que va a ser inútil. El ríe, solamente, y basta. Sus ojos son muy bellos.

El chico vive en casa de Bonifacio, el quincallero, que tiene un rancho a mitad de la calle. El lo sacó del barro donde su madre lo dejó abandonado y se lo llevó para su casa de una sola pieza. Bonifacio es la alegría del barrio, su alma, su corazón, su vida. Parece mentira que un hombre tan feo, sea tan alegre; que esté al lado de todo el mundo y que todo el mundo lo quiera. La casa tiene el frente pintado con muñecos azules y letreros. Es que Bonifacio se siente artista. También tiene una veleta de hoja de lata que suena como un zumbador cuando sopla el viento. Y un loro verde. Pero no tiene puerta, sino una tabla que Bonifacio recuesta en el vano, de noche, para que no se le meta el frío.

El quincallero sale por las mañanas con “su negocio” al hombro. Es una especie de azafate lleno de cuentas, prendedores, zarcillos, collares, pulseiras, medallas y escapularios. Por la orilla cuelgan abalorios y bambarrías de mil colores. Ese azafate tiene varios pisos, unos arriba de otros, según las partes del cuerpo en que se usen los adornos: piso para las manos y los brazos, con sortijas y guantes; piso para la cabeza, en el que hay desde ganchos para el pelo hasta anteojos. Es divertido ver a Bonifacio adaptando anteojos. Coge un almanaque y le monta las gafas al cliente. -“¿Qué animal es éste?....- “Un conejo”.... -“Ah carrizo, usted está bien mal. ¡Cuando confunde un chivo con un conejo! Los anteojos le van a costar caro”. Y le pone otros y otros, hasta que el comprador dice que el animal es un chivo. Entonces está bien -“Son cinco bolívares”, dice Bonifacio, y anota en una libreta, porque Bonifacio vende al fiado y es el consuelo de aquel mundo menudo, pobre sencillo y desdichado.

Hoy la calle es un hervidero. Están envenenando perros y no hay casa que no tenga dos o tres. La cosa empezó intempestivamente, como todas las tragedias. El policía llegó muy temprano, silbandito, con una caja llena de pedazos de carne. Los perros estaban echados afuera, esperando la hora de salir a vagabundear. El policía los despertó uno a uno, con su silbidito y con palabras finas. -“Ven acá, perrito, para darte tu alimento”-. A los perros les extrañó, porque el policía sólo les daba patadas, pero creyeron que el hombre se había vuelto loco. Y comieron. A poco, empezaron a caer, a rodar entre convulsiones, a chirriar los dientes y echar espumarajos.

La calle es un hervidero; gritos, maldiciones al policía, llanto. Un hombre está amolando un machete y dice que va a vengar su perro. La mujer tiene la puerta atrancada y está de rodillas delante de un santo pidiéndole a gritos que detenga al hombre. El policía se ha colocado el revólver en la parte delantera y se pasea por la esquina.

De pronto un perro lanudo cae revolcándose frente a la casa del quincallero, los dientes apretados y los ojos blancos. El muchachito sale arrastrándose, como una araña, penosamente, hasta que se acerca al animal agonizante. El perro se ha quedado tendido, yerto.

El tren, con sus campesinos, sus vagones, sus mujeres de pañuelos en la cabeza, está pasando, como siempre, por detrás del cerro. Pero esta vez nadie ha subido a verlo.



Una grieta en la Muralla

Domingo en la Mañana



Caracas, agosto de 1961. Después de muchos años de aislamiento en nuestra covacha de extramuros decidimos el domingo pasado “echar una cana al aire”. Esto, para nuestra existencia de austeridad galopante, era visitar la ciudad en horas matinales, escuchar la retreta en la Plaza Bolívar y, si nos quedaban fuerzas, descorchar una posible botella de refrescos en algunos de los ventorrillos de chinos que se nos figuraba pudieran existir todavía, como en “los tiempos de Ñaupá. Con la cabeza llena de tan acartonados y seráficos planes, salimos a cantar las ocho en el reloj de la pared. Una lluvia fina y pertinaz, de gotas oblicuas, nos recibió por las callecitas del barrio. Y lo consideramos signo afortunado. Sin pretenderlo tal vez, el paisaje se había cubierto de neblinas nuevas y apacibles, como antaño, cuando la gente de Caracas se ponían la bufanda y el chaleco para ir a misa. Nosotros nos fuimos calle abajo. Y cosa rara, cosa que nadie hace tampoco ahora, silbábamos. Estábamos, pues, girando en órbita de una época pasada. Éramos a como viajan de rápidos los tiempos en esta era, un trasunto de la remota antigüedad. Para decirlo en imágenes: como si un gliptodonte se hubiera puesto de pronto, en mitad de la calle, a tocar el contrabajo.

Cuando por fin llegamos a Caracas, nos encontramos la ciudad desnuda. Sin una piltrafa siquiera de su camión de ruidos: pocos automóviles, un vendedor de loterías que nos siguió seis cuadras para probar que la astrología protegería su número en el momento del sorteo, un enano colombiano

que decía haber nacido en San Antonio del Táchira. Y más nada. Nada que no fueran dispersos grupos de padres endomingados, de muchachos alegres, algún vendedor de libros viejos metido en el portal para cubrirse de la llovizna. Nosotros, como hace tanto tiempo no lo hiciéramos, caminábamos silbando, las manos en los bolsillos, igual a pordioseros bajo la lluvia.

Y fue de esta manera como llegamos a parar -andando, andando- bajo la marquesina de uno de los teatros. Las cosas que suceden de repente vienen marcadas con un signo sabroso de aventura. Nos acordamos de aquellas tardes jubilosas del “Rialto”, cuando la siempre musical Julita de la Rosa tocaba el piano para las películas silentes. Grandes cartelones con pintura de vaqueros llenaban la taquilla; unas letras que pintarrajeaban a quienes se les aproximaban demasiado, proclamaban en minio y azulillo los precios de la tanda. El “gallinero” costaba un real. Y en medio de la pobreza franciscana de aquellos días estudiantiles, sobraba siempre algo para comprar dos inmensos paquetes de maní, llenos de conchas y hasta de minúsculos gorgojos con que colmar de encantos la dureza del asiento. Uno tendía un pañuelo sobre el cemento, se acomodaba a codazos, se quitaba la chaqueta y empezaba a pitar. ¿Para qué pitaba? ¡Quién lo sabe! Porque se estaba alegre, porque daban ganas y porque no se le hacía con ello mal a nadie. Pitando, comiendo maní y lanzando las conchas hacia todos lados, llegaba la hora. Unos empleados con ganchos para correr las tablas, ensombrecían el local. ¡Qué de gritos más sabrosos! ¡Qué de sobrenombres y apelativos para aquellos monosabios! Abajo comenzaba Julita a deshilvanar la madeja de un vals. Y todo el mundo aplaudía. Así llegaban los vaqueros, reventaban sus tiros, asaltaban sus diligencias. Y se iba el atardecer.

Ahora tengo delante de mí un grupo apacible de niños que entran al local de mano de sus padres. Ya se ve que no todo es retroceso en la época

moderna. Nada hay de empujones, silbidos, ni conchas de maní. Se sientan con una compostura de adultos, se saludan dándose la mano y hasta comentan la película por adelantado porque resulta que se han leído lo que dicen las hermosas pinturas del vestíbulo. Luego, cuando la luz se extingue, nadie cambia de asiento, ni hay uno solo que grite aquellos sabrosos sobrenombres de antaño. Todo es armoniosamente limpio en esta mañana cinematográfica.

Cuando salimos a la calle, llueve aún. La parvada de niños comenta en voz opaca las agradables incidencias del film. Yo enfilo hacia mi barrio lejano, de grandes edificios colectivos. Y otra vez vuelvo a ser en medio de la apacible muchachada, el signo de un viviente anacronismo. Tal vez nadie se dé cuenta. Pero allá, en el fondo silencioso de mi espíritu, vuelve a aparecer el gliptodonte. Y es que ahora, como antaño, por el túnel de llovizna y remembranzas, voy silbando.



El Ferrocarril de las Hormigas **Petare Colonial**



Yo confieso una vieja admiración por el pueblo de Petare. Soy, además, administrativamente, súbdito del Distrito Sucre del Estado Miranda porque vivo en su jurisdicción. No obstante cuando atravieso en estos tiempos la superpoblada calle central de la ciudad o cuando me veo obligado a cruzar por los peligrosos aledaños que la circundan, siempre llevo en la memoria al Obispo Mariano Martí. El ilustre prelado visitó lo que era entonces un pueblo tranquilo con 1241 habitantes y 385 casas, pero no pudo dejar de anotar algunas observaciones negativas. Era el 14 de octubre de 1772 cuando el obispo llegó a las 6 y 15 de la mañana tras hora y cuarto de cabalgata desde Chacao. Apenas llegó, apuntó en su Libro Personal: “Me dize este cura que el guarapo ocasiona los escándalos y borracheras y que es mucho lo que se consume”. Luego y según su meticulosa costumbre, ordena una serie de medidas que deja apuntadas en el Libro de Providencias: “que los padres de familia... no consientan que sus hijos e hijas como los demás de su familia en llegando a la edad de la discreción duerman en una misma pieza y mucho menos en una propia cama”; que “el cura no cese de clamar que en el presente distrito se practican bailes, saraos o fandangos en que así de día como lo que es más peligroso de noche concurren hombres y mujeres con tan evidente riesgo de sus conciencias y peligro de embriagueces que regularmente resultan de ellos”; “que el expresado cura por ningún motivo permita la representación de comedias, ni autos sacramentales..”. Y sigue por ahí, mencionando entre otras cosas los velorios en que, dice, se originan grandes bebezones.

Digo que me acompaña el recuerdo del Obispo Martí porque Petare y sus hoy terribles aledaños fueron bucólicas regiones. Al comienzo, desde su fundación en febrero de 1621 el pueblo de doctrina de indios Dulce Nombre de Jesús de Petare estuvo cercado de aguas alegres y bulliciosas: el Guaire, el Caurimare, la Quebrada del Loro. Sus tierras amenas y fecundas sirvieron primero para el intenso cultivo del trigo y más tarde para el cacao y la caña de azúcar. Famosas haciendas circundaron la región con sus penachos. Hoy sólo perviven los nombres de algunas en la moderna toponimia: La Urbina, Turumo, Las Mercedes, La Florida. En una colina de El Cerrito erigió Tito Salas su graciosa mansión “El Toboso” y todavía, a comienzos del 50, persistían los altivos chaguaramos y bambúes que orquestaban el camino hacia la hermosa casona colonial de La Urbina.

Hoy dentro de la villa coexisten dos corrientes antagónicas: una es la brecha escalofriante por la cual se abre paso el presente: las barriadas marginales, el tránsito feroz, los tenderetes buhoneriles, la delincuencia, el apretujamiento y los chillidos que recuerdan algunas calles de El Cairo. Unos metros más arriba, por senda estrecha y tímida se alcanza el sector llamado “colonial”, donde aún pervive el aroma gracioso del pasado. Con admirable sentido y excelente gusto las autoridades han conservado o reconstruido viejas mansiones y preservado el ambiente apacible de las gráciles callejuelas de antaño. Visitar la zona es recibir la armoniosa bocanada del recuerdo. Es rendir homenaje a los hombres que a través del tiempo hicieron de la villa su refugio de empeño: los Clemente, Juan Meserón el músico, Juan González el pintor, y más acá, Celestino Lira y Juan de Dios Guanche, y el compositor Ángel María Landaeta con su inmortal “Adiós, ¡A Ocu-mare!” que es el vals de despedida de Petare y no de la ciudad que nombra, como equivocadamente se cree. Tierra en fin, de Bárbaro Rivas, dueño de un mundo sumergido, pintor y taumaturgo, creador extraño que hoy se des-

cubre como ingenio. En esa zona, en fin, territorio de la cultura, donde se aposentan en admirables y graciosos edificios la Galería de Pintura, el Museo de Petare, el Teatro César Rengifo, la Casa de la Cultura; donde se alinean sobre el empedrado los graciosos faroles y se asoman hermosas balconadas a la calle.

Yo invito al lector para que visite un día domingo las tranquilas callejuelas, con su templo, su plaza, sus rosales. El Museo de Petare es un encanto, lleno hasta reventar de pueblo, sentado a la buena de Dios por los corredores mientras se exhiben obras de pintores ingenuos y suenan los tambores con canglor poderoso. Se gustan dulces antañones: la conserva cojita, la torta bejarano y se escancia la guarapita, el malojillo, el vetusto enchinado. Un museo emocionante y lindo, donde es sabroso pasar inadvertido y conversar con intranquilos jóvenes del pueblo.

En fin, con todo respeto, yo le digo al espíritu del Obispo Martí que estas cosas de la cultura activa (entre ellas las comedias que a él no le gustaban) combaten con más eficacia las “bebezones” de los fandangos y las indiscreciones de los parientes en la misma cama, que los regaños que él dejó prescritos en su Libro de Providencias. ¡Ojalá pudiéramos tener un Petare colonial en cada barrio de Venezuela!.

Domingo 28 de junio 1987



Nuestra Ciudad



A veces, cuando uno se pone a mirarla desde algún balcón o saledizo, comprende la rápida marcha de nuestra ciudad. Hasta hace poco la mirada tropezaba donde quiera con una línea vegetal. Los árboles alzaban sus puños, bajo el cielo claro, las tapias de zócalos vistosos los abrazaban dulcemente, los tejados zigzagueaban, se perdían, volvían a aparecer como manchas esquivas. Caracas era, en fin, vegetal. Era un paisaje.

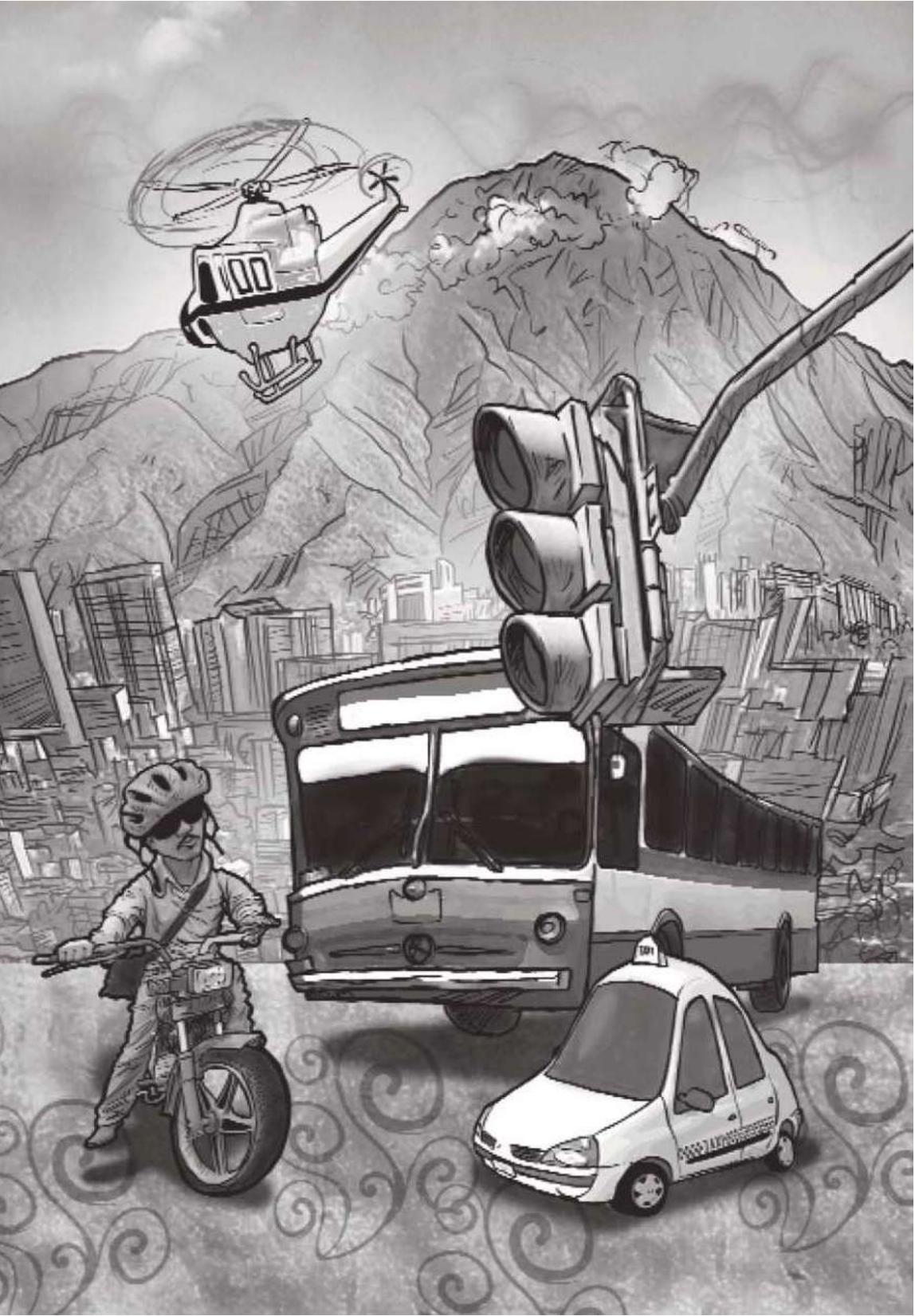
Hoy no. Los árboles han caído, las casas reducen su extensión para ganar altura, la ciudad que antes se perdía entre la verdura del valle, levanta ahora sus dedos al firmamento. Por la primera vez se le mira a Caracas lo que llaman los niuyorkinos “the sky-line”: el perfil sobre el horizonte, lo que levanta la ciudad sobre el cielo al trasponer la línea horizontal.

Como empezamos todavía, no es muy serena la sensación. Las grandes ciudades viejas, aún cuando sean de piedra y vivan muy agitadas provocan a la distancia una emoción de poderoso equilibrio. París, Roma, la misma Nueva York se aparecen ante el viajero cuanto éste las mira, como si hubiesen estado siempre allí, por millones de años, esperándole; como si nunca hubieran de desaparecer. Sus fachadas rojas o vetustas, su enjalbegado que el polvo cubre, sus canterías donde el tiempo golpea sin dejar huella, han adquirido ya un matiz de grave responsabilidad: son respetables, uniformes, severos; tienen historia, aunque sólo sea nuestra imaginación quien se las crea.

Caracas no. Pocas veces se da este preciso instante con la rapidez con que lo vive nuestra querida ciudad. Las grandes urbes del mundo, con las famosas excepciones de Babel, aquella donde las lenguas se trocaron, y las poblaciones norteamericanas; las grandes ciudades, digo, han llegado a serlo tras un proceso de siglos. Uno camina por Madrid y va mirando a pedazos la historia: en los nombres de las calles, algunos refulgentes de aromoso perfume, otros agudos como las espadas; en un farol de hierro taraceado que cuelga sobre la calle como un testimonio de que por allí pasó, en una noche peligrosa, Don Francisco de Quevedo, en cualquier cosa, en fin, se asoma el viejo corazón a saludar.

Y es que la transición ha sido lenta. Los hombres han ido, generación tras generación, construyendo calles, parques, iglesias y conventos; la plumada de levantar paredes y el martillo de conformar el mármol se alzaban en las manos del hijo cuando el padre no acertaba a conducirlos. En Caracas, por el contrario, todo ha venido de un golpe. Recuerdo que hasta hace poco nos contábamos por miles los habitantes. Hoy ya acudimos al millón: “medio-millón” decimos, con presunción, como los hombres queridos, que llaman “media-naranja” a sus mujeres.

Claro que es una consecuencia de modificaciones sociales y económicas. La casa sigue a la familia: cuando ésta era sólida y numerosa, las tapias cercaban rosaledas, huertos, establos, corrales sonoros de pavos y gallinas; hoy, cuando es pequeña e incierta la familia, el apartamento escaleras arriba es una jerigonza de timbres, divorcios y cokteles. Lo mismo pasa en todo, porque el mundo de hoy tiende a los sustitutos, a las síntesis químicas y la reducción de espacio. Todo se conserva en hielo, desde el cadáver de un Embajador hasta la sopa de fideos con pollo.



Caracas, pues, cambió bruscamente. La rapidez no ha permitido uniformidad. Uno la mira extrañado, con sus edificios delgaduchos y vertiginosos, al lado de un casuchín de hoja de lata. Por aquí asoma, por entre la luz de un puente, una feroz estructura de hierros; por allá, la chimenea de una fábrica. Una casa se levanta, otra cae. Donde había hasta ayer lujosas mansiones se abre una avenida, mientras la calle se cierra y se convierte en túnel. Es un caos, como si un monstruo de hierro hubiese golpeado nuestra ciudad con poderosas mazas.

De allí surgirá la gran urbe, con un hombre hecho para vivirla. Quiero decir: un habitante que será feliz en ella, porque lo que es hoy, los que vamos marchando al filo de la transición no nos sentimos del todo cómodos. Lo que sucede es que la ciudad ha cambiado sin darnos tiempo para cambiar nosotros. Por eso, en lo espiritual sucede lo mismo que en lo físico. Hay derrumbes, torres a medio caer, solares vacíos. De ahí sale la hibridez mental, la penuria emotiva, el triste colonato de la guaracha y el tamborileo.

Acaso no haya nada que defina a una ciudad mejor que sus noches. Es entonces cuando se nos muestra en desnudez, como las mujeres; sin abalorios, sin adornos, sin gritos; ella. Pues bien, la noche actual de Caracas es muy triste. Unos hombres, bajo un hilo de luces, cavan, cavan. Y hablan italiano. De vez en cuando, la barrena a presión de aire rompe el silencio con su gangosa ametralladora. Y nada más. Algún coche que cruza a gran velocidad, la música enfermiza de un cabaret, una mujer pintarrajeada.

Es también la transición. Llegará un tiempo en que las noches caraqueñas tengan su sello definitivo, bajo la gran ciudad. En el pasado lo tuvieron. Me refiero al pasado de las serenatas en las altas ventanas pastoreñas, cuando los barberos punteaban la guitarra generosamente, para endulzar

los trovos de algún enamorado. Entonces el silencio descendía desde muy alto, como un pañuelo que cayera de manos de la estrella más lejana y se oía el decir del instrumento, muy fino, muy tallado, como cristal de copa, entre el agudo cabildeo de los gallos.

Mañana, un hombre distinto a como somos hoy, marchará por entre su medianoche caraqueña. Las estrellas estarán arriba, claro está, como estuvieron ayer y estarán siempre; acaso algún árbol de los que miramos hoy pequeños en cualquiera de los parques, también esté, ya convertido en gigante de inmensas ramazones; tal vez un perro ladre, también, como hace tantos años ladraban los errantes canes de los carreteros bajo la luz de su farol de vela. El caraqueño, sin prisa, mirará hacia los altos edificios y verá las fachadas rojas, tranquilas, uniformes. En una de ellas, estará abierta una ventana con la luz encendida. Y el caraqueño de entonces marchará hacia su noche -¿cómo será su noche?- jubilosamente.



Una Grieta en la Muralla

El Pajarillo Muerto



Caracas, junio de 1961. Esto nadie lo ve, ni a nadie le interesa. Acaso estas líneas que empiezo a escribir, tampoco haya nadie que las lea porque el motivo es nimio y sin valor frente a los angustiosos problemas de la hora. Pero es que al pie del árbol sediento de mi jardín liliputiense, he hallado un pobre pájaro muerto. Era un humilde pajarillo venezolano, sin prestigio ni nombradía; uno de aquellos cuyo silbo estridulario cruzaba entre alegrías por los sonoros patios de la infancia; un “juega-la-piedra” como les decimos cuando los mirábamos esquivar entre las espesas copas de los bucares, los guijarros silbantes de nuestras hondas.

Entre las avecillas de cantío existen jerarquías por culpa de los hombres. El mismo criterio que impulsas a los racionales a separar un niño negro de un niño blanco, los lleva a establecer pedigrís entre los pájaros. Los humanos parecen no haber recibido el don carismático de percibir la belleza entre el zarzal de la humildad. Para ellos es preciso que el objeto salte, rebrille, grite y pronuncie su hermosura. Jesús, por eso, fue crucificado, porque siendo rey de un triunfo de corazones, llevaba la túnica raída y cabalgaba el jumento de oreja puntiaguda. Entonces, el volátil, debe tener otro atributo que el de su simple condición, y los humanos lo hemos buscado en cosa tan intensa como es el comer alpiste y, sobre todo, en el no haber volado nunca, como los pájaros del pueblo, sobre los ureros, los ceibos, los samanes del terrazgo natal. Nadie coloca en una jaula ni exhibe

con orgullo a las visitas, al gárrulo quen-quén, al enigmático pico-de-frasco, ni siquiera a la flauteril paraulata con traje de ceniza. No. Ellos comen cambures, mangos, jobos y a veces hasta exornan sus plumajes con el granate de la pomagás.

Por eso ha muerto este pobre juega-la-piedra entre las ramas desnudas del ceibo que algún día, cuando ya sea muy viejo, dará lana-tambor. Hoy ni siquiera sombra da. El agudo verano levanta su cortina de chicharras y la sacude como punta de diamante en el paisaje. Sequía, yermo, desesperante sed, rojizos cristales de sal, rodean el horizonte. De muy lejos, de allá, de los hermosos hontanares donde hubo un pequeño arroyo saltarín, un encendido cundiamor, un apretado olor de anamú con alegres y penetrantes guayabitos; del rincón placentero, en fin, donde naciera, debió partir el pájaro amarillo en busca de cobijo y protección. Cosa terrible es que la pequeña fauna no sepa geografía. El avecilla de ojo enceguecido, topó con la ciudad: edificios, rúas, carrmatos, estridencias, altas torres desnudas, cristales donde el sol se copia y multiplica entre dardos de fuegos y campanas. A más de una fenestra debió llamar; a más de un trozo de vidrio debió acercarse, confundido por el recuerdo del centellear del agua. Y más de una mano dura, mano urbana hecha a la inclemencia del encierro, debió lanzarse sobre él con gesto inconfundible. Si hubiese sido un canario, cuya fama le hace provenir de teutónicos países, un periquito de Java, una alondra de Borneo, si hubiera sido siquiera una catalufa de Basutolandia, allí estuviera ahora en jaula o alcándora dorada, munido de cebadas, fortalecido de bizcochos, reconfortado de hojaldres que al decir de los países imperiales, plurifican el canto y afinan los gorjeos.

Pero era un juega-la-piedra, un pájaro amarillo y campesino. Me hizo el honor de venir a morir en mi jardín, al pie del ceibo, comido de penurias.

En el fondo del alma le agradezco el signo a Dios, porque con él ha venido al pecho triste la intensa bocanada del valle en que nací. Una vez cierto iguanodontillo oportunista creyó destruirme llamándome “ex-poeta”. Tu instinto, en cambio, pobre juega-la-piedra muerto, sabía que mi cansado corazón era tu casa.



El Piano Desafinado



Por fin se ha descubierto por qué hay en Caracas tantos postes derribados. La ciudad ha venido produciendo con frecuencia aspectos de terremotos limitados. Algo así como pequeños sismos que se residenciaran en una parte de la urbe y se especializaran en los puntales que sostienen la luz. Como ahora los fabrican de cemento, la caída de un poste cualquiera de los barrios residenciales tiene contornos de hecatombe: obstrucción del tránsito, fragmentos sobre el césped, espectáculo indecoroso de las cabillas y los muñones mútilos del poste. Los urbanizadores no son muy anchos que digamos, y ahí se queda el estropicio largo tiempo. Y otro día, cuando los habitantes ya están acostumbrados a las sombras nocturnales, el aullido de los canes y el susurro de las parejas amorosas (todo como en el “Nocturno” de José Asunción Silva), llegan los operarios a reparar el daño. El resultado es otra hecatombe: por lo menos para el buen gusto. Donde estuvo una columna con tres brazos, ponen otra con cinco, de los cuales dos andan mancos; si aquella fue verde, a ésta la pintan de colorado; si el farol colgaba, pues a ponerlo patas arriba. El todo es enredar. Y claro, a vuelta de tres reparaciones a la urbanización no la conoce ni su propia madre (quiere decir: ni quien la construyó. Es cuestión de elegancia).

Pero ahora todo va en vías de aclararse. Los vecinos de cierto sector se pusieron al acecho. Y descubrieron la causa de los derribos. Se trata de una nueva banda, formada al parecer por mozos elegantes de la ciudad, de los

que visten frac y se llaman entre sí con sobrenombres de película argentina. Estos niños de familia atan los postes a los parachoques de sus automóviles y los hacen caer empujando lentamente ellos. Uno y otro y otro, cuadras enteras, para darse placer. Son elegantes, ya lo dijimos, están cansados de no hacer nada, de ser poltrones. Y tumban los postes del alumbrado como podían fumar marihuana o emborracharse. El todo es hacer algo. Por ahí se llega a otro camino: el de tahúr y caballero de industria, que ya casi se va volviendo una profesión con diploma y todo.

No me vengan con que estas son cosas de la edad. Todo el mundo tuvo alguna vez diez y nueve años y todo el mundo, si fue honesto se distrajo con menos perjuicio para el ornato y los bienes municipales. Me adelanto a decirlo porque todavía hay por allí quien vio a mi generación en las diversiones propias de aquella edad. No vaya a ser el caso que me publiquen una aclaratoria. Por eso digo de una vez que una cosa es andarse con guitarras e instrumentos músicos tocando serenatas y otra derribando los postes del alumbrado. Nosotros molestábamos los oídos y hasta le hacíamos abolladuras al pentagrama, pero respetábamos la propiedad colectiva y la individual. Éramos gente honesta. Seguimos siéndolo.

Lo que sucede con estos jóvenes es sólo un capítulo más en la lista de nuestras excentricidades. Los venezolanos, como tenemos estabuladas a las siete vacas gordas, la hemos dado por actuar como los nuevos ricos. El dinero da para todo: hasta para hacer morisquetas. De ahí que se haya perdido la dimensión exacta de los hechos, que se olvide el precio de los objetos y se ignore el esfuerzo que costaron algunas cosas o el mérito de otras. Las excentricidades son tantas que cunden hasta lo infinito. El pavimento de una calle, por ejemplo, se rompe para poner los teléfonos; quince días más tarde se abre de nuevo para poner las tuberías del acueducto; al mes, nueva aper-

tura para las cloacas; a los dos meses para instalar los alambres del alumbrado; a los tres para cambiar cualquiera de las instalaciones anteriores y cada seis meses, más o menos, para que los vecinos escuchen la sinfonía de las máquinas al aire comprimido. Cuando llegue el gas, que según dicen ya se aproxima, tendremos un nuevo elemento para abrir el pavimento. Y después será el subterráneo y la televisión y el correo neumático y la música a domicilio, o cualquier locura, por absurda que sea. Me dicen que hay por allí un italiano con el proyecto de un sopógeno. ¿Saben ustedes lo que es eso?... Claro que no porque la palabra aunque es bonita y tendrá porvenir la acaba de inventar el italiano. Se trata de un gran depósito de sopa dotado de cañutos subterráneos que lo conectan con los restaurantes y casas de familia. De ese modo la señora no tiene más que abrir la llave y ya está. La sopa sale en mitad de la mesa como si fuese una fuente. Estoy seguro de que el sopógeno encuentra quien lo auspicie. Es más: creo que va a haber pugna entre muchas personas para quedarse con él.

Alguno pensará que yo exagero, que no hay tal, que esas aventuras de los derribadores de postes están en el orden natural. Lo pensarán por bondad o porque ya nos vamos habituando en tal manera a las locuras, que el absurdo parece asunto cotidiano. Pero ahí están los diarios con sus relatos incesantes. Veamos algunas informaciones de las pasadas semanas: en Caracas algunos universitarios mataron a un portugués porque se negó a venderles aguardiente, en Ciudad Bolívar cuatro alumnos del Liceo Peñalver golpearon gravemente a un humilde obrero para quitarle un litro de ron; en Mérida los choferes andan hechos un lío porque allá, como aquí en Caracas, ya aparecieron los cambiadores de las flechas que canalizan el tránsito... Y la perla, que dejo de última porque es todo un símbolo del deschavetamiento vernáculo: en Quebrada Arriba, pueblecito del Municipio Monteseoca cercano a Carora, hay una estación para el control de la fiebre aftosa.

Pues bien, un día cualquiera, once de los empleados que la servían se privaron de sus ropas y, desnudos como silbidos, se pasearon por las calles del poblado. La excusa fue que iban a bañarse al río... Hubo atrancar de puertas, gritos de mujeres, desmayos de doncellas, carreras y pitos del único policía. Los bañistas fueron al fin sorprendidos cuando dormían la borrachera al filo de un alero en la calle principal. Ni siquiera les cubría, como a Venus, la hermosura de la desnudez.

Sería interesante averiguar por dónde andan las raíces y hasta dónde llega la ramazón de estos disparates. Podría hasta hacerse otra discusión de mesa redonda, sobre la crisis del buen sentido. Se obtendrían interesantes consecuencias y se determinaría qué es lo que anda mal, si son los hombres o si son las cosas; si somos los individuos los que deformamos a los objetos o si es el mundo el que nos torna el seso.

La determinación es de importancia. Hay una anécdota que le atribuyen al hermano Víctor Hugo. Dicho señor estaba recluido al parecer en una casa de locos. Cierta día los médicos quisieron ofrecer un concierto a los orates con objeto de determinar sus reacciones ante el arte. La pregunta que se hacían entonces los facultativos era la de ¿qué cosa es la locura?, todavía sin responder. Se organizó, pues, el concierto y se contrató a un notable artista europeo. En el salón, convenientemente adornado, se colocó el piano desde el día anterior. Hugo, a quien la insania le puso entre los sesos una peregrina idea, se levantó por la noche sigilosamente. Con una llave aflojó unas cuerdas y templó otras, rompió algunos martinetes, cruzó las conexiones de los pedales. Y se fue a dormir. El día del concierto, la sala estaba plena: los enfermos en el centro, los guardianes a los lados, los médicos y psicólogos con sus aparatos. El ilustre pianista subió al estrado y se situó frente al instrumento. Gran ovación. Sus manos se alzaron como elegantes mariposas,

hicieron un trazo en el aire y descendieron sobre el teclado. ¡Horror!... La música fue un alarido de latas viejas, carrasposa, tartamuda, salpicada de aullidos entrecortados. Hubo una inmensa gritería, corrieron los médicos, el artista se puso pálido. Cuando se restableció la calma, Hugo saltó al prosenio y pronunció estas palabras que la ciencia moderna ha recibido con cierta veneración: “Señores, ahí tienen ustedes lo que es la locura: un buen artista con el piano desafinado”.

¡El piano desafinado! Eso es lo que nosotros tenemos. Somos buenas gentes, personas simpáticas y cordiales, seres sencillos. Por ahí puede leerse en la historia o recordarse en la tradición, todo un catálogo de las grandes virtudes que siempre usamos... Pero de cierto tiempo para acá el instrumento anda mal. ¿Será que necesita un afinador?



Una Grieta en la Muralla **El Ojo Mágico**



Caracas, marzo de 1961. Si hubiese alguien suficientemente ingenuo para pedir mi opinión sobre alguna cosa y me preguntara, por ejemplo, cuál es el símbolo de la vida hogareña de Caracas, yo le contestaría sin vacilar: el ojo mágico. Saben ustedes, naturalmente, a qué me refiero. Lo conocen mejor que las palmas de sus manos. Es un adminículo dotado de una lente gran angular que se inserta en un agujero de la puerta, que permite ver sin ser mirado y que -oh maravilla de la técnica- escudriña las intimidades del visitante (su rostro, sus modales, su manera de hurgarse la nariz) mucho tiempo antes de correr el cerrojo. El cerrojo he dicho, para usar un elegante eufemismo, pero en verdad la misteriosa mirilla tiene siempre de acólito imprescindible toda una cauda de picaportes, pasadores, cerraduras, fallebas, y candados entre los cuales no falta como último recurso contundente, la vieja tranca de pasado histórico.

El ojo mágico ha venido a sustituir el antiguo ventanillo, tan poético y sugerente, de los románticos ante-portones. La casa del pasado tenía un pasadizo llamado “el zaguán”, especie de puente entre el clamoreo de la calle y el tranquilo rescoldo familiar. Nadie ha meditado hasta ahora en el valor psicológico de ese anexo arquitectónico. El marido que regresaba al hogar en altas horas de la noche, pulimentaba en esos seis o siete metros, el argumento que debía justificar ante las iras conyugales; el limosnero ajustaba los rasgos de su caracterización para imprimirle dramatismo a su demanda;

el visitante habitual o esporádico, arreglaba su corbata y su pañuelo, carraspeaba, limpiaba los zapatos contra el ruedo de pantalón, completamente lejos de la pesquisa inoportuna.

Se llamaba entonces con los nudillos “Tún..Tún”.. Y una voz lejana, delgada y armoniosa, que venía como góndola sobre alegres tufillos de la cocina, preguntaba “¿Quién es?” Se respondía inexorablemente: “Gente de paz”. Y se abría el ventanillo, grande para ver hasta el busto de los interlocutores, pacífico para entablar el diálogo. ¿Ahora? Nada de eso. Un timbre que hace temblar los cimientos del edificio. Un silencio largo, mortificante y fiero. Algún vaivén medroso de persianas. Otro timbrazo. Pasos quedos, en puntas de pies. Otro timbrazo. Un porrón que rueda en el interior, atropellado por el nerviosismo de quienes se están preguntando la filiación del visitante. Otro timbrazo. Ruido de zapatos y empujones opacos para disputarse el agujero mágico. El recién llegado va a oprimir de nuevo el pulsador cuando empieza el estruendo de las cerraduras. Una, dos, tres, cuatro. Y cuando caen todas las trabas y pasadores, la puerta, lentamente, que se abre un palmo. Todavía queda una cadena “de a jeme” que deja pasar la nariz, fiera, montaraz y feroz; solamente el apéndice nasal, del dueño de la casa. “¿Qué quiere?”, pregunta una voz tumbal, digna de aquella nariz. El visitante apenas se atreve a responder.

Lejos de mí menospreciar el ojo mágico. Soy, lo confieso, uno de sus más abnegados cultores, sencillamente, porque tengo miedo. Estas edificaciones de hoy con ascensores chirriantes, comunidad de olores, intercambio de cucarachas y mutuo tráfico vecinal de insectos y roedores, nos hacen vivir en la calle. O en el pasillo, mejor dicho, en ese pasadizo peor que un mercado persa, por el cual transita más gente de mala catadura que en el segundo acto de la ópera “Carmen”. Nada nos preserva hoy del sablazo, ningún re-

como nos protege del cobrador, no hay un espacio que nos permita despachar los majaderos con una excusa inteligente y meditada. Sólo el ojo mágico, argos mecánico, plurividente mira, telescopio manual y recatado. ¿Cómo ignorar su colosal servicio?.

Y en eso estriba el signo. Las Hespérides tenían su dragón de cien cabezas, Cerbero vigilaba los infiernos, el palacio de La Sonatina rubeniana a más de sus cien negros con sus cien alabardas, se gastaba “un lebrél que no duerme y un dragón colosal”. Ahora los caraqueños nada tenemos. Ni siquiera el apacible león de San Marcos que antaño se entronizaba detrás de la puerta para amansar los enemigos, incluso “los toros bravos que también del monte son”, al decir de las plegarias. Nada tenemos. Sólo el ojo mágico levanta su pestaña desde la endeble puerta, como un perrito enfermo frente al terror inmenso.



El Ferrocarril de las Hormigas

Fantasmas de Ayer Hoy



Oigo por la radio, al pasar, muy de prisa, que un caballero de Escocia abandonó casa, empleo y pitanza segura porque en su habitación apareció de levita y barba, un viejo vicario de la parroquia, muerto hace tiempo. En días anteriores leí de una familia entera que huyó de sus propiedades en el mismo país, porque solían encontrarlas llenas de fantasmas fumando pipa. La pipa entre nosotros no es cosa de muertos sino de vivos muy vivos, pero aún así, resulta interesante que los aparecidos estén haciendo ahora en Europa lo que solían hacer en otro tiempo aquí. Sin ir muy lejos, para quedarnos dentro de las actividades vicariales, en Caigua aparecía antiguamente El Cura Descabezado. Salía de la iglesia, según registra Isabel Aretz, y a lo mejor hasta usaba sombrero. No se extrañen de que lo pudiera hacer estando decapitado, que aquí entre nosotros, en el mundo tangible, hay ahora mucho caballero sin cabeza que se las da de pensador.

Lo que importa es que mientras el viejo continente florece hoy de fantasmas, en Venezuela nadie se acuerda de ellos sino, a veces, para firmar hojas sueltas e inscribirlos en el Registro Electoral. Así es la vida. Todo decae. Este país fue el búcaro de los espantos y el jardín de los espíritus: La Sazona, El Silbador, La Llorona, Los Cuatro Condenados y todo un surtido de Animas armaban un fandango en cuanto oscurecía y no paraban hasta que no ponían en soponcios, ataques y perlesías a toda la población trasnochadora. Asomarse al descampado en cuanto se ponía el sol, era como ir al

cine gratis. Había espantos femeninos, Marlene Dietrich de la pantalla ultratumbal, que seducían por sus encantos físicos. Se paraban debajo de un farol, la cabellera suelta, los dientes orificados como gustaba a los bigotudos galanes de antaño. Y ya está. Venía el hombre terrible del pueblo, silbando, se acercaba, decía un piropo cursi. El espanto abría la boca como si estuviera en un mitin y, como en un mitin, lanzaba por la boca llamaradas, relámpagos y sapos. El pelo se armaba como un puerco-espín, la mano golpeaba el pecho resonante, los ojos giraban entre las órbitas. Ya lo he dicho. Igualito a un mitin de ahora, en el momento del candidato prometer. Y desaparecía el muerto, como el candidato, a la hora de cumplir, dejando un reguero de cuentos y de cuentas entre los ingenuos que atendieron su llamado.

Otros aparecidos usaban la luz a manera de gancho. Juan Pablo Sojo registró las andanzas de una quimera que gozó de inmenso prestigio en San Felipe. Lo llamaban “El Farol” porque caminaba por las calles entre la oscuridad de la noche, emitiendo un atractivo resplandor rojizo. La gente ingenua, mientras no supo el secreto del engaño, trató de atraerse la extraña cosa para alumbrarse gratis. Hubo quien lo siguió, paso a paso, hasta acercársele a pequeña distancia. Y descubrió la verdad: la fatamorgana era tan sólo un esqueleto de huesos chirriantes y ardientes por entre cuyas rendijas se veían las asaduras, allá adentro, friéndose entre las llamaradas.

Podría seguir conversando mucho tiempo, sobre todo con los mozos que desconocen estas cosas, sobre un tema agradable y venezolano, pero el espacio que me dan es corto. Interesaba solamente señalar una cosa y ya está dicha: mientras el venezolano dice como en la copla:

A mí no me espantan bultos

Ni muertos enmascaraos,

en las viejas Europas los espantos hacen su agosto y la gente comienza de nuevo a creer en ellos, como antes lo hicimos nosotros. Era tanta aquí la ingenua credulidad, que todavía brota su aroma por entre las rendijas de las viejas cantaurías. Allí quedaron fijados en los versos de romanceros populares, las hazañas de muchas apariciones, algunas tan bellas como El Ciervo de Piedra, que levantaba su cornamenta bajo el resplandor de la luna en las noches rutilantes de cocuyos y luciérnagas. A él parece aludir la combinación estrófica recogida por don Pedro Montesinos en su afamado cancionero y la cual reproducimos con una pequeña alteración:

*Sali a pasear una tarde
 en mi caballo melao,
 a poco de haber andado
 vide un bulto colorao.
 Finqué la rodilla en tierra,
 lo apunté bien apuntao,
 le pegué la bala rasa
 entre codillo y costao;
 se vinieron mis pioncitos
 con cuchillos amolaos,
 para rajarle los pechos
 a aquel famoso venao.
 Fueron las ponderaciones
 al pueblo de Curazao,
 treinta pesos me ofrecieron
 por el cuero del venao;
 y no lo quise vender
 porque estaba negociao.*

*Poesía, sueño, fantasmas, música
 La misma cosa, al fin y al cabo.*

El Ferrocarril de las Hormigas

Los Temblores de Caracas



Yo no sé si fue para conmemorar el triunfo adeco o para recomendarle al doctor Leoni que se vaya acomodando, pero la tierra tembló a comienzos de este mes. Un despertar violento entre la madrugada, un abrir de ventanas y una que otra carrera, escaleras abajo. La cosa no pasó de allí, aunque el observatorio registró la sacudida en su sismógrafo y, por primera vez en la vida, quizás porque ahora lo asisten técnicos alemanes, se dio cuenta de un temblor acaecido debajo de sus narices. Antes, cuando por ahí andaban criollos, algunos colgaban una hamaca entre una ventana y un telescopio para dedicarse a la dulce tarea de pescar camarones. La información de los temblores en Baruta, El Hatillo o Petare, venía por cable desde Pekín o el Cabo de Hornos. El Observatorio Cajigal siempre estaba en Babia y allí parece que no temblaba. Tenemos, pues motivos para felicitarnos. La gente experimenta la fresca alegría de saber que si esta vez se produce un terremoto, no será como antes anunciado por el rebuzno de los burros, el aullido de los perros o los gritos de los locos, sino científicamente registrado. Es un gran consuelo, en verdad, saber uno que a su casa se la tumbó una oscilación de tantos grados, en la escala cual, por un desplazamiento en la falla que tiene el epicentro a no sé cuantos centímetros de latitud boreal. Creo que es así como dicen. Pero sea de ese modo u otro, es muy agradable tener esos datos en cartera a la hora de buscar el loro, o la suegra, debajo de los escombros.

En lo que algunos descreídos no están de acuerdo porque eso no coincide con los datos científicos, es con los ronquidos del Ávila. Uso esta expresión por ser antigua. Así era como se le decía en Caracas a los ruidos que solían experimentarse en épocas de temblores. Ahora, cuando se produjo el hamaqueo reciente, varias personas tornaron a sentir el extraño pujido de la tierra y vieron, conjuntamente, lo que así mismo solía manifestarse en otros tiempos: un resplandor vivo, como de relámpagos, un parpadeo que iluminaba extensa zona. Algunos de los científicos alemanes recién llegados, que desconocen el sentido folklórico de nuestros temblores, lo atribuyeron a circuitos producidos por el rozamiento de cables de alta tensión. ¿Cuáles cables, señores hubo en los tiempos de Mari Castaña, cuando la gente se alumbraba con velas de sebo o lámparas de kerosene? Si es que ni siquiera electricidad atmosférica parecía registrarse. En la carta que el señor L.M. Buroz escribió a don Arístides Rojas como testigo presencial que fue de aquel terremoto de 1812, contaba cómo unos meses antes del 26 de marzo, el ilustre doctor Alejandro Echezuría en compañía de un grupo de científicos extranjeros que visitaban el país, trató inútilmente durante sus experimentos, de poner en acción una máquina eléctrica. “El doctor Echezuría, hombre de grandes conocimientos, dice Buroz, creyó encontrar la causa de la resistencia de la máquina, en la poca o ninguna electricidad en la atmósfera, y con tal idea, emitió la opinión de que estando el aire desprovisto de electricidad, era indudable que la tierra estaba recargada de ella, y que no sería extraño que antes de mucho se sintiera un gran temblor”.

En otra de estas croniquillas, comentaré más ampliamente la interesante carta. Por ahora deseo anotar cómo nos hemos insensibilizado los venezolanos. Antes todo el mundo sabía, no sólo el doctor Echezuría, sino hasta la cocinera, cuando iba a temblar. Los perros, que no eran finos, ni usaban pedigree, ni los afeitaban para ir a concursos, los perros aquellos callejeros que



antes se usaban, eran como radares. Yo, que no soy tan viejo, los conocí y los vi actuar en un temblor famoso de Barquisimeto, allá por el 1929. Au-llaba uno, le contestaba el otro, se reunían en consejo, juntaban los hocicos, nombraban un director, poníanse de acuerdo y lanzaban un alarido global, unánime, mitinesco. Todo el mundo lo advertía y se preparaba. Con la excepción del 26 de marzo, día que engañó a las poblaciones porque no hubo la más pequeña manifestación, siempre se ponía loca una vieja, salía un señor con la levita al revés o un burro cantaba como un canario. Era el anuncio. Ahora ni con técnicos alemanes, con sismógrafo y con prohibición de colgar chinchorros en los aparatos, el Observatorio puede avisarnos los temblores a su debido tiempo. ¿No sería mejor que trajeran un burro antiguo?

Una Grieta en la Muralla

El Junquito

Caracas, agosto de 1961.- En una época relativamente muy cercana, los caraqueños de mediano pasar pensábamos en El Junquito con cierta fruición suiza. Quiero decir que sentíamos la emoción de la vaca, de la neblina, de la montaña y la temperatura. Para colmo de coincidencias helvéticas, El Junquito estaba en el camino de la Colonia Tovar, donde, según decían, habitaban teutónicas gentes de crenchas amarillas. Y uno viajaba, pues, hacia la zona, por un camino estrecho, dando saltos, con la angustia de quien toma un avión para irse a Europa. La vía se iba desovillando pasaban peludos caballejos y tranquilos borricos; se divisaban panoramas apacibles; volaban alto los zamuros; cantaban pajarillos en las ramas. La existencia bucólica regresaba al corazón del viandante urbano con un fortalecedor sancocho de gallina tomado en cualquier paradero del camino. Servían hermosas arepas, queso de cincho, leche recién ordeñada, crujientes chicharrones. Uno, conmovido hasta los tuétanos, pronunciaba algunas palabras en alemán, para estar a tono con el ambiente alpino. De esto no hace mucho tiempo.

Pero vaya usted ahora por la espléndida carretera que comunica la ciudad con el vecino burgo. Hallará unas cuantas quintas pintorescas, de buen gusto, una exquisita urbanización y algunas hilachas de neblina aún no consumidas por el escape de los automóviles. Encontrará, tras mucho buscar, algún pedazo de prado lleno de latas de sardina, vasos de cartón, platos de

lo mismo, cascos de botellas y ocupado en sus nueve octavas partes por unos señores muy gordos, acompañados por unas señoras mucho más gordas todavía. El resto lo llenan unos muchachitos mínimos con unos pelotones de goma. Usted no se detiene, claro está. Comprende que para estarse allí, cabe los árboles, habría que ser miembro, por lo menos de la gorda familia. Usted palpa su escuálida anatomía, cada vez más delgada por prescripción facultativa ante la amenaza del colesterol. Y comprende que nada le aproxima a aquellas gentes.

Y sigue su camino. Los caballos que antaño pasaban por su lado con un jinete en el lomo, como manda la ley de caballería, ahora están concentrados en una especie de retén. Se distribuyen en sartas, como las longanizas. Paquetes de a ocho, diez, doce caballos, cada una con un palafrenero, o como se llame el hombre encargado de alquilarlos. Los caballos se ven jabudos, despeinados, orejudos, esquizofrénicos de tanto no comer y andar cerro arriba y cerro abajo con un chiquilín a sus espaldas, haciendo como los caballos de las películas. Una corona de fotógrafos ambulantes complace a las madres sacando postales al minuto. En ellas aparece el muchachito trajeado de vaquero. Debajo de él, con una cara horrible, el caballejo de las agonías.

Más adelante, se llega al pueblo. Vamos a decirle así porque algún nombre debe dársele a aquel amasijo de botiquines con rocolas. Parece un villorrio en uniforme porque delante de cada casa hay un caldero y en él, friéndose en su propia manteca, la piel de un cerdo. Lo que sale de allí lo llaman ahora “chicharrones”, pero es algo que se mide por metros, como las telas. Una pulgada de chicharrón de esa especie, vale en el lugar lo que un palmo de oro, pero la gente que ha ido como usted a respirar aire fresco, tiene hambre, y paga cuanto le piden. La mina de oro de Macuto en Semana Santa es el

pescado. La del Junquito es el chicharrón. Esa horrible cosa que ya no guarda nada parecido con aquellos crujientes, menudos, discretos y coruscantes chicharrones del pasado.

Y no voy a seguir contando. Del Junquito de antaño, nada queda: un jojoto vale un real; un huevo, treinta y ocho céntimos; un pan, que siguen llamando alemán, pero que es en verdad un pan de caucho, tres reales. Los automóviles se aprietan en la parte poblada, atruenan los tocadiscos, la gente se empuja; los italianos, venden churros españoles; los portugueses, arepas criollas. Una balumba. Babel. Una galleta tan grande, que aquello parece una Venezuela chiquita.



El Ferrocarril de las Hormigas

La Jefa de la Candelaria



“ELEGANTE, de grandes ojos y sensibles gestos femeninos”.. Así describe un periodista a la nueva Jefe Civil de la Parroquia Candelaria, doctora Gladys López de Vásquez. Movido a curiosidad busco su retrato en los diarios. Y allí está, efectivamente, como un símbolo de exquisita belleza femenina, la mano graciosamente levantada al pronunciar el juramento, la cabellera en cascada sobre los hombros, la boca de fresa. Los hermosos dibujos del traje a última moda, acentúan los rasgos de su delicadeza y recuerdan a quien los mira, que allí está, frente a él, una mujer moderna. Y cabal, agrego. Porque además de la gracia que la inviste, es la esposa de un profesional del derecho, madre (“amantísima” escribe un cronista) de cinco hijos, abogada y, lo que es muy apreciable, profesora universitaria de altas disciplinas jurídicas. ¿Puede pedirse más?.

Seguramente, no. Es muy probable que con todo su bagaje de conocimientos, adornos y sensibilidades, la doctora Gladys tenga una actuación exitosa. Quien ha logrado escalar airoosamente tantos peldaños tiene cien probabilidades contra una de manejar la jefatura “como una tacita de plata”. Una expresión femenina y hacendosa, que sabe a economía doméstica y recuerda la casa de Cucarachita Martínez. Los gendarmes que rondan la jefatura, los feos policías “de civil”, los funcionarios, amanuenses y tinterillos y creo que hasta los detenidos, tendrán esmero en aparentar ante la delicada jefe. Y pienso que todo marchará mejor: más limpio, más decoroso, sin ese olor

a creolina y cabos de tabaco que caracteriza las jefaturas. Al mismo tiempo habrá ternura para los desamparados, los que más sufren el rigor policial. Para la madre abandonada que lleva su hijo enfermo sobre el cuadril, para el borrachito pintoresco, para el niño que apareció dormido en el recodo de un zaguán. Imagino que los calabozos no serán ahora promiscuos, ni los retretes inmundos, y en el despacho habrá un jarrón de flores. Imagino también que hasta el loquito preso, que nunca falta, se cuidará del vocabulario, que no habrá palabrotas en las paredes. Y que los gendarmes y puntos, afeitados, con su abotonadura en orden y la gorra, por fin, bien colocada, saludarán a la jefe con la gracia olvidada de quien mueve la mano para tocar el cuatro.

No puedo evitar una comparación que me hace feliz porque demuestra cuánto hemos cambiado. Es con aquellos jefes civiles de antaño, toscos, de voz bronca, analfabetos, con la cara cruzada por un machetazo y tres o cuatro muertos en su cementerio particular. De antaño, digo, para no ofender, en los tiempos de Gómez y, todavía, muchas veces, más acá. Se estimaba entonces que el oficio de jefe civil, como el del maraquero de la copla, era “oficio condena”. Ellos eran la primera avanzada del prestigio inclemente que sostenía al régimen. Y cumplían su misión a cabalidad, pegando gritos. La estampa de aquellos hombres era inconfundible: una blusa con el cuadril levantado por la cachea del revólver; una faja bordada en hilo “crochet”; un puñal que apuntalaba la franela por el lado izquierdo y dejaba asomar su mota de colores más debajo de la faltriquera. Poderosos, atrabiliarios, grotescos, diezmaban a veces pueblos enteros y creaban un tipo que a pesar de ser odioso, se trataba de reproducir. Por eso, hasta el Presidente de la República, pasando por los jefes de Estado, los funcionarios y aún los jueces, muchos copiaban sus gestos y aposturas. Eran jefes civiles con revólver jurídico.

Entonces, claro está, la fórmula era el miedo. Hoy es la persuasión. Isaías Medina con su extraordinario talento, definió una vez en “Los Caobos” lo que pudiera ser la fórmula para el acierto civilizado. “No es tanto hacer las cosas, como una suave manera de empujarlas”, dijo el ilustre magistrado. Y es esa suavidad, precisamente, lo que sorprende como una flor en las gentiles manos de la jefe civil de Candelaria. La manera como repercutan sus procedimientos, será una sonda para medir la hondura que alcanzan las aguas de nuestra madurez democrática. Estas mujeres de cabellera blonda, tal vez sean las únicas que puedan derrotar por siempre al gendarme necesario que, digan lo que digan, todavía monta guardia con su chopo de piedra en el altar de la República.

2 de abril de 1968



El Ferrocarril de las Hormigas

Las Palabras Triscornúpetas



Contaban en Caracas, allá por el 1930, que el general Gómez dividía las palabras en cornúpetas y triscornúpetas. Las primeras tenían un solo sentido, pero las otras podían significar distintas cosas. Y ponía como ejemplo la palabra tábano que, según él, servía lo mismo para decir “el tábano picó a la vaca” que “ayer tábanos en San Cristóbal”. Recuerdo el chisme porque ahora en Venezuela hay palabras y frases con más cuernos que un diablo de Yare. Palabras que lo alcanzan a uno, lo empitonan y hasta lo dejan en Tierra de Jugo, si se descuida, debajo de un ciprés.

La palabra “riqueza” es una de ellas. Resulta muy peligroso progresar en este país si hay algún demócrata por el vecindario. Eso y que le pongan el ojo encima, le suban los impuestos, le pidan para todas las campañas imaginables y lo declaren reaccionario, es la misma cosa. Los funcionarios, si tienen en sus manos algún arbitrio para percibir fondos, relampaguean el machete en el aire y proclaman sin que venga al caso, como lo están haciendo actualmente los Concejos Municipales de Caracas y Petare, que para acomodar el acueducto, hay que “hacer a los ricos menos ricos y a los pobres menos pobres”. En cualquier parte del mundo, desde los romanos con sus afamadas construcciones hasta los niuyorkinos con sus túneles por debajo de tierra, lo primero que un acueducto necesita es agua. Aquí no. Aquí hay que arruinar a alguno. Y el día que todos caminemos como en un safari, con latas de agua sobre la cabeza, unos detrás de los otros por los cerros,

ese día, por fin, dejarán de amenazarnos con la tarifa. Y Cuevas Picón y Fernando Monegui sonreirán complacidos frente a una ciudad mojada sin necesidad de una sola tubería.

Decía, pues de la riqueza, palabra peor que un toro jugado en siete plazas porque es la que más se proclama, se sacude y voltea como un chaleco para vestirla según las conveniencias. Quien lea un comunicado del Gobierno en tiempo de visita presidencial, oye decir que Venezuela es el país más rico del mundo. Todo huele a oro, como dijo el gringo en famosa frase. Los pozos petroleros lanzan cuatro millones de barriles diarios, hay un presupuesto de ocho mil millones para unos tristes ocho millones de habitantes cosa que vuelve multimillonario hasta al hijo de la pandehornera... y paremos de contar. Jauja con sus jamones en los árboles y sus pollos cebados bajo las piedras, tal como la pintaba Lope de Rueda, es un desierto ante nuestra abundancia. Pero no oiga usted el clamor del mismo gobierno a la hora de pedir fiado: ocho mil millones de bolívares son una mezquindad frente a las grandes calamidades nacionales, algo así como el fémur de un colibrí entre las fauces de un tigre. Todo está por hacer, hay hambre, miseria, anquilostomos y para colmo una invasión de cucarachas amenaza la más reciente emisión de billetes de banco. Ante la horrible emergencia, no queda otro camino que subir los impuestos, depreciar el bolívar, encarecer la vida y correr al extranjero por un préstamo.

Después... ojos que te vieron. Uno se queda más pobre de lo que estaba y el estado no aparece menos rico. Ya volverá otra vez como la perinola, el cantar o el llorar de la riqueza, de acuerdo como convenga. Y otra vez amarrará el bongo quien siempre lo está amarrando aunque a veces lo pongan de patrón.

Lector, no lo dude ni un momento. Claro está que quienes lo amarramos so-mos usted y yo. ¿No lo sabía? Para eso, precisamente, nos dan de cuando en vez ese pedazo de cable.



La Comadre Carmela



Yo le digo “la comadre Carmela”, aunque no es en verdad comadre mía. Acaso ella nunca haya bautizado un muchacho, pero todo el mundo la llama “comadre” porque anda siempre para arriba y para abajo con esa palabra en la boca: “Compadre”, ¿me quiere vender un perico?”; “¡Esta vida sí que es buena, compadrito!” y en el barrio, “la comadre” es Carmela. Porque sí. Para bien y para mal.

Además, le asienta el nombre. Carmela es una mujer flaca, nerviosa, de voz aguda. Si no fuese por el nombre cristiano que le han puesto se llamaría “poste eléctrico”, “pararrayos” o cualquier cosa peor. Vivía donde yo la conocí, desde hace tiempo, en los cerros más altos de Los Flores, entrando por la esquina del Diamante, mucho más allá del Sol de Madrid. Uno dejaba el automóvil en la Calle Real, frente a un botiquín donde vendían tostadas. Comenzaba a subir. Primero torcía a la izquierda, por unas escaleras de cemento romano que retumbaban entre la noche con los pasos; después se devolvía hacia la derecha, yo no sé por qué, pero se devolvía, entre un enredijo de callejuelas. Uno se paraba para tomar aliento y veía hacia abajo, lejos, los automóviles de la Calle Real. Seguía subiendo y llegaba al filo de una loma, larga, de color parduzco, en la cual las casitas se asomaban con colores reventones. Algunas parecían los decorados de un teatro, con macetas de flores y mujeres asomadas. Se me antojaba que era una zarzuela, como si alguien fuese a cantar y uno estu-

viera en el palco leyendo su programa. En esa loma, larga, siempre había perros y siempre cantaba un gallo, a cualquier hora. Un gallo loco.

Después de aquel filo de loma se llegaba por fin a un relleno sobre el cual caía, casi perpendicularmente, otro cerro más alto y más arisco. Era un resbaladero muy feo, colorado, con gargantas y rasguños tallados por el agua. Nunca logré explicarme cómo hicieron para construir las, pero a lo largo de aquel despeñadero había casas paradas como zancudos, como tarántulas, como esos animales peludos que tienen unas patas largas y otras cortas para caminar entre el barro de los charcos. Así eran las casas, cada una con un radio a todo volumen sintonizado en un programa distinto. Los frentes daban hacia unos escalones toscos tallados en la tierra. Cada vecino hacía tantos escalones como metros tuviera su frente. Y claro: unos eran anchos, otros angostos, según se le antojara a quien los hizo. Por allí se continuaba subiendo, trepando, agarrándose, por cientos de escalones choretos, yo no sé cómo, hacia arriba, casa y casa, mientras hubiera una pulgada libre donde parar un pedazo de hojalata. La última casa, en todo el canto del cerro, era la de la comadre Carmela. La más grande, la mejor de todas, la única en terreno firme, frente al cielo.

A mí me gustaba visitarla por las tardes, algunos domingos. Tenía timbre en la puerta y letrero: “Quinta Carmela”, como cualquier millonario; tal vez con más derecho, porque era un timbre que le había hecho su marido con una lata de sardinas y una cabulla. Yo tocaba el timbre: -Rrrriinnn; con un toque que alborotaba el barrio. Adentro ladraban perros, un loro chillaba, se caía una silla. Un orfeón, hasta que la voz de Carmela se imponía desde el corral, allá en el fondo. “¡Mariposa!”... “¡Vigilante!”... “¡Cornalina!”... Eran sus perros. Yo comprendía que los iba amarrando, porque uno detrás del otro dejaban de ladrar. Al fin salía a la puerta.

¡Qué saludo, mi Dios! Me recibía gritando su alegría sencilla, reventando de orgullo y de bondad. Yo le llevaba alguna cosa tonta, seguro de que la iba a ponderar. Si era un clavel lo llamaba crisantemo, si un dulce con jarabe por dentro, decía que era un almíbar. Lo hacía por halagarme y darse tono, para que oyeran los vecinos y supieran que su amigo era “un doctor”. Ese “doctor” no me lo apeaba nunca, pronunciado con su voz estentórea mucho más fuerte que las otras palabras así estuviéramos a un metro de distancia. Cuando trataba de decirme algún secreto, algún comentario sobre las gentes de la vecindad, la voz le brincaba como un saltamontes entre el “doctor” fortísimo y el susurro imperceptible de todo lo demás.

De ese modo estuve muchas veces en su casa. Cuando se me antojaba, cuando me sentía triste, cuando me encontraba solo. En aquel rancho había dulzura, bondad, belleza, ternura áspera de pueblo, chinchorro en el patio, tinajero, cocina criolla. Había alma, pues, una palabra que se perdió entre el diccionario. Yo podía llegar con cualquier amigo, un desconocido para la comadre Carmela, pero ella lo saludaba lo mismo, sacaba su silla de cuero, empujaba la mecedora vieja hasta mitad de la sala y preguntaba si queríamos comer. En ocasiones personas distinguidas me acompañaron hasta allí. Y encontraron conmigo, bajo aquellos muros toscos, levantados a pulso, el antiguo sabor del pueblo nuestro: mesa tendida, mantel blanco, pan horneado y una barrica plena de dulce ponsigué para aclarar el tono de la conversación.

Ayer, precisamente, pasé por la Calle Real, donde paraba mi automóvil para irme a los cerros en busca de la comadre. ¡Qué sorpresa! Sin que supiera cómo, obra de poco tiempo, enormes maquinarias amarillas había borrado los corcovos de la tierra, volado las colinas, eliminado los horribles ranchos trepadores. Es un paisaje nuevo, rumoroso y potente, dis-

puesto como una bandeja para recibir las nuevas construcciones. Ya no hay escaleras de cemento romano, ni filas por las lomas como decorados de zarzuela, ni escalones choretos tallados en la tierra. Ya no hay casas, en fin, sino infatigable recorrer de maquinarias y trájín de capataces con sus enormes cascos protectores. Allá, lejos, confundiéndose con el horizonte, creo situar el sitio donde solía visitar a la comadre Carmela y me parece oír ladrar sus perros -Mariposa, Vigilante, Cornalina- en la voz trepidante del tractor y el buldózer.

Cuando pregunto por ella, alguien me da noticias:

-A Carmela la reubicaron. Vive allá, en aquel superbloque. Y muestra con el dedo una hilera brillante de grandes edificios.

Yo la imagino con su voz chillona y su timbre de verdad-verdad, subiendo por ascensor hasta la puerta, con chorro de agua que llega sin cargarla, mirando a los jardines. Tal vez no tenga loros, ni tinajero cantor. Los perros, quién sabe qué los hizo.

Un día cualquiera de éstos, la voy a visitar.



Cuando viajan los Venezolanos



Venezuela constituye en el día presente uno de los centros de atención universal. Se habla de nuestro adelanto, se escribe sobre nuestro impulso, se diseñan nuestras posibilidades. También, de vez en cuando, gentes que desconocen los resortes profundos de la vida venezolana, describen a su antojo el singular fenómeno de la actual transformación. Acaso en ninguna parte se produzca esa actitud del juicio falso con tanta frecuencia como en la propia América. A primera vista sorprende que las gentes llamadas a entendernos mejor, por razones de proximidad y hasta por motivos de similitud, sean precisamente las que se equivocan con mayor facilidad. A primera vista, digo, porque luego basta una simple ojeada para convenirse de que no hay tal equivocación; que todo es producto de un aletargado reconcomio, lagunazo de envidias, marejada de la reservita y el runruneo, dolor del bien ajeno.

La verdad es que los venezolanos viajan ahora como nunca en el pasado y ahora, como nunca, se presentan frente al extranjero en actitud de cimentado orgullo. Esa posición tiene una razón de ser. No se trata de la vana e inútil fanfarronería del que quiere cubrir con desplantes la ausencia de una realidad concreta. Por el contrario, es en parte el resultado de una nueva sensación de la verdad; casi pudiéramos decir que es consecuencia de la alegría de ver el presente como factor actual y como piedra segura del porvenir. Hasta hace poco tiempo nuestra actitud era distinta. Los mismos que ahora

escribimos estas cosas, llenábamos cuartillas hace diez o más años, para censurar nuestra exagerada tendencia a mirar la realidad a través de los hechos históricos del pasado. Teníamos entonces una sensación retrospectiva de la patria que no era en el fondo más que impremeditada desconfianza en las posibilidades del presente. Esa inclinación general venía de muy lejos; del fondo mismo de nuestras constantes hecatombes cívicas y nuestras conflagraciones de campanario que habían concluido por arruinar el país, estancar la economía y detener el avance de las conquistas sociales. Habíamos perdido la confianza en nosotros mismos, en nuestra capacidad de plantear y resolver. Por eso aparte de permanecer con la cara vuelta hacia el pretérito, considerándonos un poco hijos indignos aunque orgullosos de una hermosa tradición de bravura, andábamos a caza de cuanto respuesta se diera en el extranjero a problemas similares al nuestro. Entonces, y durante más de un siglo de vida republicana, todo cuanto la nación daba de sí era objeto del desdén más necio porque se comparaba con arquetipos extraños cuyo relumbrón se exageraba de exprofeso, precisamente por ser lejano y por aparecer irrealizable en nuestro medio. La ley se copiaba viniese o no viniese a la medida; los problemas se enfocaban conforme a perspectivas suizas o francesas; las palabras poseían un doble contenido como baúles de contrabandistas: el sentido de consumo interno y el contenido de exportación, por lo cual de antemano se sabía que no significaban nada como remedio a nuestros males duraderos.

Hoy la actitud mental y física del venezolano va en dirección de un cambio muy profundo. Hemos encontrado, por lo menos, el camino que conduce a nuestra propia estimación. La historia, sin dejar de constituir un venerable archivo que ilustra con sus vastas enseñanzas, no es ya la lumbre única, ni la norma exclusiva, ni el patrón privativo. Es una voz de alerta, a la cual nuestra propia voz debe juntarse para cosecha de las generaciones. Vista

así, la tradición deja de ser freno para convertirse en impulso. No pierde, sino gana. Quiero quedarme, de exprofeso, en la observación de algunos hechos simples en nuestra vida actual. Son hechos cotidianos, si se quiere, menudos y habituales pero que tienen por lo mismo el sello de circunstancia colectiva. Vale la pena comparar el afecto con que miramos hoy nuestro folklore, nuestra música, danzas e instrumentos típicos con el olvido vergonzoso en que les tuvo el pasado. En ellos hallamos las gentes del día un factor de afirmación, lo mismo que en las costumbres todas, en el traje nacional, en los platos criollos, en el modo característico de actual y conversar. Por lo que hace a lo trascendental, a nuestra manera de mirar nuestros problemas, la posición es idéntica. Pensamos, sí, en la aportación extraña, en el ejemplo de los grandes pueblos, en la ruta seguida por quienes han alcanzado ya una meta ejemplar dentro de propósitos iguales. Pero lo pensamos como elemento guía, desproveyéndolos desde el instante en que los enfocamos, de todo exotismo que pueda volverlos infecundos. En otras palabras concibiéndolos en función del propio problema y seguros, por lo mismo, de que podemos alcanzar la solución.

Con esa perspectiva de las cosas y con la seguridad de que vamos adquiriendo cada día que pasa una técnica mayor para realizar nuestros propósitos, sale el venezolano al Exterior. Antes salía a abrir la boca, a pasmarse delante de cada edificio que veía o a volverse lamentación desgañitada frente a una cantante de zarzuela. No los tenía en su casa, en la que por otro lado no creía; los miraba en el suelo extraño, fuese cual fuere, pero que por el hecho de serlo, dada la desconfianza en el propio, le parecería mejor. Por las calles iba el venezolano, metido el último entre la fila de turistas con fotografías, escondiendo su francés de tercer grado o haciendo los ridículos de Don Secundino en París. Después volvía a suspirar siempre por “aquello”, con un retrato en traje de moro tomado en el patio de la Alhambra

y unas papeletas que no le despachaban en ninguna botica de Caracas. Cada pueblo venezolano puede contar la historia del hacendado que fue a curarse un constipado en Puerto Rico y el que se fue a poner los espejuelos en Curacao. Hasta los brujos de afuera merecían más confianza, a pesar de que aquí los hubo siempre con doctorado y todo. Hoy, cada muchachita nuestra que sale a un pensionado, lleva su cuatro cantarino, adornado con la bandera tricolor, para alegrar los ocios del colegio. Y la patria está allí, presente, viva, convertida en palpitante orgullo, afortunada y juvenil como un anillo.

Es curioso cómo algunas personas en la América Latina se sienten molestas por esa actitud. Posiblemente no la comprende bien o la interpretan mal. Ellas no saben lo que fue nuestro país en las horas dolientes del pasado. Ignoran que fuimos una colonia de tercer orden bajo la corona de España, que Bolívar fue un milagro surgido del fondo de nuestra penosa situación económica y social, que tras la deslumbrante epopeya vino un período interminable de postración, que nuestra patria desgarrada fue la víctima frecuente de las taimadas ambiciones extranjeras. Ellas nada saben, en fin, de la alegría sincera que nos nace de mirar con la frente levantada después de haber mirado con los ojos agachados.

De ahí viene el falso juicio, la intención de buscarle el lado flaco a nuestra condición y el propósito cordial de aguarnos la fiesta. “Venezuela no tiene tradición”, “Venezuela no tiene cultura”, “Venezuela es puro petróleo”, “Venezuela no tiene café”, son expresiones que yo mismo he oído aguantándome las ganas de largar un terno criollo, en diversos países de nuestra dulce América. Bastaba asomarse a una ventana para ver aquellas casitas como formicuarios de la ciudad en que me hablaban; mirar aquel pueblo descalzo y triste, borracho y sin desayuno; bastaba leer sus pasquines llenos de insultos y ver el humilde arrodillamiento de los sirvientes, para explicar

a Venezuela. No como se la quiere explicar, con esa fórmula taumatúrgica del pozo de petróleo y las refrigeradoras bajando de los cielos, sino con la evidencia de nuestro pueblo inteligente y orgulloso, de nuestros hombres emprendedores, de nuestra nación buena y altiva. Hoy sabemos, porque nuestra perspectiva ha cambiado, que era falso todo aquello de la decrepitud constante y el atraso inevitable. Sabemos que somos capaces de resolver nuestros problemas. Que no somos más que nadie, pero tampoco menos. En dos platos, eso es todo.

Caracas, julio de 1956



El Arte de pedir Limosna



Recordemos la vieja escena: día sábado, horas de la mañana. Lllaman a la puerta.

¿Quién es?

Y una voz temblorosa de humildad, contestaba:

Una limosna, por amor de Dios.

Los niños que jugaban en el corredor, volvían la cara hacia dentro y gritaban a todo pulmón:

Mamá... Un limosnero.

Una voz fresca, sin fatigas, venía de lejos:

Ya va para allá.

Al poco tiempo llegaba alguien con la limosna entre las manos: una rueda de pan, un poco de comida y de café en el plato y la taza “de los pobres”, a veces un vaso de refresco para que el mendigo calmase la sed del mucho andar. En ocasiones, los ojos tristes se humedecían de gratitud.

Después caían como una cortina las palabras rituales:

Dios se lo pague....

Y el pobre hacía la señal de la cruz.

Que así sea...

Y los niños se quedaban mirándolo.

Recordemos bien la escena porque ya no suele repetirse. Es fortuna que así sea porque indica un mejoramiento del nivel de vida; alza en la demanda de trabajo, aumento del clima moral, rentas mayores. Pero la transformación sólo ha alcanzado a algunos, ocasionando un cambio en la “técnica” de la mendicidad.

En los días que corren, el limosnero es un profesional. A veces un artista cuya actividad requiere aprendizaje, práctica cuidadosa, dominio de los gestos y el registro de voz, agudeza psicológica, ambición y capacidad de defensa. Quiero decir, mal genio, buenos puños y fama de guapo entre los del gremio para mantener la jurisdicción que le corresponde en el reparto de los bajos fondos.

Nuestro país, como todos los de la América Latina, ha sido siempre tierra propicia para la mendicidad. Deponso lo vio y anotó cuidadosamente. Excesos en la aplicación del principio cristiano de la caridad, desorganización económica, falta de complejidad social que permitiera diversificar las profesiones, enfermedad, miseria, carencia de instituciones asistenciales, desvergüenza, pereza e inmoralidad. Así se llaman, entre otros, los factores que engendran la pedigüeñería.

Fueron los españoles quienes los provocaron. Sin proponérselo, con la mejor intención. En primer lugar, en España el pedir para vivir y el vivir pidiendo es cosa que viene de lejos. Ahí están las páginas de la picaresca, verdadera enciclopedia de la trapacería mendicante, para no ir más lejos. Luego, entre el no querer trabajar y las ganas de alcanzar el cielo, tendió la caridad sus blandas plumas. América era tierra de choque. La mano se iba

con facilidad, las espadas se salían de sus vainas, era sencillo morir. Después de una jornada en que el puñal se fatigaba había que dar limosna. Y se daba. Los años además pasaban rápidamente. El que en su juventud había sido mozo de lances, se tornaba devoto de alguna cofradía, usaba la caperuza en las procesiones y llevaba su alto cirio. Allá, muy adentro, y gracias al siempre dar, sentía seguros su parcela de cielo, su lira para tañerla desde una nube, su par de alas seráficas.

Al lado de quien daba, claro está, apareció quien pedía. Y quien se acostumbó. La Colonia venezolana es como una inmensa rueda de manos que dan y piden, sostenida sobre una plataforma de esclavos. Estos son los únicos que trabajan y nada dejan para sí. Los otros piden, nada más; o dan, que es una manera de pedir: nombre, perdón, amor, gracia divina.

Con tales antecedentes, no extraña el tecnicismo de la actual mendiguez. La obra dramática del brasilero Camargo, “Dios se lo pague”, a pesar de todas las cursilerías que le injertó la película del mismo nombre, sigue siendo un testimonio eficaz de la vida contemporánea. Y va llegando a ser un espejo de nuestra realidad mendicante. En meses pasados la policía descubrió un pordiosero de gran fortuna. Lo curioso del caso es que a dicho limosnero le habían robado una fuerte suma de dinero y quiso silenciar el hecho para no perder la fama de menesteroso que constituía su industria. El hecho tuvo resonancia internacional. En cierta revista picaresca de París, un cronista con imaginación traviesa pintó a Venezuela como el paraíso de los inmigrantes, los pordioseros... y los escapados de Cayena. Por cierto citaba nombres propios.

He dicho que la vieja escena del comienzo ya no se da. Y es lo cierto. Ahora no se acude a la caridad para pedir, ni al nombre de Dios. Tampoco se pide la

intervención divina, para que Ella pague lo que las manos miserables no pueden retribuir. Hoy se tocan otros resortes: la conciencia social, más desarrollada; el principio de la solidaridad, mucho más nítido: el deber de protección a la infancia; los fundamentos de la previsión y la asistencia. Claro está que los trucos menudean. Hay quien cultiva una peladura como si fuese un huerto; y quien no pudiendo lograrla por ninguna vía, se la pinta, o la finge con argucias que da pena citar. Pasee el lector a pie por esas calles y vaya mirando atentamente las personas que salen a pedirle. Una mujer rodeada de hijos que no son suyos: los ha recogido de madres a quienes molestaban, los ha pedido prestado, los ha alquilado. Los chicos se tienden por la vía como un pestilente guiñol: asedian a los transeúntes, pululan por los lugares vecinos, roban una que otra vez; alguna niña lisiada se arrastra de un lado al otro, envuelta en trapos sucios, seguida de moscas, la mujer, perfectamente sana, cuida de no perder la suciedad acumulada en tantos meses de ejercicio, huye del agua, corre llena de miedo a guarecerse de la menor llovizna. Sus clientes son los padres con niños enfermos, las madres de familia, las buenas señoras que han perdido un hijo o temen que sufra porque anda por lejas tierras...

Siga el lector. Y observe atentamente. A su paso saldrán el hombre fornido con la pierna vendada, el borracho, el vago, la vieja celestina, la mujerona que siempre ha perdido el dinero para ir “al Valle”, el manco y el cojo que muestran los muñones indecorosamente. Oiga cómo piden, sin decir palabra, a empujones, con una grosería que nace del espíritu canalla. Déles algo y vea la escala de su mirar: si un centavo, con asco; si dos, con ira; entrégueles un bolívar y verá cómo se burlan. Son gestes que contemplan al mundo de espaldas, por un lado que las otras personas no le conocemos. Tienen un sentido distinto de las cosas: miran desde abajo, juzgan a los hombres por los zapatos; desconocen la gratitud, porque no encuentran dónde ponerla; odian entonces y salen a pedir para vengarse.

Yo no quiero ser injusto. Nuestra sociedad es ferozmente egoísta. Gasta millones en juegos de azar, en fiestas, borracheras y trapos, pero contribuye con terrible mezquindad para la solución eficaz y mantenida de los problemas permanentes. Repito las palabras porque para otras cosas suele contribuirse: una catástrofe, regalo de juguetes, fiestas patronales, algún monumento, un relicario de oro. Muy pocos son los apasionados por una obra tesonera, útil, callada, de largo alcance: escuela, taller, asilo. Exceptúo como es natural, a las sociedades religiosas, cuyos trabajos a favor del menesteroso y el desvalido, sea cual fuere nuestra manera de pensar, merecen respeto, admiración y fervoroso aplauso.

Como la sociedad olvida esa contribución, el Estado paternal debe asumirla. Recargado por todas partes, fuente única para todas las soluciones,



el capítulo de asistencia le lleva fuertes sumas. Atiende como es lógico primero a lo más urgente: hospitales, clínicas, puestos de socorro, dispensarios, centros de investigación. Se le escapan, por lo menos hasta hoy en que comienza a enfrentar el problema por medio de un patronato especial, los sujetos de invalidez, o sea los menesterosos reales, aquellos que si acuden a la mendicidad es porque carecen de la aptitud mental o física que el trabajo demanda.

Sin esos centros que la sociedad seglar no crea y que el Estado no ha podido establecer, el necesitado, el enfermo, el loco, el ignorante, el borracho y el incapaz tienen que echarse a las calles. Allí tropiezan con otra corriente que fluye interminable: las mujeres sin marido, los hijos abandonados, la prostituta. Y se dan la mano. Marchan juntos un rato, surtiendo las cloacas de los bajos fondos. Así nacen los ladrones, los traficantes de drogas, los asesinos, los falsificadores, la inmundicia del cuchillo, la estafa y el cabaret. Un día salen a la luz. Llenan las cárceles, los manicomios, las estaciones de policía, los puestos de emergencia. Pero atrás quedan como estela que los continúa, su ejemplo, sus hijos, la enfermedad que esparcieron. De allí saldrán otros, y otros más.

Nada tan aleccionador en este sentido como lo que acaba de suceder en la Plaza Bolívar de Valencia. Una mujer, un hombre y sus siete hijos. Llevaban aves de corral para vender. Se instalaron al pie del monumento y empezaron a vocear su mercancía. De pronto, sin que se supiera cómo ni por qué, armaron el gran escándalo: gritos, insolencias, manifestaciones de toda especie. Cuando la policía intervino, comprobó que el hombre y su esposa eran enajenados. Los médicos enviaron al primero al Asilo; la segunda al Salón Pre-Natal, pues va a ser madre. Los hijos, engendrados y concebidos bajo esa situación, dice el Corresponsal que irán a manos del Consejo Ve-

nezolano del Niño. Afortunadamente. Pero quedan en el aire las terribles preguntas; ¿Cuántos casos como éste habrá en todo el país? ¿Cuántos no conocidos y que por tal no pueden remediarse, cuyos componentes ruedan por las calles como piltrafas de la miseria?

Nadie puede responder a ciencia cierta. Sólo un censo estricto, revelará la verdad. Entonces se trazará una línea de perfil acentuado y definitivo; de un lado, los que no pueden valerse; del otro los vagos y malentretidos. Aquellos irán a su remedio; éstos a la gendarmería. La mendicidad, entonces, podrá llamarse delito y perseguirse como tal, cosa que hoy no puede hacerse, simplemente, porque la sociedad no provee los recursos para hacerla imposible.

Sepa pues el lector, si lo ignora, que la moneda que fácilmente da, con el corazón conmovido y el alma puesta en Dios, hace casi siempre un terrible daño. Ella no va al remedio del necesitado; es decir, no es limosna como piensa, ni cumple a la luz moral las condiciones que se presumen en la caridad. Noventa veces de cada cien, esos centavos caen en manos de tahúres, maleantes y vagabundos que lo son porque encuentran quien se deje engañar. De esa manera se fomenta el crecimiento de la vagancia y se levanta, en las oscuras plataformas de la sociedad, una escuela de vicios. A ella van a dar el menor abandonado, la niña sin calor doméstico, el anormal y el desorientado. Allí se ejercitan, se forman, salen a hacer sus primeras armas. Un día llegan al crimen, la estafa audaz, el golpe sensacional. Las gentes buenas, que siempre dan “limosna” para que no haya “necesitados”, quedan desconcertadas, no logran explicarse la procedencia de la ola roja. . . . ¡Ojalá pudiera mostrárseles las veces que contribuyeron a fomentar lo que lamentan!.

Por esas razones es que en países de formación más avanzada no se encuentra un mendigo por las calles. No digo en los florecientes y ubérrimos Esta-

dos Unidos, que ya se explicaría por el hecho de que allí tienen su establo permanente las siete vacas gordas. En la vapuleada Europa de hoy, el que necesita de la benevolencia pública acude a un expediente que le presta al acto calidad decorosa. El menesteroso toca el violín, canta, ofrece un lápiz. Son menudencias, pero son “algo” que se ofrece a cambio de unas cuantas monedas. Que éstas sean más numerosas de lo que el hecho o el objeto merecen, ya es cosa relativa a la bondad de quien paga, pero hay trueque, no regalo; el necesitado ofrece, no mendiga. Y hasta puede hablarse de servicio prestado.

Aquí no. En Venezuela el que pide se humilla más y más, en la confianza de que así despierta la ingenua compasión. Y está en lo cierto, porque la vanidad tonta, el afán de mostrarse espléndidos se sienten más satisfechos mientras creen que es mayor la distancia que separa a quien da de quien recibe. El resultado es toda esa caterva sucia, fétida y asquerosa que recorre nuestras calles; esos inválidos de mentirijillas, que al atardecer van a su barrio a emborracharse y a comerciar con la penuria de la mujer o el niño, que son los verdaderos desdichados.

La vieja escena con que empezamos estas líneas, ya no se presenta, ni volverá tampoco porque ella corresponde a un estado social que dejamos atrás. Entonces el mendigo lo era en verdad y recogía para sí o para sus hijos el pedazo de pan con que se alimentaban. Hoy nadie pide ni recibe alimento. Todos quieren dinero. Para lograrlo, se sitúan en los lugares de mayor tránsito: cines, fuentes de soda, espectáculos públicos; o en sitios piedadosos como las iglesias y los cementerios, donde el corazón se ablanda y el alma se conmueve. Nadie llama ya a la puerta de la casa, ni alza como espiga temblorosa de humildad, las viejas palabras modestas y serenas: “Una limosna, por amor de Dios”...

Venezuela Oida por Radio



El notable poeta venezolano Pablo Rojas Guardia me ha escrito desde Fort de France una carta llena de interesantes verdades. Gira toda ella alrededor de los prejuicios morales ocasionados por la radio mal orientada, tema que he venido tocando en mis últimos artículos. Rojas Guardia ejerce funciones consulares en la Martinica y es, como todo hijo ausente, un constante y ansioso atalaya de cuanto sucede en su tierra lejana. Y se asoma a la radio, claro está, durante las horas lentas, sistemáticas y tropicales de su ínsula; se asoma con el deseo de oír la patria, de recibirla con la emoción con que se saluda a un niño... Una y otra vez. Pero por el caño de las “bandas” nacionales le llega con frecuencia el grito, el chiflido o el sacudir de timbales, manifestaciones todas del más elocuente primitivismo; nunca, jamás, expresiones de un pueblo como el nuestro. Por eso me ha escrito su noble carta pública.

Ya había oído a Mario Briceño Iragorri en la serena mansedumbre de su hogar, querellarse de la misma cosa. El ilustre escritor ejerce la representación diplomática de Venezuela en Colombia y, como hijo leal, vuelve los ojos a todo lo de su tierra con la insistencia de quien sabe servirla. Recuerdo que sus palabras alcanzaban un tono vivo mientras conversábamos en el atardecer. “Qué espanto -me decía-. La radio nos exhibe a veces como unos monstruos. Escribe contra eso”....

Cualquiera que haya vivido fuera de Venezuela por algunos días, comprende el sentimiento de los dos escritores. No se origina su actitud en la representación transitoria que los inviste, sino en la lealtad a su país. Mejor: en la lealtad a las cosas de su país: eso que constituye el hecho de todos los días pero que es, en la ausencia, la patria viva: la palabra dicha con acento nacional, la intensión espontánea del pueblo siempre noble, la canta olorosa a paisaje, el “aire” que brota de los instrumentos cuando los tañen las manos hechas con el barro nuestro.

Es eso lo que uno busca en las horas en que deja atrás esta barrera de montañas que nos separa del mar. Antes, los viajeros acudían al recuerdo o a la imaginación para evocar el suelo distante. Pedro Grases ha compuesto un libro de los más hermoso tan sólo con las páginas escritas por notables venezolanos desde playas extrañas. Ha espigado aquí y allá, pero si fueran a juntarse las hojas escritas por todos los ausentes, no bastarían muchos volúmenes. Porque efectivamente el venezolano tiene entre sus grandes virtudes esa de volverse hacia el país con mayor intensidad mientras más numerosas son las leguas que lo separan de él.

Si antes se escribía o se imaginaba o se “pensaba” la patria, hoy además se acude a los medios modernos para sentirla con mayor proximidad. La radio supera a todos los instrumentos en eso de avvicinar la nación ausente: primero porque está hecha para lograr largo alcance; segundo, por la simultaneidad entre la emisión y la recepción. Esto último le presta un carácter excepcional cuyo significado es tan alto que por sí solo ha bastado para modificar el concepto de las dimensiones en la mente humana. Es lógico, pues, que el ausente la busque a ella antes que a otra cosa y que convierta la radio en un instrumento socorrido en todas las ocasiones en que desea aproximarse al corazón rezumante y maternal de la patria remota.

Yo he pasado por esta experiencia. Con mayor vigor en una ocasión en que la separación era forzada. Por eso sé lo que me digo. El ausente habla con alguien, o ve una hoja de periódico, o tropieza con algo, no importa lo menudo o ínfimo que sea, lo cual le trae la bocanada calurosa de la nostalgia. Siente eso que dicha palabra contiene como ninguna otra, o sea el dolor por regresar. En la imposibilidad de hacerlo de inmediato, se acerca al radioreceptor. Si el ausente es inglés, o ruso, o chino, o español, o cualquier cosa, oír su lengua hablada con el acento propio, escuchará la música con la cual su pueblo levantó la cabeza desde lo profundo de los siglos, recibirá noticias de su patria, de su villorrio natal, quizás del barrio donde a esa hora hay una niña que lo recuerda... Pero si es venezolano, saldrán a saludarle voces extrañas: el castellano tendrá sonsonete argentino, giros dominicanos, gárrulas estridencias de turista en feria; le faltarán, al mismo tiempo la corrección que enorgullece y la peculiaridad propia que nace de la tierra como el árbol de su raíz. A la hora de escuchar una música, será de cualquier parte del mundo menos venezolana; tendrá toda la vulgaridad que sea posible reunir, pero ni una sola nota que recuerde la fragante y generosa ramazón de nuestras músicas. En el momento de recibir la información sabrá de todo, menos de lo que sucede allá, en la tierra soleada que el corazón desespera por volver a contemplar. Y le nacerá esa extraña desazón que embarga el ánimo en las terribles horas de las traiciones, como si recibiera una puñalada por la espalda.

Debe haber gente interesada en negar lo que voy diciendo. Siempre sucede así, bien porque a veces quien hace una morisqueta cree que hace una gracia, bien porque la ignorancia se sostiene sobre la ocultación de las verdades. Yo afirmo, sin embargo, que nada produce tan hondo sentimiento en el ausente como esto que quizás parezca inmensa tontería a quien está aquí, mirando con los ojos del cuerpo lo que el otro sólo adivina entre esquivas formas imaginarias.

Y si a esto se agrega la sensación del ridículo, la pena y la vergüenza alcanzan proporciones indescriptibles. Cuando se está lejos, el recuerdo reproduce las cosas de la tierra natal con insospechadas dimensiones. No es sólo que las aumenta de tamaño, sino que las colora con tonos y matices intempestivos; les presta formas nuevas y revela ante la conciencia asombrada, multitud de ángulos y faces a los cuales no se prestó atención cuando esas cosas estaban a nuestro lado y eran cotidianas. De ahí viene, precisamente, el orgullo de ser hijos de aquel suelo, no importa lo pequeño que lo pinten los mapas o lo poco que “suene”. De ahí el anhelo de regresar a esa descomulgada pero humana manera de comparar las realidades del suelo que se pisa con los sueños de la patria que se evoca. Naturalmente, cuando se conversa o cuando se escribe, se pintan con honda sinceridad los matices que el recuerdo pone en las remembranzas. Y lo que más se anhela es tener a la mano algo sensible que confirme plenamente lo que se ha descrito con tanta intensidad. ¿Se comprende, pues, la pena que causa una contradicción?

Si no he logrado hacerme entender, oiga el lector esta anécdota verdadera, relativa a hechos concretos y personas determinadas. Se trata del mismo Pablo Rojas Guardia, el poeta que me ha escrito la carta, allá en su ínsula de alegres ventarrones y frecuentes cocoteros. Y de un alto mandatario de la misma, distinguido funcionario colonial que ama el castellano y gusta de estudiar los modismos y variantes de estos pueblos. El poeta consular le había dicho -¡claro está!- que en Venezuela el castellano ofrecía muy pocos problemas de impureza, que había una comunidad idiomática en todo el pueblo, que la elocución era correctísima cuando se dirigía al público. Le había dicho, en fin, muchas verdades, aunque no toda la verdad.

Y sucedió que una tarde, el cónsul invitó al funcionario colonial. El poeta leyó versos, evocó las prestantes figuras de la historia y la cultura, puso su

patria a la altura que debía. De pronto el magistrado vio el radio-receptor en un ángulo del saloncillo. Y comenzó a hablar sobre las ventajas de este formidable instrumento de cultura. Ahí mismo saltó Rojas Guardia para tomar la palabra y pintar cómo aquí en Venezuela cada ciudad tiene una o muchas estaciones radioemisoras. El funcionario quiso oír alguna, para escuchar nuestra música y gustar la pureza idiomática descrita por el cónsul.

Y allí, en el pequeño salón, el venezolano vivió una tragedia tan cruel como la de Icaro, el soñador a quien la realidad quemó las alas. Cuando volvió el encendedor y las manivelas estuvieron en posición, brotó del alto-parlante una inmundada guaracha.... Las manos hicieron correr angustiosamente las agujas hacia la próxima estación.... Un tango, un fox-trot, una rumba... Los botones giraban ansiosamente sin detenerse, en busca de algo que tuviese siquiera el acento de la patria lejana. De pronto se oyó una voz. Anunciaba la realización de cierta feria en una población del interior.... “Déjelo Usted” -dijo el funcionario- Y el poeta lo dejó... La voz narraba las incidencias de la exposición pecuaria. De pronto, como quien mata una paloma con un hacha, la voz dijo:

“...Además de todo esto, se exhibieron una guacayuca y una yegua con su yegüito”... Nada más se oyó porque el poeta se abalanzó sobre el radio y extirpó aquel desastre. El funcionario no dijo nada. Pero al poco tiempo se marchó con una sonrisita. Pablo Rojas, todavía con el dolor de la vergüenza, me escribió: “¡Santo Dios! ¿En nombre de qué derecho a la libertad de expresión se toleran semejantes disparates, se aceptan parecidas sandeces?”....

No soy yo quien pueda contestarle. Pero creo que todos los venezolanos podemos contribuir a que no sucedan semejantes incidencias. Tanto los que

trabajamos en otras actividades como los que se ganan la vida con esfuerzo decoroso en las radioemisoras de la República. Unos y otros tenemos responsabilidades en estos hechos. Los primeros, en muy buena porción, porque somos quienes propiciamos con nuestras preferencias, nuestras peticiones y solicitudes, ese rumbo torcido de la radioemisión. No culpemos, pues, a nadie de un hecho en el que todos intervenimos y -unos y otros- procuremos corregir con buena fe el camino equivocado. Pensemos, ante todo, que es a la patria común a quien dañamos cuando la exhibimos con colores denigrantes ante la opinión de los extraños, y desde esa base, actuemos todos en la dirección de dignificar ese extraordinario instrumento cultural que es la radio cuando se la usa bien. Estimulemos el esfuerzo que algunas emisoras efectúan con empeño admirable en pro del arte universal y las tradiciones vernáculas; apoyemos al publicista que procura levantar los verdaderos valores; fortalezcamos al locutor honesto, que depura, pule y corrige su dicción para volverla un instrumento digno de la cultura de su país; respaldemos, en fin, todo cuanto contribuya a hacer mejor la vida, más alta la moral, más digno al pueblo.

Así llegará un día en que lo que hoy sólo hacen unos cuantos, se vuelva norma. Ese día, no importa el sitio de la tierra donde se encuentre, el venezolano recibirá a través de la radio, la poderosa sacudida del corazón de su tierra.

Caracas, junio de 1950

La Publicidad y las Amas de Casa



“Entre las cosas impresionantes que presenta la publicidad televisada me decía una buena señora, hay una cosa que pone a las damas con los pelos de punta. Son los anuncios de insecticidas”. Pueden considerarse agregoy, como un ejemplo de comunicación mal dirigida, porque siendo las mujeres quienes deben seleccionar los recursos domésticos contra la plaga, los anuncios crean de antemano en ellas una situación de rechazo. Con la “carne de gallina” es imposible comprar latas de susto, capaces de provocar la caída de esos horripilantes monstruos de goma que danzan -según la pantalla del televisor- apenas se rocía el insecticida.

Las empresas, por cierto, harían bien en consultar con gentes entendidas antes de aceptar determinados planes publicitarios. No toda forma de publicidad conviene, si se toma en cuenta el sector a que va dirigido, cuando no llena determinadas condiciones de adaptación a su sensibilidad. Recuerdo un caso elocuente. En Estados Unidos una prestigiosa firma, fabricante de un conocido producto alimenticio, lanzó una poderosa campaña destinada a mostrar los manjares que la dueña de casa podía elaborar con él. Como era de esperar, los publicistas y especialmente los técnicos en fotografía presentaron en hermosos colores los platicos más vistosos. Luces, contrastes, esplendores ópticos sustituían así la percepción del gusto, tratando de confiar a la vista la impresión del sabor. El resultado fue fatal. La venta del producto bajó hasta por los

suelos. El caso fue tan grave que la empresa decidió hacer una investigación con alto costo. Se llegó a la conclusión de que las dueñas de casa de tipo medio, las viejecitas, las que viven de un trabajo, las esposas de empleados, las madres con muchachos en la escuela, se sentían deprimidas ante la ostentación del anuncio. Por eso pensaron, de modo unánime, que sus facultades culinarias y sus posibilidades les impedían intentar siquiera acercar el producto de sus elaboraciones a las imágenes que la campaña presentaba. Y por un acto de inhibición colectiva, dejaron de comprar lo que se les ofrecía en forma disparatada.

Aquí, se trata de expresar la imagen sencilla de alejar un mosquito, con una cacería en plena selva o una escena de invasión interplanetaria. Humor negro, quizás; en todo caso, sensibilidad masculina. Y la conclusión son los gritos femeninos de ¡Apágame eso!"... "¡Quítame esa cosa de adelante!".

Hablando de "plagas", poca gente ha sabido tanto de ellas y el modo de tratarlas como algunos misioneros y cronistas del pasado. En uno de los misioneros con inteligencia más clara, el padre Filippo Salvatore Gili, encontramos algunas descripciones de insectos tan animadas y ciertas, que sobrepasan el impacto de las imágenes televisadas y, en cambio, dejan una sensación precisa de información. Leyendo cuanto dice de los mosquitos, no puede uno menos que alegrarse por tener a mano los insecticidas modernos. "Aparte del viento no se halla remedio ninguno duradero (contra ellos). Los españoles los expelen con pañuelos, que tienen constantemente en las manos, lo que no impide su pronto regreso, mientras que los indios se dan continuamente palmadas para matarles, y están tan avezados a estos casi continuos golpes, que por la noche, picados de los zancudos, lo hacen como si estuvieran despiertos". Habla luego de los pocos recursos disponi-

bles: el mosquitero es un horno, y “superfluo sería en clima tan caliente adoptar el uso de los guantes. Mas si el calor lo permitiese, se habría de adoptar entonces, también el uso de la máscara, y Dios sabe si bastaría aún este carnavalesco abrigo”.

Refiriéndose a las cucarachas, hace descripciones escalofriantes. "En las casas (del Orinoco) que tal como he dicho están llenas de ellas, nada queda libre de las cucarachas. Entran en las gavetas de las mesas y ensucian y comen los papeles y otros géneros que allí encuentran. Dejé casualmente una noche sobre la mesita una tabaquera de papel y a la siguiente mañana vila roída en gran parte, comida por las cucarachas. Quise darme el placer de ver el fin de aquello y púsela de nuevo sobre la mesita otras noches. No estuvieron contentas hasta que no la tornaron completamente inútil. Con las patas, luego, pasando y repasando sobre el cuerpo de los durmientes, hácenles rasguños sensibilísimos, pareciendo en las mañanas como si hubiésemos estado peleando con los gatos”.

Para muestra basta. El estilo animado y el espíritu de buen humor del padre Gilii, hace una pintura eficaz y culta de una incomodidad que fue terrible y las condiciones urbanas han disminuido sin lograr suprimir. ¿Por qué no lo toman como ejemplo las empresas publicitarias para hacer anuncios divertidos, sin pavor de las pobres mujeres?.



Baúl de Viejo

La Moda Caraqueña de 1800



Una amable lectora, que por lo visto me considera más viejo que Matusalén, me pide que diga algo sobre las modas de Caracas en 1800. Gladys, que así firma la amigueta, ha leído las calumnias que escriben sobre mi persona los deslenguados compañeros de esta revista y tiene metido entre la cabeza que soy del tiempo en que se amarraban los perros con longaniza. Con toda cordialidad, paso a contestarle.

Una mirada a lo que pasaba en Europa en cuestiones de vestuarios y costumbres, nos permite adivinar lo que sucedía en nuestro país. En dibujos de la época las mujeres aparecen con zapatos sin tacones, largos y puntia-gudos, medias de algodón con un triángulo negro en los tobillos, la falda larga y caída y el corpiño altísimo. Los sombreros parecían baldes boca abajo, amarrados a la barba con cintas de colores. Un chal de tinte oscuro y muy extenso, se les enredaba por todas partes.

La higiene era cuestión de palabras mayores, según tradición que venía de siglos. Se dice que la reina Margarita de Navarra, de cuya vida galante todavía se hacen lenguas, se lavaba sólo una vez por semana y eso... las manos. Luis XIV jamás se lavaba. En el Palacio de Versalles, que es inmenso, había sólo un cuarto de baño, pero resultaba tan inútil que lo dedicaron a guardar trastos. Algunos escritores ingleses -no sabemos si por tirria a los franceses- decían que las damas de esa nacionalidad eran muy bellas,

pero resultaba un problema acercárseles... por impedirlo el olfato. Los enamorados de ese tiempo consideraban una prueba de amor el que la dama de sus sueños les permitiera buscarle las liendres. Klinger cuenta que deseando mostrar un microscopio en San Petersburgo pidió a los concurrentes que le buscaran un piojo y éstos se sacaron tantos de la cabeza, que hubiera podido formar un montón.

En fin, eso era en Europa, y aunque el viejo continente influía poderosamente entre nosotros, es posible que las condiciones del clima y los hábitos naturales que venían de los indios, modificaran bastante las costumbres nacionales. Francisco Depons, quien visitó Caracas a principios del siglo pasado, dice que sus mujeres son “encantadoras, suaves, sencillas, seductoras”. Agrega que hay muy pocas rubias y que son raras las que tienen los pies pequeños. Esto último nos parece muy dudoso.

La mayor elegancia de la mujer caraqueña en 1800, se reservaba para el templo. Esto porque las actividades más destacadas se ligaban a las funciones religiosas. Para establecer una igualdad ante los ojos de Dios se había creado una especie de uniforme, consistente en traje y manto negros, pero las mujeres se las ingeniaron para hacerlos de seda y terciopelo, adornándolos con blondas costosas y pedrerías. De allí resultaba que muchas ostentaban trajes cuyo precio oscilaba entre cuatrocientos y ochocientos pesos fuertes.

La vida era muy simple entonces y las costumbres sencillas. Se anunciaban las visitas con tiempo y eran recibidas por la familia en la sala, adornada con alfombras y arañas de cristal. La gente se acostaba muy temprano. Las muchachas pasaban casi todo el día en la ventana, tras la celosía. La educación venía de viejas tradiciones, pero la instrucción era escasa, especial-

mente para las mujeres que casi no recibían ninguna. Escribían con letra horrible, llena de errores ortográficos, pero en cambio eran abnegadas y ejemplares compañeras del hombre.

Contrastaba con el lujo de “las mantuanas”, el traje de las gentes del pueblo. Sólo las esclavas usaban manto blanco. Los pobres iban descalzos y mal vestidos. Un hecho muy particular era el vestuario característico que usaban las mujeres de mala vida, de las cuales había más de doscientas, vestidas con harapos y encerradas en inmundos cuartuchos. Salían de noche, usando un atuendo que las distinguía. Consistía éste en falda y manta de color blanco. Sobre la cabeza llevaban un sombrero de cartón en el que ponían lentejuelas brillantes y flores de papel. Tal era el signo de la audacia, el uniforme de la vampiresa. Como es natural, las enfermedades secretas abundaban entre esta pobre gente.

Y por hoy basta. Ojalá que Gladys y los lectores hayan quedado complacidos.

Perico Tambor
Enero 1961



El Ferrocarril de las Hormigas

La Paz de los Sepulcros



Me agradecería saber por cuál motivo se ha complicado tanto entre nosotros el sencillísimo acto de morir. Por una parte aquí es lo más fácil pasar el charco: un tiro de cachito, alto no escuchado, operación cédula mal interpretada. Últimamente ciertos extraños proyectiles han facilitado el acto decisivo. Unas balas (siempre disparadas al aire, con la más seráfica intención) que a poco salir del cañón, en vez de seguir hacia el cielo, se devuelven, buscan una ventana, entran a la casa, miran a ver qué descubren y van a darle a quien menos se esperaba. Tiro al aire y policía limpiando revólver son en este país como la silla eléctrica. No mancan.

Pero por otro lado, apenas alguien ha detenido el respiro empieza una aventura más difícil que acomodar una iguana en un morral. Para no entrar en detalles voy a condensar un ejemplo. Cierta vez una dama, nonagenaria ya, sintióse mal. Sus familiares la llevaron a un Puesto de Socorro donde poco después expiró. Había sido tan breve la permanencia y tan claro el diagnóstico que los deudos quisieron llevarse consigo el cuerpo. No era posible. Estaba detenido de orden de un policía. Forcejeos, explicaciones, telefonemas. Nada. El forense debía dictaminar y a esa hora estaba en los brazos de Morfeo. Sólo pudo lograrse una fórmula conciliatoria. La familia tomó el cadáver como quien dice, en calidad de préstamo y lo llevó a la casa para efectuar las debidas manifestaciones de desconsuelo ante el vecindario. Eso sí, a las 8 de la mañana, hubo que

ponerlo en otro automóvil y llevarlo al Forense, quien expidió la papeleta de defunción.

Otro caso recuerdo. La amarga noche en que de pronto y frente a un grupo de sus amigos fraternales, cayó herido de muerte el gran cronista Casto Fulgencio López. Con la vida escapándosele, en una camilla improvisada lo trasladamos a una acreditada clínica cercana. Íbamos presurosos a su lado, diez o quince compañeros. Subimos con él al consultorio. Pero nada había que hacer: el noble corazón de oro había estallado. Una capa de enorme pesadumbre nos envolvía y bajábamos cabizbajos las escaleras cuanto en la puerta se alzó la voz de un hombrecillo peludo y mal encarado, con un bojote de revólveres en el cuadril derecho. “Nadie puede salir. Tienen que quedarse encerrados hasta que se investigue el hecho”. Afortunadamente no hicimos caso. Y seguimos. El homúnculo optó por llevarse la mano al cinto: “¡No se mueva nadie!”, gritó. Ya algunos de los que no tenemos influencia nos veíamos acompañando a Casto Fulgencio en sus praderas de bonanza cuando a José Ramón Medina, que es pequeño pero atabacado, se le subió la sangre a la cabeza. “Dispere, si quiere. Nosotros tenemos un deber que cumplir con la familia y vamos a cumplirlo aunque usted no quiera”. El hombrecillo salió con otro desplante. Medina entonces, apelando a su condición de magistrado en la Suprema Corte, opuso su credencial al revólver del pequeño energúmeno. Los demás escapamos en distintas direcciones.

No quiero seguir. La aventura de un muerto no termina ni después de sepultado. Vecino que sea de muchos años en Tierra de Jugo, inquietan su esqueleto por multitud de causas. No es sólo aquello tan sonado de vender a otro muerto la parcela, o el acto tan conocido de sacarle las muelas de oro para llevarlas al joyero. Hay más aún: la legión de explotadores que viven

de la muerte y merodean en auténticas bandadas por el cementerio. Si se menosprecia a una y se favorece a otra, el gang apartado viene, ensucia la tumba del pariente, roba las flores, rompe la propiedad. Hasta una pobre viuda que lloraba ante los restos de su esposo fue asesinada no hace mucho. Y lo que es peor, el deshauicio no se detiene jamás. El último estudio realizado en el Cementerio General del Sur ha puesto en evidencia que por cada muerto nuevo hay que desenterrar un muerto viejo. Según un comentarista los concejales comprobaron que los despojos extraídos los transporta ¡el Aseo Urbano! Como es lógico pensar, entre basuras, desechos y podredumbre para ir a terminar quién sabe dónde.

En el cementerio de Curazao en que tuve en sagrado por diez años el cuerpo de mi madre había cerca un mausoleo de cierta congregación religiosa. Al frente se ostentaba por único timbre, una inscripción que mil veces leí: “Paz, al Fin”, decía. Más nada. Entre nosotros, por lo visto, no hay “Al Fin” que llegue, porque ya ni siquiera en el sepulcro hay Paz.



Caracas Vuelve a la Selva



Lo que voy a narrar parece una aventura del Oeste. Cuando menos, una de aquellas páginas de Buffalo Bill en que intervienen indios. Sin embargo sucedió aquí mismo, en Caracas. Y por un milagro de Dios no salió en los periódicos. Tal vez, precisamente, porque le faltó un final animado. Quizás si los protagonistas se asesinan recíprocamente o si uno de ellos le cae a mordiscos a su suegra, la aventura habría sido publicada...

Pues bien, resulta que un caballero, casado como Dios manda y a quien su esposa ha obsequiado con un pesado surtido de retoños habitaba una caja de bulla y mampostería (léase apartamento) en uno de los desiertos (léase urbanización) que circundan la ciudad. Había polvo, portugueses y escenas de amor con policía y todo. No había agua, ni comida, ni sirvienta que a los tres días no estuviera metiendo las narices en todas partes. Sin embargo, nuestro amigo y su familia “vivían”...

Pero el casero los estaba cazando. Y le subió el precio a la “felicidad” del matrimonio. Y terminó por hacerles la vida imposible. A tanto subió la cosa, que el protagonista de esta historia se decidió a hacer una casa. Ahorro al lector el sufrimiento que le causaría enterarse de todo cuanto debió hacer el pobre hombre para construir su habitación. Démosla por terminada e imaginemos al protagonista envejecido, cargado de deudas, con un garrote en la derecha y la mano izquierda en los riñones, como la propaganda de

las Píldoras de Foster. Su mujer no había vuelto a obsequiarle con retoños. Pero suspiraba. La reluciente casita estuvo tres días cerrada mientras “llegaba el quince”. Por fin, los camiones de mudanza empezaron a llenarse con cachivaches. Apenas sacaron la cama de matrimonio, un nuevo inquilino comenzó a meter sus corotos por la ventana del apartamento. Nuestro amigo salió con la primera camionada.

Pero cuando llegó a su casa, la encontró ocupada. La llave no servía a la cerradura. Había cortinas, timbre, una vitrola hablaba en musiú. Por allá, adentro, un señor gordo transitaba en paños menores. El protagonista pensó que se había equivocado. Fue a la esquina, averiguó, sintió que la sangre se agolpaba en su corazón. La casa no era ya su casa.

Todavía le duraba el desmayo cuando llegó la esposa, con grandes gritos. Abrió los ojos y no preguntó: “¿Dónde estoy?”, como todo desvanecido que oye radio, sino “Mi hijita, yo estoy loco?”. Y se pellizcaba.

Una vecina le había puesto una bolsa de hielo rota sobre la cabeza mientras estaba en el soponcio. Ni siquiera se dio cuenta de ello. Chorreando agua, seguido por todo el vecindario se decidió al fin a llamar a la puerta de la casa. Salió el ocupante y explicó:

-Esta casa no es mía, ni conozco al dueño. La encontré vacía y me metí en ella. Si usted es el propietario, me importa un pito.

La escena había sucedido como en los tiempos prehistóricos. Un salvaje hallaba una cueva. Salía a buscar la calavera mamuth en que acostumbraba sentarse. Otro primitivo se encaramaba en una mata de coco y le dejaba caer un fruto sobre el cráneo. Ocupaba la cueva y la calavera. La mujer pa-

saba también a ser propiedad suya. Entre los dos se comían al primer salvaje con salsa de tomates.

La única diferencia estuvo en que aquí no hubo porrazos. El dueño de la casa estuvo un rato meditando. Pensó en la Reguladora, en los abogados, en el derecho de ocupación. Pensó también en las fotografías de los periódicos. Su retrato a toda plana y arriba un letrero en tinta colorada: “Casero sin Entrañas”... y se transó. Su respuesta merece colocarse en el Diccionario de los mártires:

-Bueno, pues, quédese con la casa. Considere que le acabo de pedir desocupación. Vea a ver si me la puede entregar dentro de seis meses.

¡Y se fue a vivir a un hotel!

Esto sucedió en Caracas, lector amigo, aunque los contornos de la historia la asemejen a una aventura imaginaria. Podemos felicitarnos, porque después de todo, Caracas retorna poco a poco hacia aquella fresca lozanía de la selva en que vivieron nuestros antepasados. Cuando llegue al estadio de Adán y Eva, nadie necesitará casa donde meterse. ¡El problema de la vivienda se habrá solucionado!.



Autobuses, Choferes y Fiscales



Indudablemente: los problemas del tránsito que se ven en Caracas se encuentran con dificultad en otra parte de la tierra. Parece que el mal está en la sangre. En una divertida página de Daniel Mendoza, publicada allá por los albores del costumbrismo nacional, el alegre humorista nos cuenta cómo los burros se subían a las aceras, las carretas salpicaban de barro a los peatones y los arrieros metían sus palabrotas por todas las ventanas. Después llegó el automóvil. El creador de “Palmarote”, ejemplar del llanero decididor y desconfiado, no conoció esos tiempos del “Automóvil Club” de que habla José Rafael Pocaterra en “La Casa de los Abila”. ¡Qué tiempos fueron éstos! La gasolina con su olorcillo picante se convirtió en irresistible instrumento de seducción. Aparecieron aquellos automóviles “de tablita”, con dos grandes bigotes en el volante, uno para “la chispa”, el otro para “la gasolina”. Los cocheros desde el pescante, como capitanes en el viejo puente de sus navíos, los miraron llegar. Quizás adivinaron que la perderían, tal vez algunos no lo creyeron nunca. Lo cierto fue que el automóvil ganó la partida junto con un nuevo tipo de galán que entonces también apareció, subido sobre sus cuatro ruedas, un par de guantes, grandes patillas, anteojos de aviador.

Desde entonces caímos en esta situación que cada día se torna más difícil y complicada. Primero fueron “los truenos”, después los Inspectores de Vehículos, más tarde los Fiscales de Tránsito. Cosas que el progreso ha traído

para embrollo de la existencia, pero que son resultante directa del problema de la circulación caraqueña. Por eso han pasado a ser elementos imprescindibles de la ciudad, ornamentales y urbanos como el macadam. El turista puede ir a cualquier parte para contemplar rascacielos, admirar monos, gozar el fresco de la vegetación o escuchar a los loros. Aquí, donde nada de eso tenemos, vendrá a ver cómo se envenenan las mozas con ácido muriático delante del último uniforme de su Fiscal de Tránsito.

De todo este barullo del tránsito viene saliendo otro fenómeno nacional. Es el chofer. Parece el más humilde, pero en verdad es el que manda porque, mientras no choca, hace cuanto se le antoja: se sube a las aceras, retrocede, pelea con el manso conductor del tranvía, le pinta bigotes al retrato del Inspector de Vehículos y se come las flechas. El chofer caraqueño, sobre todo si conduce un autobús, sabe de todo: habla de política, receta a los pasajeros, opina que los miembros de la Corte Federal y de Casación son unos cachivaches, torea como Manolete y pinta con el volante las vueltas de una curva de beisbol.

Muchas veces nos hemos quedado pensando, sinceramente, dónde aprenden tantas cosas los choferes de autobús. Se nos ha venido la idea, sobre todo, frente a esos altos ómnibus verdes que ahora recorren la ciudad. Tales aparatos, de último modelo, producidos en los más grandes y mejores talleres del mundo, son expresión de un vasto trabajo científico en que tomó parte toda la experiencia de la humanidad. Las leyes de la física, los principios naturales, las normas esenciales de la técnica, todo, en fin, ha coincidido para producir esa perfecta maquinaria. Desde el conocimiento rudimentario del salvaje que lanzó una flecha en la selva, hasta las mágicas ecuaciones del matemático, pasando por el milagro de la rueda, la sabiduría ha venido paso a paso a coincidir en ese artefacto. La cosa estuvo muy bien hasta que

se le ocurrió a alguien traer tales autobuses a Caracas. Aquí, los choferes se pusieron inmediatamente a enmendar la plana de los científicos: que si este perolito está así, hay que ponerlo al revés; que si esta luz se enciende, pues hay que apagarla. De este modo, llegaron hasta el parabrisas. Un profesor de física nos decía con satisfacción, cómo se cumplían en esos cristales las leyes más secretas de la óptica: ángulos de refracción, luminosidad, reflexión, que se yo cuántas cosas más. Pero el chofer no lo cree de ese modo. Por eso los autobuses verdes andan ahora con el parabrisas pintado, o cubierto con almanaques, o lleno de arriba a abajo con lamparazos de toda condición. El chofer no ha dejado sino un huequito mínimo por donde mirar en línea recta, una pequeña abertura por donde meter la nariz.

La Inspectoría de Vehículos, que tal vez piense que su función se limita a poner flechas y medir las aceras cuando alguien choca, no se ha fijado en esto. Los Fiscales de Tránsito, embebidos quizás en la planificación de un uniforme color galleta con mantequilla, tampoco han visto nada. Los autobuses pasan rugiendo, a gran velocidad, atascados de pasajeros como sardinas, bamboleantes, el frente cubierto por una colcha de pintura. Nadie se fija en que no es posible que la visión del conductor sea clara y que posiblemente se está violando un principio, nacido de la sabiduría universal, que puede transformar de un momento a otro a todas esas vidas en piltrafas sanguinolentas. Nadie se da cuenta, en fin, de que si la técnica de millones de años consideró necesario poner el parabrisas de ese modo y no de otro, es porque fue preciso que se hiciera.

Nada, que los problemas del tránsito nacen, en Caracas, de la sangre. En tiempos de Daniel Mendoza los asnos andaban por las aceras; ahora los choferes pintan los parabrisas. ¡La misma cosa!

Un viaje en Autobus



Yo sabía, desde hace mucho tiempo, que todas las palabras tienen un lado agradable y otro repugnante como el tártago. Confieso sin embargo, que no supe cuál era el costado pavoroso del verbo “tomar” hasta el día en que se me ocurrió “tomar” un autobús para hacer un viaje al Interior. La odisea comenzó así:

-Raqui.....Raqui. (Esto soy yo llamando por un teléfono).

-Ruuu.....Ruuu... (Esto es el teléfono sonando).

-¿Quién dijo diablo para darle con la cruz? –contesta una voz como de barbero trasnochado.

-Deseo ir al Interior.

-Cuesta dos lajas... ¿Cómo se llama usted?... No respondemos por la maleta... Si tiene sortija de oro, quítesela. Amárrese un paño por el pescuezo. Sale a las 4 de la madrugada. ¡Vaya a bañarse!

Y ¡pum! me tiró el teléfono.

A las dos y media de la mañana estaban tumbando la puerta de mi casa. Abrí. En el umbral se encontraba un mocetón barbudo, lleno de lagañas, la voz horrible.

-Somos de la Línea “El Aguacate”. ¿Aquí hay un pasajero para el Interior?



-Soy yo, señor –contesto con una voz de hormiga.

-Ándese, pues, que zamuro come bailando. ¿Dónde está la maleta?

-Ahí –digo, y la señalo.

-¿Y a eso lo llama usted maleta? No juegue, si parece una sinfonía, responde el visitante.

Y la agarra, la bate contra el suelo, se le sienta encima, empieza a ajustarle las correas. Una se revienta y el mozo cae de cabeza por el otro lado. Se levanta vuelto una fiera, lanza la valija contra la pared, maldice la abuela del talabartero que la hizo. Yo comprendo, en el fondo del alma, que el joven está usando un eufemismo para dirigirse a mi propia familia.

Al fin el mocetón logra lo que desea parándose encima de la valija y saltando sobre ella como un orangután. La pobre queda vuelta alfeñique. Una corbata de a veinte bolívares asoma por entre las junturas. El tipo la agarra con una mano, con la otra saca una navaja y ¡zas!, la corta en dos pedazos.

-Tome, para que se sople las narices- grita, entregándome el trozo.

En menos tiempo del que empleará un microbio para rascarse el codo, me llevan de mi casa al sitio donde se encuentra el autobús. Estoy mareado, me zumban los oídos, quiero tomar un trago de café. Cuando abro la boca para bostezar, sale un hombrecillo con las piernas torcidas, un real enano, yo no sé de dónde, y me hala por el paltó:

-Métase a la fila y diga su nombre.

Lo digo.

El enano escribe en una listota, sacando la lengua para mojar un trozo de lápiz morado. Se le ven las agallas de color espantoso.

-¡Ah nombre para bien feo! -dice, y se va.

Me dan ganas de darle un coscorrón.

En la fila hay un gentío sonámbulo. Una señora se va a rascar su propia oreja y le escarba las narices al que está atrás. Nadie habla. Un caballero descabeza un sueñito en el espinazo de alguna vieja. La dama, que está adormitada, cree que es el marido, pero de pronto abre un ojo y se percata del engaño. Levanta la cartera y la deja caer, con un frasco de remedio por dentro, sobre la cabeza del hombre.

Al rato una voz dice:

-¡Cojan sus puestos que nos vamos!

Y se produce el escándalo. Todos tenemos algo que recoger. Alguien agarra un gallo por el pescuezo y lo lanza como una pelota por la ventanilla para que ocupe su asiento.

Nos encontramos, al mismo tiempo, en la portezuela. Empujones, chillidos, gritos. Por mi espalda trepa el hombre del gallo. El chofer hace: “foqui-foqui-foqui” con la corneta. Pensamos que el autobús nos va a dejar. Una solterona pide aire. El enano aprovecha para pellizcarle los brazos a una moza de veinte arrobas. La muchacha grita: -“Miren al currutaco ese”- y se le pega de detrás. Con el empujón, varios caen al suelo. El enano se pierde.

Y nos vamos, al fin. Empieza la carretera. El chofer tiene dientes de oro y maneja mirando hacia atrás. Apaga las luces interiores. Los faros proyectan dos chorros luminosos que se hunden, como dedos entre la cuajada de neblina. Las conversaciones vienen a retazos, cortadas por los brincos del vehículo.

-Yo le dije: Así no se mata a un hombre....

-Fooj, vale, hiedes a puro ron....

-No hay como la túa-túa con cebo para bajarse la opación del hígado...

-Mire, señora, ¿usted no puede voltear el tubo del gañote para otro lado a ver si no me ronca en la oreja?....

Yo voy cabeceando, pero de pronto salgo disparado como una flecha por encima de los asientos que están adelante. Cerca del parabrisas, casi encima del motor, se detiene mi terrible vuelo. Antes que mi cuerpo, ya ha llegado allí el de un músico que ha ensartado la corneta del instrumento en la cabeza del chofer. También han llegado un saco de ñames y un cajón de huevos.

El chofer quiere hablar y forcejea por zafarse el helicón. Sus gritos suenan de un modo extraño.

-Jum.... Jum.... Jum....

Cuando lo separan de su prisión le da dos patadas al músico y lo bota del carro. Encima le tira el instrumento. El músico dice algo, pero no se le escucha porque el autobús parte a horrible velocidad. Desde la ventanilla lo veo hacer señas como un loco.

Un kilómetro más allá, se repite el frenazo con resultados semejantes. Esta vez me cae encima un saco de aguacates que venía en una rejilla, sobre nuestras cabezas. Los aguacates salen uno a uno. Mi sombrero queda hecho un desastre.

Observo que la parada es provocada por alguien que está al margen de la carretera. El chofer ha juzgado oportuno invitarlo a subir.

-Oiga, matador, ¿para dónde va?

-Yo no voy para ninguna parte, hombre, siga su camino. ¿No ve que estoy haciendo una “necesaria”?

-Bueno, pues, termine. Yo espero.

Pasan algunos minutos. El chofer silba “La Marsellesa”. El hombre de la carretera anda escondiéndose. De pronto se voltea y dice:

-Caray, vale, con usted.....

-Suba, -responde el chofer- porque lo que soy yo no me voy de aquí.

El hombre se resigna a concluir desde el vehículo. El colector lo coloca en el último asiento y le da las instrucciones del caso. Cuando el autobús arranca, le grita al conductor.

-Una papa más;

Nosotros seguimos, dando tumbos, cabeceando, sudando, tragando polvo. El chofer lleva el acelerador hundido hasta las entrañas del motor. Las cosas pasan a nuestro lado como si estuviéramos sumergidos en un litro de leche. De pronto comienza a amanecer. Los animales que van dentro del autobús,

despiertan e inician su rural sinfonía. El gallo se empeña en enamorar media docena de gallinas que están espolvoreadas por diversos rincones. Las llama con gorgoritos, se les insinúa con miriñaques cacofónicos, las amenaza con llegar hasta allá y morderles el pescuezo. Las gallinas forman una algazara de los mil diablos, haciéndose las ofendidas. El autobús salta, oscila, traquetea, grita de todos modos. Un resorte del asiento me llega al alma....

Y así pasan las horas. El sol ya alcanza su cenit. No hemos probado nada. Alguien pide que detengan el armatoste para comprar una empanada. El colector le contesta que se chupe el dedo.

Cuando llegamos a “Las Cachapas” casi nadie queda en pie. Alguna vieja se ha desmayado mientras sus compañeras le auxilian con plumas quemadas y corneciervo. El dueño del gallo, muerto de hambre, lo mira con los ojos idos, como si soñara que se lo traen en una bandeja con salsa de tomate.

El carro se detiene al fin, pero cuando vamos a descender, desesperados, para comer algo y darle al cuerpo algún desahogo natural, se lanza sobre nosotros una banda de funcionarios.

Vienen armados hasta los dientes, caminan zandungueando como los valientes de las películas, hablan a gritos:

-¡Destápeme ese bojote!

-¡No toque esa caja, carrizo!

Se meten por debajo del autobús, hurgan nuestras pertenencias, registran los bolsillos, sacuden al perro, no sea que se haya trabado un flux de casimir. Buscan teléfonos, retratos con chiva, pantuflas de cordoncito....

Cuando logramos descender, ya el chofer ha comido. Está en su puesto, con el motor encendido y un palillo de dientes en la boca. No pronuncia una sola palabra, pero echa a andar sin hacer caso de nuestras voces y protestas.

Una gran polvareda nos precede y nos sigue. Desde lo alto, el autobús debe mirarse como una nube. Así viajarán los arcángeles por el ancho cielo, seguidos de trompetas, entre los vagorosos contornos del polvillo seráfico. Ahora nosotros pegamos brincos, al igual de los réprobos sobre los empedrados del infierno.

Y lo peor. El chofer se ha vuelto confianzudo. Narra sus aventuras con las cocineras del barrio, inventa sobrenombres, nos trata de “tú”.

Al fin llegamos, porque todo tiene término en esta vida. Un amigo a quien he avisado, sale a recibirme. Desciendo del vehículo mareado, lleno de polvo, jadeante, los ojos estrábicos. Mi amigo corre a auxiliarme y hace una de esas preguntas que se vienen a la boca por el uso aún cuando sean innecesarias e impertinentes. Aunque me recoge casi moribundo, pregunta cómo me fue en el viaje.

Y entonces el chofer, sin que nadie le estuviera dando parte, saca la cabezota por la ventanilla y responde por su cuenta:

-¿Qué como le fue?... y no lo está viendo, pues, que parece un gofio?



Bolívar en Curazao



Ayer fue inaugurada en Curazao una estatua del Libertador. Según las reproducciones que hemos visto, se trata de un modelo muy repetido en los tiempos del general Gómez, una desnaturalización comercial de la serena figura de Tenerani, sin ningún valor artístico y sin originalidad. En ella aparece Bolívar con un mazo de papeles en una mano y una espada en la otra, fea la actitud y triste el gesto. Es significativo que la Junta Revolucionaria, en esta, la primera vez que obsequia una estatua del héroe a un pueblo que no es el nuestro, haya retornado al modelo que entronizaron en las plazas del interior los rudimentarios jefes civiles de la ex-Rehabilitación. Y es triste que así sea: por el héroe, cuya dimensión exige que se le arranque ya del dominio de la cursilería verbal y del atentado estatuario; y por Curazao, cuyo amor hacia Bolívar, lleno de fresca ingenuidad, es un incentivo constante de cercanía con Venezuela.

Pero ya está Bolívar en aquella isla sencilla que le venera con intenso afecto, frente a la resonancia de su profundo mar. Es como si le hubiese regresado un hijo. Los venezolanos no sabemos que los curazoleños miran al Libertador como a cosa propia. Desde el día en que pisó aquella tierra por la primera vez, volvieron hacia él los ojos, le tendieron las manos y le abrieron las puertas del recuerdo. Después vino la corriente interminable de exilios que aún perdura, y con ella fueron llegando hasta la pequeña isla hombres, mujeres y niños que hablaban de aquel hombre extraordinario como



de un dios. Como todo el que abandona la patria por circunstancias políticas lleva siempre en la boca el nombre de Bolívar, los curazoleños comprendieron que el Libertador es el signo de lo que nunca se realiza; y le alzaron entre sus ideales, vestido con esa inmensa tristeza en que se le ofrecen los proscritos de su propia patria.

El Bolívar de los curazoleños tiene, pues, mayor grandeza humana que el de otros pueblos del continente; mayor grandeza aún que el de muchos venezolanos satisfechos. Para éstos, el Libertador es un hombre que transpira pólvora, cabalga caballos y desnuda la espada: es la estatua que le regalaron a Curazao. Para el pueblo que vive en los costados de la Bahía de Santa Ana, Bolívar es el ostracita que llega con los ojos cansados y las manos doloridas a tocar su puerta; es la tragedia de una patria que persigue siempre a sus propios hijos; es la esperanza, que nunca llega. En otras palabras, su Bolívar es el verdadero.

Es hermoso oír palabras del Libertador, expresadas por la gente del pueblo en papiamento. Por regla general son palabras dolorosas como aquellas de la hora de la muerte, o dichos que la imaginación sencilla le aplica por pensar que él, a quien conciben bueno y sufrido, fue capaz de decirlas. Los negros le miran unido a Luis Brión y se lo figuran conversando con el Negro Primero, en síntesis perfecta de la igualdad que vienen soñando: los blancos nacidos en la isla le sienten como al padre de América, para quien no existieron jamás fronteras ni diferencias entre los pueblos del continente. Y todos confluyen frente a él.

Curazao, Aruba, Bonaire, hace ya mucho tiempo que viven ese afecto por Simón Bolívar. Tengo la impresión de que en ninguna ciudad han trabajado con tanto tesón, como en la primera, por levantarle un monumento. Cura-

zoleños y venezolanos reunidos formaron allí la Sociedad Bolivariana, cuyo nombre desacreditado por nosotros, jamás se ha manchado entre ellos con actos distintos a su naturaleza. Juntos, curazoleños y venezolanos, construyeron una pequeña plaza, levantaron un sencillo monumento y consagraron todo el recuerdo de su Simón Bolívar. Aruba alzó un edificio admirable, dotado de los mejores medios para la difusión cultural, y lo consagró también al héroe. Bonaire, que tiene a Piar como hijo suyo y es la más pobre de las tres islas, le consagró el homenaje de su recuerdo, tal vez todo cuanto podía ofrecerle.

Hoy ha vuelto Simón Bolívar, hecho estatua, al pueblo de Curazao. No se corresponde la imagen que el pueblo tiene de él con la estatua que le han obsequiado. La culpa no es de los curazoleños, seguramente, pero yo que les conozco bien, que sé de su extensa bondad, de su sencilla manera de brindar el amor sin regateos;; yo, que comí de su pan generoso y me senté a su mesa, comprendo que estas horas son de sincero regocijo para toda la isla. Al fin está entre ellos, de pie en su plaza, el hombre a cuyo amor llegaron por el dolor de tantos venezolanos desterrados.



El Ferrocarril de las Hormigas

Yo Pido Juventud para la Imagen de Matea



En días pasados los periodistas “descubrieron” la tumba de la Negra Matea. La encontraron derruida, abandonada, cubierta de yerbajos. Una pátina de antigüedad la envolvía. La misma que sepulta el recuerdo de la famosa aya del Libertador cada vez que se la evoca. Matea murió a la edad de ciento veinte años en Caracas, el 29 de mayo de 1886. Según el historiador González Guinán, había nacido en San José de Tiznados el 21 de setiembre de 1776, “hija de dos esclavos de don Juan Vicente Bolívar”. Prueban esa edad documentos oficiales. La confirman tradiciones caraqueñas. Y la respaldan visitantes notables que conocieron la prestigiosa negra. Joaquín Crespo, encargado de la Presidencia de la República por ausencia de Guzmán Blanco, invitó a los funerales de Matea.

La longevidad que alcanzó fue factor primordial para envolverla en esa atmósfera de vetustez entre la cual se la recuerda. Viejas reláficas cuentan que el 24 de julio de 1883, cuando se celebraba en Caracas el centenario del nacimiento de Bolívar, Matea fue llevada al Panteón Nacional. Ese día, efectivamente, tuvo lugar allí una apoteósica concentración. Desde las primeras horas se reunieron millares de personas alrededor de La Casa Amarilla. A las ocho y media de la mañana salieron en procesión por la llamada Calle de Mercaderes. En la puerta de su casa se incorporó el general Guzmán Blanco en gran uniforme de General en Jefe. Su señora esposa, mientras tanto, encabezaba otro desfile de mujeres a lo largo de la Calle

Carabobo. Ambos ríos de emoción, de trajes, de joyas y rutilantes colores, se encontraron en la explanada del Panteón y penetraron al recinto. En silencio estaban, cuentan las historias populares, cuando llegó en brazos de buenas gentes, la pequeña, arrugada, minúscula, hecha un amasijo de huesos y chocozuelas, La Negra Matea con 117 años sobre su corazón. Así desfiló, como imagen de la muerte, quien fue relámpago de vida en la niñez de Bolívar. Y así partió. Cuando salió a la puerta, entre las hileras de húsares, diplomáticos, penachos y condecoraciones, la multitud que era el pueblo, con ansiosa emoción clamó en un vivo grito: “¡Viva la Madre Negra del Libertador!”.

Era, naturalmente, y otra vez, la sensación de antigüedad, la que ganaba el hermoso homenaje para la antigua esclava. Hoy podemos saber exactamente cómo era en aquel entonces, gracias a la pluma y el ingenio de un notable periodista colombiano. Alberto Urdaneta, director propietario del “Papel Periódico Ilustrado” de Bogotá vino a Caracas el 1883 y visitó a Matea en la casa de Simón Camacho, sobrino nieto del Libertador. Encontró “sentada entre las señoras, cuidada como una reliquia, a una mujer de color, baja de cuerpo, llena la cara de arrugas, vestida de zaraza, limpia y bien aplanchada la ropa y con pañuelo de hilo atado a la cabeza, llevando en la mano un grueso bastón”. Era Matea. Urdaneta, con mano emocionada, tomó el lápiz y, hábil dibujante como era, pintó un magnífico retrato, el único que se conserva de la negra. Es fiel la pintura a la descripción literaria antes citada. Se le ve la boca ancha, la nariz gruesa donde asoma un diente solitario, la vista perdida en la lejanía. Da la impresión de encontrarse fuerte, a pesar de los años. Esa sensación la confirman sus declaraciones al periodista, en la que dice dónde nació, pinta la casa de los Bolívar, narra cómo jugaba con Simoncito y describe como testigo presencial, de qué manera Ricaurte con un tizón de leña le metió fuego a la polvorera de San

Mateo. Con un tizón, no con pistola como narra la historia. Algo menos escultórico, indudablemente, pero más lógico y tradicional.

Pues bien, por más que todas las imágenes coincidan para presentarnos una anciana Matea, debemos recordar que tenía 17 años cuando nació Bolívar, aunque 64 cuando éste murió. Su desdicha, o su gloria, que no lo sé bien, estuvo en sobrevivirlo 56 años. Su contacto con el Libertador, con el ambiente de su infancia, con el hogar primero, tiene lugar cuando es una joven en plenitud, negrita fina, juguetona, de ancha risa sonora que asomaba como una espiga por los anchos corredores de la casona colonial. Allí, en la casa de la Plaza de San Jacinto, según ella misma contaba, había crecido, porque la trajeron a vivir en la mansión cuando apenas tenía cuatro años de edad.

Y eso es cuanto quiero. Pintar, así sea imaginariamente, a una rutilante Matea juvenil, tal como era cuando “ayó” a Bolívar. Eso porque se le piensa erigir una estatua y, naturalmente, ya alguien debe estar ideando situarla en una silla, hecha un basilisco de cansancio. Yo pienso lo contrario. Si su gloria estuvo en jugar y reír con el héroe niño, en la plenitud de su gloria debe representarse. Quiero decir: de joven primaveral, esbelto el cuerpo, ligera la figura, cargado de promesas el radiante seno. Y arriba, alzado en sus brazos negros, como una estrella entre las ramas de un árbol de moreno bálsamo, la risa cristalina de un niño blanco.



La Evolución del Baño



Cuando uno se acerca a las playas del Litoral o visita un centro cualquiera de recreo, se maravilla al ver tanta destreza, naturalidad y regocijo entre los bañistas. Sea en el rugiente mar, sea en la piscina, las mujeres y los hombres alternan, pasean, se toman del brazo, cubiertos apenas por los escasos centímetros del traje. No hay en ello, como algunos pretenden, señal de picardía o propósitos extraños. Yo defiendo el derecho a la luz, al aire, al agua, al ejercicio. Creo, sinceramente, que un hombre es más puro cuando se monta en una bicicleta o se mete entre las olas, que cuando se pone un pumpá. La sorpresa viene, simplemente, del apreciar cómo ha evolucionado el baño en Venezuela. Hasta hará cosa de cuarenta años, muy pocas casas, sobre todo en el interior, contaban con una sala especial instalada a tal efecto. Fuera de la construcción, en el corral, se levantaba una enramada, al pie de un árbol, con paredes de palma o cuando mucho de tablas rústicas. Hasta allí se llevaba el agua por una canal de guasduas que desembocaba en un barril o tina y desbordaba alegremente su contenido por el vasto solar. Unas cuantas lajas en el piso, un paño de género con puntas bordadas, un pan de jabón (legalista o de la tierra) y una totuma formaban el equipo necesario. Precisamente, por el cuenco de calabaza, el baño se llamaba “de totumita” y consistía en santiguarse, meter la totuma en el depósito, echarse unas cuantas gotas primero para acomodarse a la temperatura y comenzar luego, entre grandes gritos y ponderaciones, a ventear el agua, de la cabeza a los pies. Las precauciones para tomar el baño constituían casi una cere-

monia. Nadie se bañaba si el agua estaba “crecida”, si había tomado alimentos, si estaba trasnochado, si había comido piña. El líquido debía “reposar” y el individuo dejar que se le fuese el calor de la calle.

Otro aspecto importante, lo constituían los baños de río. Éstos eran de dos clases: unos, con pozos profundos, bagres y remolinos, para los hombres expertos y los zagaletos audaces, otros, apacibles, discretos, serenos, en las vertientes de menor caudal para las familias y los niños. La romería se organizaba muy temprano: iban las madres con sus chicos de la mano, las señoritas con la falda recogida, los caballeros alertas y protectores. En la mañana relucían las sombrillas de colores y relampagueaban las alegres carcajadas. Una vez en el sitio, las damas se iban aparte, hacia lo espeso de la arboleda. De allá volvían, entre melindres y carantoñas, cubiertas por una túnica larga, de mangas por el antebrazo, que le llegaba a los pies. Se sentaban sobre una piedra, muy cerca de la orilla, más ocupadas en cubrirse las partes del cuerpo donde el vestido mojado se adhería, que en la operación del baño. Los niños, entre tanto, correteaban desnudos. Los hombres se apartaban o iban a practicar su inmersión unas cuerdas más abajo, con un litro de brandy.

Para los pueblos de tierra adentro, el baño de mar era una aventura. Casi nadie la emprendía por mero placer o por espíritu de recreación, dado que el océano misterioso, potente y desconocido, lleno de bestias indomables, terrible y profundo, metía pánico en el alma de gentes hechas a las sabanas y los cerros. De ahí, pues, que un remojón en el agua salada fuera objeto de meditación, preparativos y angustias. La cosa empezaba casi siempre por una recomendación del médico: por razones de “tempero”, por dolores en las articulaciones, por qué se yo. Dos o tres familias con parientes en idénticas circunstancias, organizaban entonces una expedición que casi siempre era a “El Palito” para los pobladores del Occidente. En un camión

que parecía un zancudo, con sillas arringleradas sobre la plataforma, salían los bañistas en horas de la alta madrugada. Todos llevaban su “avío”, consistente en unas arepas con carne llamadas “vagones”, gallina horneada, yuca asada y varios melindres, envuelto en un pañuelo de Madrás con figuras coloradas. Y viajaban, entre sobresaltos y preocupaciones, dando barquinazos por la misteriosa carretera de “La Costa”. Cuando llegaban ante el mar, todo era asombro y un terrible miedo. A la hora más discreta del día, cuando no hubiese gente que mirase, las mujeres se sentaban sobre la arena, con sus túnicas ampulosas, los pies hacia las olas, a respirar el aire salúfero. Y más nada, que no fuese ingenuidad, comentario tonto, cubrirse por aquí y por allá, tener vergüenza. El famoso Hotel de “Los Baños” en Puerto Cabello gozaba de gran prestigio porque en la parte baja del edificio, donde penetraba el mar, tenía dos “salones” de baño: uno para los hombres y otro para las mujeres. Estaban cercados de paredes por tres de sus partes y la última, hacia el océano, sembrada de pilotes. En el centro, colgando de una viga, había un grueso mecate que el bañista cogía entre sus manos para regular la profundidad de la inmersión.

Otro día contaré algunos aspectos del baño en tiempos más lejanos. Por hoy me basta con estos recuerdos personales. Llegan hasta mí, irónicos y traviosos, cada vez que me asomo a nuestras playas y veo pasar con regocijo ante mis ojos complacidos, la figura de una mujer hermosa que corre por la arena y se zambulle en el mar.

Enero 1963

El Ferrocarril de las Hormigas

El Espíritu de Fuenteovejuna



Cómo recuerdo ahora los viejos versos. Aquellos que tanto me gustaba oírle a mis alumnos, siempre emocionados, durante los veinticuatro largos años que dicté clase de literatura

-¿Quién mató al Comendador?

-Fuenteovejuna, Señor

-¿Y quién es Fuenteovejuna?

-Todos a una

Recuerdo el interrogatorio del Juez pesquisidor y las respuestas de los encartados, en la famosa versión de Lope, a causa de ciertos fenómenos que suelen verse ahora en nuestras gentes. En la radiante comedia histórica, los habitantes del pueblo liquidan a Fernán Gómez de Guzmán, comendador de Calatrava, cansados de su tiranía. Ahora, entre nosotros, de vez en cuando, pequeños villorrios tan minúsculos como el lugarejo de la farsa, asumen la bandera colectiva y la levantan en un solo puño. No son cosas tan extremas como la de Fuenteovejuna, ni llenas de tan áspero sabor, pero contienen la señal unánime, que es lo importante. Revelan, al menos, un poderoso espíritu común, el hermoso vínculo municipal que aproxima a los hombres con mayor fuerza que otros vínculos más amplios, pero menos apretados. Pueblo pequeño... decimos, y pensamos en el grande infierno. Olvidamos que las llamaradas son muestras

de la vecindad, como lo son también la condolencia o los chismes, y muchas otras cosas, buenas y malas, según y cómo.

El otro día, cuando los aguerridos barberos de Caracas resolvieron subir a cuatro bolívares la tarifa depilatoria, toda la ciudad tembló. Barbas, pelambres, hirsutas cabelleras erigieron su muro de lamentaciones frente al inmovible Fígaro. Vi escenas pavorosas en la barbería del italiano en que suelo tonsurarme. Protestas, lamentos, mesar de cabellos... Todo inútil. El peninsular apuntaba con el dedo hacia un cartel sellado por el sindicato y se encogía de hombros. Estaba olímpico y poderoso como un barítono cuando entra al escenario disfrazado de egipcio. Y no cedió. Ni un milímetro. Tampoco cedieron los otros miles repartidos en el vientre de la indigesta ciudad porque la clientela estaba desunida. En cambio cuando en el Interior, gracias a la invitación del himno, los barberos quisieron seguir el ejemplo de Caracas, se produjo en los pueblecitos un movimiento unánime. Los más gloriosos representantes de la protesta fueron los habitantes de Quisiro que juraron morir primero antes que poner una sola de sus vellosidades a ese precio en manos del barbero. Este se estuvo en la puerta con el ojo buído y el oído atento, como caimán en boca de caño, esperando que alguno cediera. Pero la resistencia fue heroica. Alzadas como musarañas las tumusas del cráneo, revueltas las protuberancias del bigote, hirsutas las barbas, desfilaban por las calles de Quisiro las legiones de próceres. Nunca en la historia se había visto tanto pelo junto. Ni en Las Cruzadas, que ya es el colmo, con todo el revoltillo de ermitaños y musulmanes de largas chivas. Y Quisiro triunfó, al menos en aquellos días. Creo que hasta el Gobernador del Estado le hizo una visita.

Ahora en Santa Cruz de Mora se levanta de nuevo el lábaro municipal. Todos los habitantes del pueblo han jurado morir de hambre, en una huelga

que comenzará el próximo 1° de octubre, si el corazón de granito del Gobernador no se conmueve y les inicia algunas obras que les han prometido. Cumple la población próximamente cien años de fundada, y parece que ya los que pusieron la primera piedra le dijeron a los habitantes iniciales que construirían las tales obras. Se recuerda, al menos, que desde hace cincuenta años los abuelos del lugar ya iban en romería ante el Presidente del Estado para pedirle un mercado, un acueducto y un centro de salud. Hoy todavía están esperando, nietos, biznietos y tataranietos de los fundadores. Ellos evocan los juramentos hechos desde la tribuna con los ojos en blanco y resonantes porrazos en el pecho, por éstos que ahora les gobiernan, cuando buscaban los votos. Ellos han visto repetirse en estos días la escena: más porrazos y nuevos estrabismos delirantes, para el próximo período. Y no confían en nadie. Por eso se prometen morirse todos a una o triunfar todos a una como en el drama glorioso. Y lo anuncian con tiempo. Venezuela entera debe asomarse allí. La prensa, la radio, la televisión, el cine, enviar reporteros y equipos reproductores. A lo mejor se da el caso de que por primera vez en la historia se deje morir a todo un pueblo. Hay ahora tan pocas ganas de hacer...



El Ferrocarril de las Hormigas

El Cometa entre Papeles Viejos



Vamos a realizar, lector, otro viaje por entre viejos papeles. Será grato aunque me lo impone una curiosa obligación. En artículo anterior yo pinté cómo fue en nuestro país la noche en que pasó el cometa Halley y cuál era el ánimo general de aquellos días. Un señor me escribe para decir que no fue así, que él estuvo tranquilo, “pata de rolo” según pone, porque tenía un tío en Europa que sabía mucho -“más que pescado fresco”, escribe- y éste le comunicaba la verdad a toda la familia. No sé por qué me pasan a mí estas cosas. El otro día tuve que probar, con documentos antiguos, la capacidad sismográfica de los burros nacionales, injustamente ofendida por un distinguido especialista alemán del Observatorio. Ahora tengo que demostrar cómo fue cierto que las gallinas criollas sustentaron aquí a los asustados pesquisidores del cielo, los cuales consumían un sancocho después del otro, noche tras noche, mientras observaban el cometa por el telescopio de un litro de ron. No digo más. Emprendo el viaje a través de una colección del periódico “Recortes” en los primeros meses de 1910. Este semanario famoso, prototipo de gran periodismo venezolano y antecedente ejemplar de la preocupación informativa, circuló por varios años en San Felipe, Estado Yaracuy. Era una antena universal a la que las limitaciones del ambiente no le impedían seguir paso a paso el pulso vivo de la tierra entera. Por eso sus páginas son ahora un testigo excepcional. Desde días antes de que apareciera el cometa por los horizontes patrios, “Recortes” venía transmi-

tiendo a sus lectores las impresiones que llegaban de otras partes. Y he aquí cómo era la situación.

El 19 de febrero aparece un suelto referente al astro con el texto siguiente: “El cometa Halley, dice “La Prensa” de Buenos Aires, es tan horrorosamente bello que la gente muere de espanto al verlo.- En su última aparición murieron en China como 75.000 personas, sin contar el incalculable número que murió por la locura presentada al momento mismo de ver el viajero errante”. Imagine el lector cuál sería la impresión de los lectores que aún no habían contemplado la aparición del monstruo. La de los sanfelipeños y la de los bonaerenses, porque allá, como aquí se cocían habas. La inquietud general queda demostrada por otra gacetilla del mismo hebdomadario en la cual, para satisfacer la curiosidad pública participa que el día 23 de abril “principiaremos a divisar hacia el Oriente al maravilloso viajero celeste, el que gasta su cauda luminosa como iris encendido en los pebeteros del sol”. El que mató los chinos de sólo verlo, falta por agregar.

Indudablemente que hubo sabios eminentes capaces de señalar la verdad en centros avanzados de la cultura europea. En París, por ejemplo, declaró el abate Moreno director del Observatorio de Bourges que la tierra no chocaría con el núcleo del cometa, pero que sí sería muy posible “un encuentro con la cola del cuerpo celeste”. Para el entendido la opinión sería clara, pero para la mayoría que ignoraba cómo y de qué estaba constituida la cola, resultaba algo así como decirle que el caimán no les mordería con la boca pero los alcanzaría con su poderoso rabo. Otra opinión, la más difundida y la que penetró más hondamente a los pobladores de toda la tierra por el prestigio de su autor, fue la de Camilo Flammarion. Este afirmó que no había peligro alguno, pasase la tierra por donde pasase a través del cometa. Pero midió la velocidad a que se efectuaría el encuentro (4.600 kilómetros

por minuto, 172.500 millas por hora) y la gente de entonces, acostumbrada al ritmo del asno, sintió vértigos.

¿Qué no? Pero si es que se contaban del cometa las cosas más peregrinas. Se hablaba, por ejemplo, de un gas que hacía morir de risa con sólo aspirarlo. A eso se debe que “Recortes,” al señalar la presencia del astro en el planeta Venus, escriba: “A estas horas quizás estarán (los habitantes de aquel planeta) en plena carcajada, bajo la acción del gas hilarante del Cometa”. Y agregaba, para que se preparasen: “Cuando veas rapando la barba de tu vecino, pon la tuya en remojo”.

Podría seguir citando croniquillas a cual más divertidas pero creo que es bastante. A través de las amarillentas páginas de un periódico provinciano se levanta aún el tufillo del miedo y la inquietud que dominó a nuestras gentes y a toda la humanidad frente al cometa Halley. Menos, claro está, al señor que me escribe y a su tío. Ellos estaban debajo de la capa de San Juan y yo no tengo inconveniente en declararlo.



El Ferrocarril de las Hormigas **La Cigüeña Ciega**



Todos los años, desde hace varios, despegan aviones uno tras otro de la Base Aérea El Libertador en Palo Negro. Su misión es la más extraña que pudiera confiarse a las aguerridas naves militares, hechas para la observación, la muerte y el asedio. Su misión es la de llevar por las nubes, como las antiguas cigüeñas, un cargamento de niños. Muchachos morenos, muchachos gritones, muchachos fuertes... Suben en tropel las escalerillas provisionales, penetran al interior de los transportes en medio de exclamaciones, toman asiento y ¡a ver mundo! A meterse entre nubes, subir, bajar, cruzar, mostrar allá abajo una columna de humo, poner el dedo en la ventanilla para marcar el punto lejano donde quedan la iglesia, la casa, la escuela. El mundo entero, abajo, es un pesebre y aquí arriba el corazón infantil para gizarlo.

Yo, que hice el primer viaje de mi vida sobre una carreta de mulas, tirada para peores por un caballo viejo, no puedo menos que pensar. Fue aquel un viaje inolvidable. Fuimos, mi madre, algunas mozas de mi pueblo, dos o tres muchachos de mi edad y yo, en peregrinación de San Felipe a Albarico por una trocha sombría que cercaba los morados cacaotales. Una legua apenas, pero salimos en la madrugada, sobre sillas de cuero, las mujeres con sombrillas de colores, nosotros los muchachos, con hojas de tártago sobre las cabezas. El sereno “venía, de lejos, envuelto entre el parpadeo de las estrellas. Cantaban los gallos en la bruma, ladraban los perros campesinos

desde las puertas de los ranchos con voces de centinelas trasnochados. La carreta bamboleaba, patinaba en los baches, saltaba sobre las piedras. En la delantera, sentado sobre la tabla del pescante, con la brasa del tabaco entre la boca, iba el carretero. Yo le veía la sombra de la espalda y soñaba con ser como él algún día. Debajo del carro, un candil con vela de Sebo de Flandes parpadeando y más abajo del candil, el perro de la carreta que se llamaba “Capitán”. Cómo gocé en aquel viaje inolvidable, a los seis años de edad, cuando anduve sobre el mundo por primera vez.

Por eso busco entre el polvo de mi antiguo corazón de niño para entender la dicha de estos muchachos que nuestras Fuerzas Aéreas sacan todos los años a volar. No hay mejor regalo, estoy seguro: ser cometa, pájaro, piñata, papagayo, cualquier cosa de esas que vuelan por el aire entre gritos infantiles cuando la dicha derrama a borbotones de las manos. La idea, según me cuentan, la inventó el Coronel Gregorio López García, un aviador con cara de maestro de escuela a quien recuerdo de muchos años atrás, en la casona de los Fabbiani en la esquina de Perico. Era aquella como la casa de Don Quijote: luz, sol en las bardas, libros por los estantes y los suelos, un ama serena y mansa que iba del corredor a la cocina repartiendo dulzuras, mucha pobreza y escasa pitanza. Todo era molinos, todo sueños, todo verso, pintura, melancolía. Allí, de vez en cuando, bajo un árbol, con su bondad tranquila, se quedaba, de mozo, Gregorio López García. Ahora tuvo la idea de caminar por los aires con una escuela portátil y todos sus compañeros lo respaldaron. Las Fuerzas Aéreas Venezolanas consideran con orgullo que en el anillo de su periplo anual, el vuelo de la cigüeña es un anillo en que se engasta el corazón como un rubí.

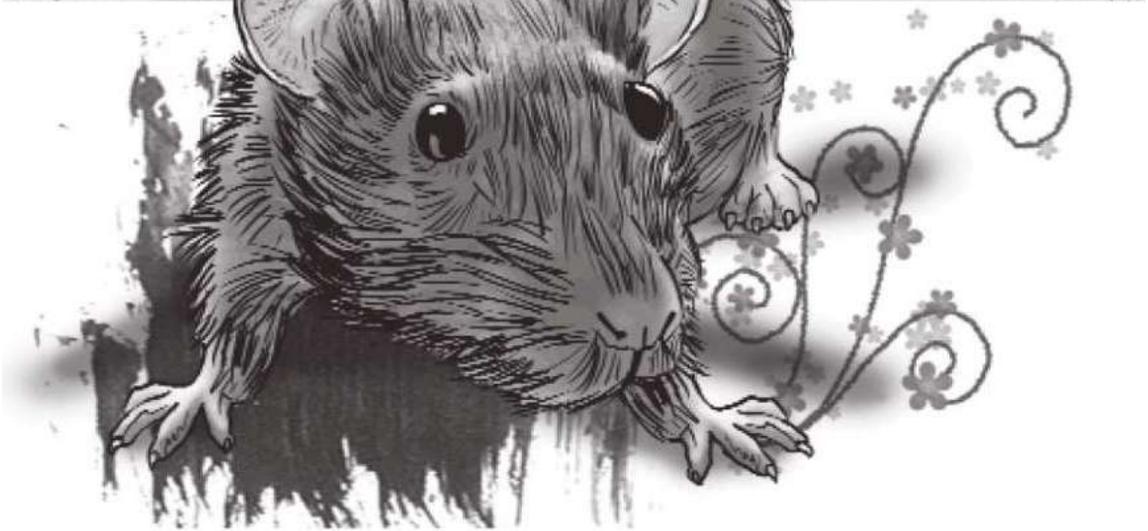
Y este año el símbolo va a ser más hermoso todavía. La cigüeña volandera, de larga vista, va a cruzar por el cielo con un pañuelo de gasa sobre los

ojos. Este año vendrán a La Carlota algunos aviones que tomarán en su pasaje una ronda de setenta niños ciegos, alumnos todos del Instituto Venezolano de Ciegos. Por el aire se alzarán la ruta del vuelo que esta vez no tendrá color, ni luz, ni humo para mostrar allá abajo, ni casa, ni escuela, ni iglesia que apuntar desde la ventanilla con el dedo. Pero tendrá mucho, mucho más que eso, porque entre todos los vuelos como el hombre pueda alzar, por la tierra, por las nubes, por los astros y aún más allá, por entre el polvo de las galaxias y el agrietado rostro de los cometas, ninguno igualará jamás al vuelo de la imaginación. El vuelo inolvidable no escuchará el ladrido de mis perros entre la madrugada, ni tendrá el júbilo de mirar hacia afuera, pero llevará la gloria de descubrir el mundo maravilloso y vasto de los sonidos, la sensación táctil del poder de vuelo, la gloriosa sensación cenestésica del ciego, que le permite sentir al mundo actuando en concordia con su propio organismo. Y cuando concluya, la imagen que permanecerá grabada allá, en el corazón de estos pequeñuelos será la de la bondad, ésa sin forma alguna, que descubre el corazón urgido de cariño en el silbo de un pájaro y el balido de una oveja.





ments
ornement
claries of the
ubstantially
nces.
County.



El Ferrocarril de las Hormigas

El Juicio de las Ratas



Hace muy pocos días en cierto pueblecito de México un burro le arrancó la oreja a un niño. El padre del menor se querelló ante el tribunal del lugar. El juez libró auto de detención contra el asno, que fue conducido a la cárcel local. Difundido el suceso por las agencias informativas, la gente rió en todas partes de la decisión del magistrado. Aquí, en Caracas, algunos abogados comentaron el procedimiento. Entre risas y veras recordaron algunos procesos célebres, efectuados en la Edad Media y el Renacimiento contra diversos animales. Uno de estos juristas, mi amigo el poeta Manuel Salvador Páez en cordial reunión de togados, evocó el litigio presentado en Francia, durante la Edad Media, contra una plaga de ratas que invadieron sus campos. Era costumbre entonces querellarse en estrados de los estragos que causaban los bichos y animales del monte. Y los tribunales, con toda seriedad, procedían contra los ratones, los gusanos, los mosquitos, saltamontes, etcétera. Revisando papeles he encontrado un minucioso estudio realizado por Jean Suyeux sobre los procesos de animales. Allí, entre muchos otros, descubro el famoso de las ratas que, por ameno e interesante, deseo comunicar al lector en la forma más simple posible.

El juicio comenzó por una demanda introducida por los campesinos contra una invasión de ratas que se había introducido en sus predios, dañando las cosechas. La solicitud está dirigida al tribunal en los términos más pintorescos: “estos pobres habitantes, colocados de rodillas, con lágrimas en los

ojos acuden a vuestra justicia como antiguamente los de las islas Mayorca y Minorca que intercedieron ante Augusto César para pedir soldados que los defendieran de los estragos que los conejos les hacían”. Y sigue por ahí, citando el caso de un jabalí, mencionado por Homero, que arrasó las tierras de Calidón y el zorro enviado por Themis a Tebas, el cual atacó los ganados, las sementeras y aún los mismos habitantes. Los peticionarios exponen a renglón seguido los peligros del hambre a que les someten las ratas y concluyen afirmando que la muerte por hambre es la más cruel y peligrosa de cuantas puede sufrir el ser humano. Por estas abundantes razones, los campesinos piden al tribunal que las ratas “sean condenadas a abandonar, sin plazo de ninguna especie, los campos en los cuales se encuentran entregadas al pillaje”.

Admitida la demanda por el tribunal, el juez que era un obispo ordenó la citación de las demandadas, para lo cual comisionó a un alguacil de su dependencia. Este se trasladó “con gran pompa al domicilio de los delincuentes”. Escogió la primer cueva que encontró al paso y allí, con alta e inteligible voz leyó el acta que les ordenaba comparecer personalmente ante el tribunal en la hora y día indicado a fin de oír el veredicto de “abandonar los lugares invadidos, so pena de castigos establecidos por la ley”.

Desdichadamente, las ratas no se presentaron el día de la audiencia, por lo cual el alguacil debió concurrir al campo una, dos, tres veces más. En la última oportunidad dejó una copia de la citación en la puerta del domicilio de los animales, que tampoco se presentaron en la cuarta audiencia y fueron por esto declarados ausentes y contumaces.

Ante esa situación, dados los tuisismiquis del procedimiento, el obispo no podía dictar sentencia contra los roedores. Pero se le ocurrió una salida. “A

causa de su corta edad y la exigüidad de sus cuerpos” les asimiló a los menores y otros seres privados de razón y procedió a dotarlos de un curador que los representara ante el tribunal. El curador se buscó a un abogado. Escogió a Bernard de Chassanenz, hábil procedimentalista, cuya fama universal se debe hoy a la manera como llevó adelante la defensa de las ratas.

Chassaneuz comenzó por impugnar la manera como el obispo había llevado el asunto. “La acción que habéis emprendido, alegó, interesa a todas las ratas de esta región y no habéis hecho citar sino a unas cuantas. Es necesario enviar el alguacil ante cada una de las madrigueras, sin olvidar ni una sola y para que ningún animal desconozca la asignación, pedir a los curas que la difundan en los sermones”.

El magistrado aceptó y he aquí nuevamente al portero caminando por los campos, y los curas repitiendo la citación por todos lados. Desgraciadamente, las ratas tampoco se presentaron. Bernard de Chassanenz acudió a una nueva argucia. “El plazo de comparecencia que les habéis acordado, dijo, si bien se puede estimar considerable, no es suficiente para ellas. Las ratas tienen las patas muy cortas y no pueden andar con la rapidez de los hombres. Por otra parte, los caminos están mal trazados y ellas corren el riesgo de perderse. Esto no sería nada, sin embargo, si pudieron desplazarse con toda seguridad. Desgraciadamente, los aldeanos antes de recurrir al tribunal se han buscado gatos en número considerable y los han colocado en emboscadas a lo largo de las rutas para sorprender a mis clientes y devorarlos. No es, pues, sorprendente, que en estas condiciones, no hayan podido comparecer ante vuestra convocatoria”.

El argumento era de una fuerza irrefutable. El tribunal acordó un nuevo plazo y se ordenó encerrar a los gatos y desyerbar los caminos principales.

Pero aún así los clientes de Chassanenz tampoco se presentaron y el proceso se abrió sin más dilatorias sobre lo principal del asunto. El abogado se vio obligado a contestar la demanda y actuar a fondo. Usó numerosos argumentos, se basó en celebrados casos anteriores y, sobre todo, acudió a la Biblia que era fuente importantísima de alegatos en aquellos tiempos. “Según el Génesis, afirmó, los animales fueron criados antes que el hombre por Dios. Este les ordenó crecer y multiplicarse. Quiere decir: alimentarse. Los vegetales son tanto para alimentarse las ratas como los hombres. Por lo tanto ellas usan de una facultad legítima al instalarse en los campos de los demandantes”. Desdichadamente, a tan sabios alegatos, el abogado de los aldeanos opuso otros, principalmente el que parece incontrovertible de que “el hombre ha sido creado para mandar y dirigir a los animales”. En consecuencia, pidió que se le ordenase a las ratas que se fueran.

En ese estado, el obispo tomó un plazo para reflexionar sobre tan difícil materia. Cuando por fin dictó sentencia había corrido tanto tiempo, que las ratas habían hecho y desecho a plena libertad. Pero dictó sentencia y era necesario hacérselas conocer. El problema era tan arduo como para convocarlas, motivo por el cual los abogados y el magistrado se pusieron de acuerdo. Se capturaron algunas ratas que fueron conducidas entre hombres armados y con las seguridades del caso hasta el local del tribunal. Presentes todos, como era de rigor, se dio lectura al dictamen condenatorio y se requirió a las ratas allí presentes para que instruyeran a sus colegas sobre la necesidad de desalojar inmediatamente los lugares invadidos.

Bernard de Chassanenz intervino nuevamente en nombre de sus clientes: “Nosotros aceptamos la sentencia del tribunal, pero con una condición: la de que se procure a mis clientes un local, sustitutivo de los que ocupan actualmente”. Los aldeanos, deseosos de liberarse de tan desagradables

huéspedes, aceptaron y buscaron el primer emplazamiento que se les ocurrió. Escogieron un pedazo de tierra con matorrales, árboles, hierba, etc. y, de acuerdo con la costumbre, se reservaron “un derecho de paso -sin causar perjuicios al pasto de los animales- y también la facultad de refugiarse allí en caso de guerra o de epidemia”, lo cual sería objeto de contrato especial con las ratas.

Después de varias protestas Chassanenz por la mala calidad del lugar escogido y tras de haber por fin seleccionado un sitio conveniente, las partes llegaron a un acuerdo. Se cautivaron algunas ratas, fueron conducidas al tribunal y allí se les ordenó ir a participarles a sus colegas que se redujeran al sitio convenido, so pena de excomunión. Les fue concedido un plazo de tres días que, como era de esperarse, no cumplieron. Las ratas fueron excomulgadas y Bernard de Chassanenz se ganó un puesto en la inmortalidad por la forma aguerrida, leal y casi abnegada con que defendió los derechos de unos roedores. Aprendan de este caso los abogados, que no hay cliente malo.



El Ferrocarril de las Hormigas

El Hampa triunfal



Esta etapa nacional que pudiéramos llamar “el paraíso del hampa”, comenzó con un hecho muy sonado. Fue por el 1958, a mediados de año. Cierta lunes un banco céntrico apareció robado, violentada la caja de hierro, destrozadas las instalaciones. Cundió el escándalo. No estábamos acostumbrados a tales desafueros. Y por lo mismo, a poco andar, la policía descubrió abundantísimas y claras huellas de toda especie por todas las dependencias del banco. Fue detenido un ladrón venezolano fichado de antiguo y éste reveló la noticia sensacional: un gran especialista, un internacionalista en materia de robos, nos había hecho el honor de venir a Caracas.

Cuando el ilustre ladrón fue detenido gracias a los datos del venezolano, hizo declaraciones que señalan con trazos indelebles el nacimiento de una época. Lamento de veras no recordar el nombre del prominente facineroso. Lamento no recordarlo para inscribirlo en letras mayúsculas porque a estas horas, liberado graciosamente de mucho tiempo atrás, como es costumbre, debe encontrarse en otras playas realizando su pedagógica labor de difusión y de enseñanza. El asaltante, pues, entrevistado por los periodistas en aquellos días, se repantigó en una silla, encendió un oloroso puro y dijo: “Me han descubierto por la falta de tecnicismo del compañero local que escogí. No lo lamento. Es un breve incidente en mi larga carrera profesional. Pero debo decirles que vine al país atraído por su situación virginal en la materia. A hacer escuela. Ya verán ustedes como muy pronto, gracias al estímulo de

las magníficas condiciones reinantes, tendrán ustedes un hampa completa y fervorosamente desarrollada. Siento que este incidente me prive de ofrecer algunas manifestaciones de altura. Pero, en fin, ya hemos comenzado”.

Palabras proféticas. Vaticinio admirable. Augurio sin par. El informado técnico gracias a su alta preparación, había olfateado en el aire las circunstancias propicias. Hoy, si volviese, no nos avergonzaría echándonos en cara nuestro atraso hamponil. Por cada una de sus aventuras pudiéramos presentarle cien hazañas. Cada asalto suyo sería anegado por miles nuestros. Cada escalamiento, cada fractura, hasta cada despreciable metida de mano en la faltriquera podía ser borroneado por cientos de millares, ejecutados por hombres y mujeres de todas las edades, de día, de noche, en todas las condiciones, con las más amplias y singulares características, en medio de muertes, hipnotizaciones, anestesias, con perros, sin perros, subiendo, bajando. Es el paraíso, la edad de oro del hamponato mundial, la invicta e insuperable olimpiada del atraco, del robo y de la muerte. Ni Chicago, ni el Barrio Chino, ni las cloacas de París, ni los zocos marroquíes, ni las dárseñas oscuras de los puertos orientales. Nada iguala a una calle de Caracas a cualquier hora del día. Ni Al Capone, ni Dillinger, ni Guardajumo, ni Faustino Parra. Nadie, desde Caín hasta el último criminal que aparezca en el extranjero, pasando por Caco y por Monote y por todos los facinerosos, criollos o no, que haya habido, nadie iguala la destreza hábil y aterradora de los bandidos nuestros del presente. Matan, roban, escalan, meten llaves, ahorcan, revientan tiros, le llenan a la víctima la boca de corbatas, violan mujeres. No hay, en fin, violencia conocida, desde la quijada de burro, hasta el seconal, la droga y la ampollita, que no se emplee, se perfeccione y se utilice libremente.

Nue<de trabajar. Del otro el vasto, y cada día mayor, corral del hampa. Los primeros parecemos haber nacido para que los segundos hagan su agosto.

Vivimos llenos de susto, con la puerta atrancada, sonando las chocozuelas en permanente temblor, esperando que nos llegue la hora. Los hampones, cuando lo quieran, hacen con nosotros lo que se les antoja, seguros de que no serán localizados. Convencidos, además, de que si por un milagro los aprehenden, ya sobrarán jueces que los pongan en libertad. Por eso, mientras nosotros sudamos tinta, por cuevas y recovecos donde viven los facinerosos, se escuchan carcajadas, brindis, tronar de trompetas. Es la impunidad. La absoluta impunidad. La edad de oro, en fin, del hampa, que aquel ladrón internacional inauguró un día inolvidable, a mediados de 1958.



El Ferrocarril de las Hormigas

Parábola de la Hormiga y la Rosa



Voltaire asegura en el Diccionario Filosófico, textualmente, lo que sigue: “Los sirios supusieron que el hombre y la mujer creados en el cuarto ciclo, convinieron en comerse una galleta. La ambrosía la exhalaban por los poros; pero en cuanto se comieron la galleta, tuvieron que sentarse en el sillico; y el hombre y la mujer rogaron a un ángel que les enseñara dónde estaba el excusado, y el ángel les dijo: “¿Veis desde aquí ese pequeño planeta que dista de nosotros sesenta millones de leguas? Pues es el excusado del universo; id allí con celeridad”. Fueron a la tierra, donde se quedaron; y desde entonces fue el mundo lo que es ahora”. La versión, envuelta en la candente ironía volteriana, corresponde a la vieja idea del “valle de lágrimas” donde el hombre reside temporalmente, rodeado de alimañas, tristezas, tentaciones y desengaños. Ese ha sido, en general, nuestro eterno modo de ver el aposento en que la naturaleza nos situó. Y por eso el sueño perpetuo del hombre ha sido evadir la realidad que lo somete, volar a otras regiones, ocupar otras residencias celestiales donde no existan las miserias de la tierra.

Hasta ahora, cuando las sondas, los satélites y los artefactos espaciales, comienzan a revelar al hombre una nueva y prometedora verdad: la tierra no sólo parece ser el único laboratorio creador y mantenedor de vida en el cortejo de planetas que sigue al sol; es también, sin duda alguna, el más hermoso, el mejor y más propicio aposento que Dios haya hasta ahora

concebido. Nuestros hermanos, los planetas que nos acompañan en el cortejo del sol, aparecen dotados de horribles condiciones, desprovistos de vida, comidos por temperaturas extremas y contrapuestas. De haber vida en eso, deberá adoptar formas horribles, sin la gracia ondulante de la mujer, la dulce pelusa de los cuadrúpedos o la inocente armonía de los insectos. Nada, en fin, que se parezca a la eclosión jubilosa de nuestro planeta con árboles, paisajes, nubes, vientos, cascadas, arroyos y anhelante sed de unirse un sexo al otro en poderoso empeño de dar vida.

Este nuevo saber, coloca al hombre en una nueva posición. Como quien descubre por comparación con la tragedia ajena, que su dolor es dicha. El caso del sabio en la famosa fábula de “La Vida es Sueño” que “halló la respuesta viendo -que otro sabio iba cogiendo- las yerbas que él arrojó”. Esa actitud nos forzará a no lamentar, a no golpear las paredes ni hostigar los aires con el perpetuo llanto. Muchas obras, en verdad, del arte más exquisito, ha producido tal inconformidad con el habitáculo terrestre y muchas altas derivaciones filosóficas, religiosas, éticas y psíquicas ha tenido la convicción de que poblábamos un rincón despreciable de la creación. Ahora, si en vez de creer que habitamos en el “excusado del universo” nos percatamos de que hemos sido instalados en el salón de recepciones, al lado del comedor y el dormitorio, ya no queda lugar para lo que llamó Unamuno “el sentimiento trágico de la vida”, sino para el perpetuo holgar. “Ando yo caliente y riase la gente”, glosaba Góngora con alegre desparpajo. “Goza del sol mientras dure”, dicen las gentes simples. Allá, en su interminable congeladora, que se yelen los habitantes de planetas alejados del astro rey. O que se achicharren los que giran vertiginosamente en su alrededor, dentro de planetas jadeantes y sudorosos, que flotan a perpetuidad con el termómetro en la boca.

¿Para qué fugarse, pues? ¿A qué la droga, el nirvana, la mentira, cuando parece que navegamos en una barca más encantada y sonora que aquella donde Plutarco situaba la belleza perfumada de Cleopatra? ¿Por qué no buscar en la serenidad del espíritu lo que andamos pidiéndole unos a la violencia, otros al sueño? Séneca escribía en los albores de la era cristiana, con más seguridad que todos los modernos psicoanalistas, una tremenda verdad: "todo el firmamento puede retumbar horrísono alrededor de mí, con tal que siempre, dentro de mi alma, no haya resquicio para el tumulto". Cerrado a cal y canto para "la querella entre el deseo y el temor" hallará el sabio la felicidad. O la encontrará el loco en abrazarse a la sandez, desesperadamente. "Todos me buscan, todos están muy satisfechos de mis beneficios", declaraba la locura por intermedio de Erasmo de Rotterdam, uno de los hombres más ilustres que "en el mundo han sido". Pero sabios o locos, con un libro en la mano o un cucurucho en la cabeza, olvidamos de una vez nuestro perpetuo llanto. El hombre entre la tierra, es feliz. Como la hormiga que visita una rosa.

14 de noviembre de 1967



Signos de la Época



Caracas, julio de 1961.- Con un fulgurante “match” a cachetadas acaba de concluir en Miami la elección de Miss Universo. Dos concursantes norteamericanas, la representante de Mississipi y la de Estados Unidos se trenzaron a bofetones tras bastidores mientras afuera el público vitoreaba a la triunfante dueña del título mundial. Fue algo rápido, certero, fulgurante, como en las grandes peleas de los peso-completos. La del Mississipi largó a la otra sobre una silla hasta el contaje de diez. Un knockout perfecto. Ahora venimos a saber por qué no tiene brazos la Venus de Milo.

Otro signo de la época es la propia “Miss Universo”, la espigada señorita Schmidt de Alemania, con 1,63 de estatura y 24 años de edad. Esta niña ejerce la profesión de ingeniera electrónica, ha huido de la Alemania Oriental, no ve a su madre desde hace más de un año y se acostó a las cinco de la mañana el día que le concedieron el cetro de la belleza terráquea. Nada hay aquí del modelo tradicional, la joven modosita, simplona y recatada con todo un expediente de buenas calificaciones en manualidades. Nada. Ni siquiera la mamá, futura suegra hirsuta, que se metía a empujones como un ciclón cada vez que los periodistas trataban de retratar a su retoño.

En época espacial, nada más lógico que la belleza conozca los secretos de la electrónica. El futuro es de la ingeniería, de las cifras, de los cerebros mecánicos. Miss Universo ya no tiene por qué saber preparar un plato de

huevos fritos. Lo que interesa es que sea capaz de montarse en un cohete, prenderle la mecha y salir a dar una vuelta por entre los meteoritos que circundan la esfera. Con el tiempo, acaso, hasta el concepto de belleza cambie. Si llegamos a Venus, o a Marte, siquiera a la Luna, sitios donde al decir de los sabios las mujeres tienen varios pares de brazos, ojos en la punta de los dedos, piernas como alfileres de gancho, etcétera, la próxima Miss Universo será una langosta. O un calamar en su tinta, para no ofender al África, que también está de moda.

No pretendo aparecer como atrasado. El tiempo marcha y hay que acomodarse o dejarle el campo a los que ya están acomodados. La señorita Schmidt además, con sus cabellos de alfeñique, su estatura, su anatomía, es digna de cualquier cetro. Únicamente deseo señalar que las cosas van cambiando. Así, por ejemplo, el mismo día que las beldades se tejen a bofetadas para finalizar su concurso, un caballero negro de 30 años se mete en una esfera de caucho y se deja caer por las cataratas del Niágara desde una altura de 52 metros. La hazaña no es nueva, pero sí lo es el motivo: una novia francesa, hace 14 años, le pidió que hiciera algo digno de la fama. Y aunque el compromiso se rompió y el caballero jamás volvió a mirar su Dulcinea, aunque ésta ahora, a lo mejor, está casada con otro, aquel se lanza de cabeza por entre las turbulentas piedras. Nada de veneno, de desengaño, de tiro de pistola y carta como Romeo y Werther. No, señor. Compromiso es compromiso.

Algo he leído sobre dimes y diretes a propósito de la forma como se escogieron en Venezuela las candidatas que fueron al concurso de Miss Universo. Tal vez sin quererlo, ya nos alcanzaba la onda de la nueva ola. También eso es un signo. Para la próxima vez, en vista de lo que ahora ha pasado en Miami Beach, debemos ocuparnos de seleccionar concursantes con aptitudes especiales. Tenemos muchachas llenas de condiciones. Enseñémosles boxeo.

La Madre ha vuelto



Estoy en el aeropuerto de Maiquetía. Cruzan los aviones sobre la tarde con áspero zumbido. Llego el que espero. Es menudo y juguetón como un niño; una cigüeña, tal vez. Para mí es el mensajero de una poderosa emoción jamás vivida, porque en él vuelve mi madre, ya convertida en polvo, después de muchos años. Hace diez, exactamente, que la conduje entre plegarias y melancolías al cementerio de la calle Roodeweg, al pie de las esbeltas torres de la Santa Familia, en Curazao. Eran las nostálgicas horas de un exilio, alta la tarde y furiosas las campanas. Yo iba rodeado de mis hijos pequeños y enlutados, seguido por amigos fuertes que se colgaban un crespón en la solapa. El trecho de mi casa, rosada, con ventanas por donde entraba la bocanada del mar, hasta el cementerio silencioso, de tapias oscuros, sin una sola flor, era muy corto. La iglesia misma nos quedaba tan próxima, que el reloj plañidero partía como una hoz filuda las menudas porciones de nuestros pobres días. Por eso mi buena madre anduvo en nuestros brazos el trecho último de su presencia humana. Gemía el cimborrio de la gran campana. Yo iba en el seguimiento de aquella leve carga con el alma en precinto, asomada al agujero de una cárcel como el preso que se aferra al pedacito de nube, la limosna de paisaje, la hilacha de rumor que le permiten sus barrotes. Pensaba en nuestro pueblecito venezolano, el de ella y el mío, de tanto tiempo atrás, con su menudo ferrocarril de estridente silbato; en una vaca mansa que mi madre cuidaba para que yo estudiase en el colegio. Recordaba algunas cosas triviales, sin sentido aparente: el día que

fuimos a casa del fotógrafo y posamos muy tiosos, ella en silla de brazos y yo leyendo un libro; la tarde en que estrenaba su sombrilla de puño retorcido y un perro nos ladraba, desde lejos...

Ahora regresa. Ya no es la sencilla mujer de cuando salía de viaje, con su barullo de pañuelos bordados en la cartera, ni aquella alegre voz con que decía “Parece que va a llover”. Es apenas un montón, muy menudo, de huesos apretados; una alcancía de polvo, tan pequeña, que cabría con holgura entre los brazos de un niño. Desde donde estoy veo a un empleado del transporte. Toma con una mano el cofre y lo pone mansamente sobre la tierra. Vuelve los ojos con indiferencia a otros paquetes y los va colocando, sin percatarse de su contenido, al lado de la arqueta. Ya la suben a un vehículo, ya va sobre la pista entre hombres que fuman cigarrillos e ignoran el depósito de amor, distante y mío, que espero en la baranda. ¿Qué debo hacer ahora?

Se me acerca un funcionario con su grueso manojó de papeles: “Firme aquí”. Cuento las hojas, hasta doce, todas del mismo tenor, texto en inglés. Es la nota de consignación: aseguro, flete, vía, embarcador, consignatario. Todo áspero y mecánico, recto y deliberado, encabezado con una dura frase que brilla ante mis ojos en brutal jerigonza. “Un Bulto”... Restos Humanos... 35 kilogramos... Sin valor comercial”. Un nudo se me aprieta, como lobo cercado, en la garganta. Algo que grita: ¡No puede ser!, porque no quiere que sea. Un deseo de poner allí, donde se debe firmar: “Madre... Mujer... Ternura... Sueños...” Cualquiera palabra de ésas que se leen a la sombra de las lámparas en el hogar tranquilo, cuando se parte el pan y hay una golondrina que anida en el tejado.

Después de aquello, la Aduana, la Unidad Sanitaria, llamadas y consultas. Los amigos que han ido a acompañarme, esperan. Los funcionarios todos,

que me ven angustiado, hacen cuanto está en sus alcances por reducir los trámites. Pero es la ley. ¡Qué difícil es morir! Un montón de papeles se ha ido acumulando entre mis manos. Textos en holandés que suenan en mis oídos con la estridencia de una carreta ruda sobre los empedrados, más firmas; estampillas con barcos, traducciones. El Teniente Gobernador del Territorio Insular de Curazao que fija fecha, hora y manera como deben conducir- se los restos! El Jefe del Servicio Médico; el Registro Civil. ¡Qué difícil es morir! Y con lo fácil que cerró los ojos y se me fue una noche ante mi desesperación inútil esta misma mujer. Entonces no hubo sellos, ni firmé en un papel, ni hubo nadie a mi lado que pidiera permiso. Ella quería caer aquí, en su tierra, sobre el barro bendito, roja y salobre piedra de los venezolanos. Ella que no hizo nunca mal a nadie. Y se quedó diez años, sin permiso ni sellos, en el suelo extranjero, durmiendo de prestado. Así es la ley del hombre.

Al fin partimos. Una larga fila de amigos fraternales forma el sincero cortejo. Muchos le han traído flores, otros palabras puras que son como coronas. Luis Peraza, el poeta, ha dejado su retiro de enfermo y viene apoyándose en un bastón. Le trae un poema de encendido canto:

“Recordarte es mirar una columba
caminando los claros corredores”...

Pedro Antonio Vásquez le pone esta lápida de amor: “La recuerdo junto a la gota de agua del tinajero en su casa familiar de San Felipe, cuando me salía al encuentro como una bendición su risa tierna y pura”. Clara Vivas Briceño le teje la madeja de un soneto para arrullar los huesos, tan livianos.

Yo me voy en silencio, recordando: alegre de mirarla volver; feliz por llevarla dormida entre los brazos con la ternura de un niño, muy pequeño. Ya no son las horas dolientes de la calle Roodeweg, cuando la gran campana lanzaba su quejido furibundo. Ahora caminamos los dos -ella montón de polvo- sobre la tierra nuestra, como antaño. Parece que la llevo de la mano. Soy feliz. Mi madre ha vuelto a mí.

Caracas, junio de 1956



El libro de Angel Corao



Cuando me pongo a escribir se me viene el recuerdo de Ángel Corao en la vieja casona de “El Heraldó”, de Palma a Municipal, allá por el 1937. El tenía los timones del periódico. En la Jefatura de Redacción oficiaba Marco Aurelio Rodríguez. En la fábrica de material andábamos un grupo de jóvenes muy inquietos y algunos que ya maduraban. Recuerdo a Manuel Martínez con sus muñecos y su estereotipia, a Luis Alberto Paúl, Arístides Parra, Raúl Torres Gámez, entre los más mozos. Entre los experimentados, a Luis Amitosarove y Antonio Leal. Ángel venía con frecuencia a charlar con nosotros en el vasto salón con balcones a la calle que ocupaba la redacción. No asumía jamás el papel de dómine, ni el de guía, mucho menos el de censor. Aunque para nosotros era uno de los grandes maestros de la crónica fácil, amena, fluente, llena de corrección y de belleza; aunque nadie supiera como él proyectar el suceso menudo y cotidiano en una pantalla luminosa de múltiples reflejos, aquel director se allanaba a la dimensión de un compañero, como si tuviésemos la misma edad y no mediase entre nuestra bisoñería y su rica experiencia todo un mundo de cosas que aprender por parte mía y todo un mundo de cosas que enseñarme por la suya. Ángel, a secas, lo llamábamos, con palabra igualitaria, sin “don”, sin “señor”, sin la chapa de “doctor”. Lo llamábamos así y no sabía entonces por qué. Después, cuando la vida nos condujo a estar más próximos porque se ampliaba mi proceso de maduración, comprendí que Ángel llevaba una lámpara en la diestra, que tomaba de su costado izquierdo, para alumbrar las manos de

cuanto se acercaban. Por eso era cordial y penetrante su palabra, sana y regocijante la sonrisa que le nacía en la cara o le venía a la pluma a la hora de escribir. Tenía una poderosa vitalidad, amaba la vida y había recibido el exquisito don de disfrutarla en las cosas bellas: una flor, una copa, un paisaje, una mujer. Amaba la vida, lo que es una virtud y además sabía expresarlo, que es todavía mejor. Y como manaba afecto, lo imponía. Bastaba verlo, oírlo, acompañarlo un rato. Lo demás era quererlo. Nada más.

Ahora, después de tanto tiempo, me llega el hermoso libro en que la devoción y el interminable amor de Carmen, su esposa, han recogido los versos, las crónicas, los preciosos vitrales de colores desde los cuales Ángel se asomaba al mirador. Una carta, preciosa carta, de Carmen, que es testimonio íntimo de mujer doblegada en oblación ante el recuerdo del ausente, le abre campo. Luego Ramón Díaz Sánchez con el alto señorío de la pluma en que es maestro, traza el cuadro del tiempo en que vivió el escritor, busca en su carácter generoso, descubre su rica, fecunda vena de poeta y periodista. Nos deja un retrato palpitante, que vibra en las manos de quienes lo conocimos: “Sano, vigoroso y elástico, era un prototipo de equilibrio vital: sin neurosis y sin envidias”. Así concluye una de las numerosas síntesis armónicas en que abunda el estudio de Díaz Sánchez. El libro se cierra con un humano y breve epílogo de César Rojas Jiménez. Y en el medio, por espacio de 1220 páginas, quedan como en huerto florido, mágico, seductor, los primeros y los últimos versos de Ángel Corao y, más allá, como en campo o vega cruzado por arroyos, rico de nubes, abundoso de pájaros y abejas, su obra de periodista que por ser de tanta calidad, es la de un escritor de altos quilates.

Cuanta riqueza y variedad tienen esas pequeñas crónicas y los reportajes en que narra su recorrido por algunas regiones del país. Lo transitorio de los hechos a que aluden no los daña ante la contemplación del lector actual

sino al contrario, porque el talento creador de un artista los ha envuelto en una pátina de poesía y los ha hecho joya perdurable. Grato humorismo, citas oportunas, actitud generosa, ausencia de pedantería y júbilo (júbilo de ver, júbilo de contar, júbilo de escribir) es cuanto fluye de estos breves artículos. El lector los devora, los sigue, ríe o se estremece con ellos sin que el libro caiga un solo momento de su mano.

Y los que conocimos a Ángel, el cordial Ángel María, nos parece estar otra vez en charla amable con él, en el pequeño bar de chinos, frente a una taza de café. He ahí la mínima pero eterna vigencia del poeta.

Noviembre 1963



Una Grieta en la Muralla

La Casa del Poeta



Caracas, junio de 1961.- Cierta día, en momentos de profunda depresión para mi vida, encontré en una callecita pintoresca de los Jardines de El Valle, la humilde y fragante casa de Rafael Ángel Barroeta. Parece difícil hallar atención hoy, entre las gentes, para hablar de un hombre así. Un hombre que es pura, simple, absolutamente, un poeta y que aún para serlo con mayor devoción, lo es a la manera antigua. Acaso tampoco esto de la profesión poética, posea sentido alguno entre tantas gentes como veo ahora disputarse a codazos los agujeros de la publicidad. Hoy es absolutamente incierta la afirmación de Navarro Ledesma, sobre “la popularidad del poeta, mayor y más halagadora que la de todos los demás artistas y literatos, pues a ninguno de ellos se entrega el público del todo, poseído por entusiasmo frenético y delirante como al poeta”. Actualmente, y en nuestro medio al menos, la palabra “poeta” causa risa.

Pero allí estaba aquella casa pequeña, limpia, refulgente de claridad y de candor. El sol y el viento la atravesaban toda, como una lanzadera. En el patio, por entre árboles menudos y familiares, cantaba el agua, las rosas alzaban su puño coronado, hasta gorjeaban sugerentes pajarillos. Una hamaca invitadora, un libro abierto, un manso resonar de lejano campanario, todo parecía llevarnos de la mano hacia un mundo de sueños, cercado por murallas impalpables. El poeta, alto, lento, sereno estaba en una silla de cuero claveteado; a un costado, como lámpara, su doña Inés, la compañera cán-

dida, humilde y sensitiva como él. Al frente, dos hombres hechos para la luz y la bondad, poetas como el dueño de casa, generosos, cordiales: Mario Briceño Perozo y Pedro Antonio Vásquez. Se hablaba de versos, claro está, de cosas altas. Nosotros entramos a la ronda. Y se nos fue la tarde, sin sentirlo.

Muchas veces, he vuelto a aquella casa. Es más: en momentos de preocupación y de fatiga, llamo a su puerta. Allí se encuentran siempre, como en la casa del ilustrado Luis Beltrán Guerrero, espíritus fragantes. Alirio Díaz nos deleitó una noche con su mágica guitarra. Morita Carrillo alzaba sus cometas infantiles con palabras que aprende de los niños. En toda ocasión, entrar en ella era lo mismo que poner pié sobre una barca, dejar la orilla y rumbear, de espaldas a la chata mediocridad, hacia una estrella.

Quedan, pues, todavía en esta enmarañada ciudad, ínsulas penetrantes, reductos apartados, como éste del poeta trujillano, en que es posible el diálogo. Lo que más desesperante hace a la urbe, es su manquedad de conversación. Ya nadie habla, disputa; ya nadie opina, pelea. Los puños han sustituido a la palabra. Cuando la controversia no aparece y la reunión es posible por algún milagro, surgen el aguardiente, la diversión torpe o el ajetreodel chachachás y la rocola. Entonces no falta alguno que para poner la nota, llame en su auxilio a la politiquería. Y ya está. El salón se convierte en un campo de agramante, repleto de bastardías. Al que abra la boca para traer paz, se la llenan de amarguras indecibles.

Pero es posible coincidir. La casa del poeta así lo prueba. No son necesarios riqueza, tapices, láminas ni paramentos. Un trago de café, el silencio de la tarde estival, la mesa sencilla, el patio coronado de nubes y deleites. Con eso basta. Lo demás lo pone el alma pura, encendida, limpia. Casas he visto,

apretujadas de muebles y arrequives, donde todo anda a la gresca por la chatura espiritual de cuantos se aprietan entre sus paredes. Son, en verdad, costosas ratoneras.

¡Ah! Y que no se diga ahora que es necesario cojear del remo lírico para hallar la difícil coincidencia. Poetas hay por allí, a puñados, que son las peores y maledicentes personas. No. Lo que se necesita es la ilustre sencillez de lo pequeño, el penetrante olor de lo menudo, el no tender la mano con una piedra adentro. Luis Beltrán Guerrero tiene a la puerta de su casa un antiguo soneto que habla de eso que ya he dicho: mujer amable, paz, mantel luciente, afable conversar. Eso se puede hallar en cualquier parte, si hay manos que lo labren. Como en la casa limpia de Rafael Ángel Barroeta, la cual es tan humilde que brilla cual un diamante por su pobreza.



Una Grieta en la Muralla

La lechosa en el Banquillo



Caracas, marzo de 1961.- Algunas creencias, atavismos tal vez, están sembradas tan profundamente en el espíritu popular que no logran desplazarlas de allí los alcances del progreso material. Con ocasión de la dolorosa muerte por intoxicación de algunos escolares hemos oído en nuestro predilecto y turbulento Mercado Libre de Catia muchas conversaciones. Alrededor de la simpática especiera, en cuyo tarantín se obtiene desde la malagueta y el llantén hasta la escorzonera y la piedra de marmaja, nos detuvimos a dialogar con las comadres. Y escuchamos su opinión. Para muchas de ellas, quizás a causa de la fragancia vegetal que las rodeaba, los niños de Cúa se envenenaron por comer de alguna fruta sin llenar las condiciones de prudencia que usaban los antiguos. Salieron a relucir como tóxicos activos el cambur con leche, la piña después de haber trasnochado, el jobo que da fiebres y otras muchas. Entre ellas la dulce, tranquila, sedante e ingenua lechosa. Y esto nos ha llevado el recuerdo marcha atrás, porque resulta sorprendente oír hoy, en medio de la vertiginosa ciudad mecanizada, los mismos cargos infamantes que se hacían contra la salutífera papaya en 1878, por ejemplo.

Ese año murió sorpresivamente en La Guaira el señor Presidente de la República general Francisco Linárez Alcántara. “El Gran Demócrata” como se le apellidaba, era un hombre sencillo. Alto de cuerpo, fino de facciones, el cabello crespo, la color morena, llevaba una vida sin grandes complica-

ciones protocolarias en la Casa Amarilla, al lado de su joven, distinguida y encantadora esposa. Las noches de retrata se sentaba en el balcón junto con ella a tomar el fresco. Las lámparas de petróleo ponían una discreta pátina a la curiosidad de los transeúntes, pero se veía al magistrado desde su mecedora, la mano en la poblada perilla, contestar los saludos con elegante gesto. De paso advertimos que la Plaza Bolívar de entonces, si bien ofrecía un pintoresco espectáculo por los lamentables desplantes de la banda, integrada con músicos desarraigados, en cambio se brindaba como mágico escenario para el donaire de las fragantes muchachas, el cortejo de los mozos y la sabrosa tertulia de los señores con pumpá.

Pues bien, el general Alcántara que tan apacible lucía en las recepciones de palacio, era un terrible e infatigable cazador. Viajaba frecuentemente a la maleza, resistía marchas y vigiliadas, acechaba con denuedo los animales del monte. A una de estas expediciones le atribuye la tradición la salida que hizo hacia el Litoral la madrugada del 21 de noviembre de 1878. El viaje se realizaba entonces hasta la Guaira en cosa de doce horas. La estación obligada a mitad de camino, era la posada de Guaracarumbo, donde se dejaba descansar los caballos del coche, tomaban alimento criollo y fortificante los viajeros y reposaban tirios y troyanos, a resguardo del frío. Allí llegó, molesto ya por una violenta afección bronquial, el señor Presidente. Y contra todos los consejos de la experiencia vernácula, comió lechosa. González Guinán dice que la consumió un poco más adelante, cuando estaba alojado en el edificio de La Aduana. Pero agrega, cediendo a la fuerza de la tradición, esa que no logran arrancar los siglos: “Aumentósele la dolencia y se vio obligado a tomar cama, pues se le había declarado una violenta y grave pulmonía”. De Caracas fueron a atenderlo los más prominentes galenos. Sin embargo, Francisco Linárez Alcántara dejó de existir a los 50 años de su edad, el 30 de noviembre, a las once y media de la noche.

Los honores oficiales, como era natural, llovieron sobre los restos de la gran figura. El cadáver fue expuesto en la Casa Amarilla, conducido a la Catedral y sepultado el 4 de diciembre con gran ceremonia en el Panteón Nacional. En momentos en que el cuerpo era trasladado al último sitio, en el puente de La Trinidad se produjo un tumulto violentísimo. Los soldados hicieron fuego, los civiles respondieron con disparos de revólver. Todo el mundo huyó en espantoso tropel. El ataúd fue abandonado en medio de la calle. Cuando se restableció el orden y se inició de nuevo la procesión, quedaron sobre el pavimento muertos y heridos.

La gente toda señaló de inmediato, como causa del deceso del Presidente, a la lechosa. El pueblo le tomó horror a la inocente fruta y hasta un eminente facultativo parece que emitió su opinión favorable al rumor general. Esto explica las décimas publicadas por el poeta Tomás Ignacio Potentini en la leída sección “Terroncitos de Mirra” que sostenía con gran gusto de su clientela en el periódico “El Yunque”. Recordémosla ahora, después de tantos años.

-Madre, qué fruta me das?

-Toma, mi adorada niña,

-Nísperos, mangos o piña,

-¡Quiero lechosa!

-Jamás, hija, pues recordarás,

que Alcántara estaba bueno,

comió y murió y el galeno

que tales nuevas nos trajo,

repetía por lo bajo

que la lechosa es veneno”.

Hoy dicen lo mismo, en un reverdecir interminable de la tradición, nuestras agrestes contertulias del Mercado de Catia.

Los Muñecos de Muñoz



Eran días realmente buenos. Un grupo de gentes animosas y cordiales, hacíamos “El Gallo Pelón”. En momentos determinados nos reuníamos en deliciosos encuentros para cambiar ideas. Había buen brandy y cigarrillos. Salíamos entusiasmados, algunas veces más-de-allá-que-de-acá, a seguir la conversación en la barra de alguna taguarita por los lados de San Agustín. Formábamos una hermosa fraternidad. Sin odios, sin rencores, sin la más liviana amargura.

Allí conocí, entre otros “tercios” inolvidables como Quico Landaeta, Miguel Cuervo, Lumute, Omar Vera López, Carlos Fonseca, Graterol Santander, Aquiles Rojas, Julio Páez, Félix Hernández, etcétera, a Humberto Muñoz. Era mucho más flaco y larguirucho que ahora. Más reilón, menos convencional. Con su cara de angelote que no quiebra un plato, sus anteojos al aire, su continente abacial; con ese hablar tranquilo, de confesor de internado, era -y sigue siendo- sin la menor duda, uno de los más agudos humoristas venezolanos de todos los tiempos. La bondad y la sencillez, el amor a las gentes del pueblo, la devoción profunda hacia los suyos, unido todo ello al más depurado y jugoso sentido de la amistad, me acercaron directamente a Humberto. Hasta recuerdo ahora que fue por el filo de su bonhomía como entré a la cuadrilla de “El Gallo”. Algunos cretinitos aprovechadores me estaban tirando piedras al tejado al separarme, tras un honesto servicio de décadas, del Ministerio del Trabajo. Me sentía, lo confieso, muy

confuso, triste y apenado. Llamé por teléfono a Muñoz y al día siguiente estaba yo frente a la cayapa vergonzante con una pluma en la mano. Le ajusté las cuentas a los pandilleros metiéndoles una a una las vacas dentro del corral. Y sentí que una familia hermosa y buena, hecha de corazón venezolano, de pan venezolano, de amor venezolano, resurgía al borde de mi desolación ya superada. Eran los muchachos de “El Gallo Pelón” con Humberto a la cabeza. Así estuvimos juntos muchos años. Años que tengo a lo largo de mi vida como crédito de honor.

Ahora me encuentro con Muñoz aquí, frente a una exhibición de caricaturas tuyas que simbolizan 30 años de consagración al dibujo humorístico. En todo ese tiempo el fraternal Humberto no ha dejado pasar un solo día sin actuar desde el promontorio de su alta mesa, el lápiz en la mano, como un farero de la comunidad. No sé siquiera si se dice así, pero llamo “farero” a esos hombres que me impresionaron hondamente desde la infancia, en las ilustraciones del “Lector Moderno”. Solitarios en medio de la noche, frente a las tempestades y las cerrazones, oteando el mar. Así mismo veo al dibujante que es humorista, el ojo de búho, lámpara en la mano. Y por eso entrar en esta exhibición de Muñoz, o recordar la inmensa cauda de caricaturas que le sigue desde que empezó su tarea, es como reconstruir minuto a minuto la circunstancia de las horas en que fue testigo. Mucho mejor que leer una crónica, contemplar una gráfica o ver una película porque aquí, junto con la imagen graciosa, viene la intención del sagaz caricaturista, aquel cuyo arte al decir de Bergson, consiste en “sorprender un movimiento a veces imperceptible para engrandecerlo, haciéndolo visible a todos los ojos. Y mucho más, porque junto a ello está la leyenda, lo que llamábamos antes el pie-de-grabado, que viene a ser en la caricatura una modalidad brevísima de la crónica costumbrista o un fulgor modernizado de la sátira.

Humberto Muñoz descende de la hermosa familia venezolana de dibujantes y humoristas que nutrió a “Fantoques”, escuela y semillero magistrales de humor nacionalista. Leo, Pako, Alfa, Santico, entre otros. Pero, sin perder el hilo de esa fecunda veta que le arraiga al cogollo nuestro, Muñoz cultiva el arte cuidadoso y exigente de la línea pura para producir “muñecos” como él los llama, que son al mismo tiempo calificadas expresiones de arte y vivos documentos intencionados de la época. Impresionistas por la línea y capaces de expresarse por sí mismos, los dibujos de Muñoz tienen un poderoso refuerzo en el texto, cosa que no se da sino en caricaturistas que son al mismo tiempo humoristas, es decir intelectuales, o llevando más allá el contenido de la palabra, que también son buenos poetas. Daumier decía: “si mi dibujo no habla por sí mismo, será malo y no hay leyenda que lo mejore”. Eso es verdad. Pero también es cierto que hay una condición innata en algunos hombres -y Muñoz la tiene como la tiene el agudísimo Zapata- que les permite acoplar en vínculo sorpresivo a imágenes y palabras para provocar inesperadas consecuencias. El texto, pues, deja de ser un complemento en ellos para volverse carne del dibujo.

Muñoz me pidió tres líneas de recuerdo y me he puesto a conversar tontearías. Entra, lector a esta exhibición, como si llegaras a una tienda de muñecos, sin segundas intenciones, con un niño de la mano y el corazón alegre. Te va a recibir un hombre bueno, fraternal, sencillo, hijo de músico popular que creció en las barriadas de la vieja Caracas y no ha traicionado ni herido nunca a nadie. Dale la mano a sus muñecos y vete con ellos porque son pintorescos compadres, a una fiesta de alegrías e intenciones en la que tú mismo te encontrarás de pronto convertido en un muñeco más. Cuando eso te suceda -¡por Dios!- usa tu corazón de muñeco. Y no recojas el otro, el que llevabas, hasta que te larguen el primer cornetazo, al salir a la calle.

¿Por qué tenerle miedo a los Marcianos?



Por cierto tiempo después del terremoto del 29 de junio se pusieron de moda las apariciones. Viéndolo bien, el hecho resulta viejo. Siempre -en este país al menos- cuando acaecen fenómenos telúricos o cosmogónicos de importancia, llueven los aparecidos. La imaginación quizás se exalta porque la sensibilidad se agudiza; el hombre habitualmente indiferente, empieza a creer en las posibilidades; el miedo, que es libre de acuerdo con un viejo refrán criollo, suelta sus amarras. En dos platos, llega el tiempo de los encamisados. Hasta las ya cavernarias y desacreditadas cucarachas emparaguadas símbolo de la mentira y el engaño, vuelven a tomar actualidad.

Donde está la nota original en las entelequias de ahora es que poseen naturaleza interplanetaria. Anteriormente cuando un cometa visitaba a tierra o cuando acaecía un eclipse, la gente pensaba primero en el mundo concreto que le rodeaba. La vida era todavía rural aunque muchos pueblos -Caracas incluso- tuviesen pretensiones de ciudad. Lógicamente, preocupaba la injerencia del fenómeno en los frutos, los animales domésticos, el ganado de que la familia vivía. Y la gente hablaba, largamente, de mabitas, tiñas, pestes, “jorobas”, como decían, que cada uno creía descubrir en su posesión o su corral, cuando todo había pasado. Unos días más tarde, la población en camino de su abacial normalidad, empezaba a hablar de las fantasmas de siempre: el *Ánima Sola*, *La Sayona*, *La Mula Maniada*. Y la onza, un animal sibilante del monte del que ahora no se escucha, o el sal-

vaje, peludo y plantígrado como un oso, a quienes se inventaban las más peregrinas historias.

Ya en el territorio de las fantasmas, todo el mundo se sentía más o menos seguro. Una luz en la pata de un árbol, un chirriar de cadenas, un silbido, solían ser indicios de que existía un muerto dispuesto a revelar dónde había escondido la botijuela. Es decir: las onzas de oro, las peluconas, las morocotas que entonces no se guardaban en bancos y había que poner a resguardo de las eternas montoneras de la guerra civil. Tanto sucedía el fenómeno en aquellas noches oscuras, sin luz eléctrica ni linternas de pilas, que todo el mundo estaba preparado para entrevistar al difunto. “Hermano -se le preguntaba con voz medrosa- dígame cuál es su quebranto para sacarlo de pena. Si quiere misas o si faltó al cumplimiento de alguna promesa, hágame saber con toda confianza para asistirlo. Eso sí, con la misma sinceridad le manifiesto que carezco de fondos. Así es que primero hágame una seña para saber dónde tiene el entierro”. Y el muerto, como era tonto o estaba muy urgido, dejaba caer un coco o pegaba un grito en el lugar del tesoro. Al día siguiente, en medio del mayor secreto, el elegido empezaba a cavar. Un hoyo aquí, otro allá, otro más allá. Todas las noches llamaba al muerto para que le precisara el asunto. Y seguía. Hasta que lo declaraban loco.

Ahora, he dicho, las apariciones son espaciales. La hemos cogido con los marcianos, a los cuales los dichosos que suelen tropezarlos, describen como unos enanos a lo Blancanieves, con la cabezota llena de líquido, que hablan perfectamente el español y corren como lince. Algunos, como un árabe de Barrancas que los tropezó en la carretera de Maturín, hasta los ha visto volar con su par de alas, como una garza. Otros los han recibido en el negocio o los han recetado en sus clínicas. Lo único extraño es que desaparecen

cuando menos se espera a bordo de unos vertiginosos platillos con forma de sopera. No sigo la descripción porque a lo mejor inventan que yo vi uno. Y aquí el que habla con marcianos lo retratan en los periódicos pero le crean una fama de loco que no la brinca un venado.

Lo que extraña en esto de los marcianos es que la gente les tenga miedo. El animal más voraz, carnicero, destructor y feroz de la cosmogonía es el hombre. El “homo sapiens” que destruye por placer, caza por gusto y mata por recreación. No puede haber, en ningún planeta, en ninguna estrella ni en ninguna galaxia un bicho más hórrido y astuto, más peligros y sagaz. ¿Entonces? Cuando algún día el hombre entre de verdad en contacto con otros seres del universo, bien porque ponga la planta en nuevos astros, bien porque se les ocurra venir a los de distintos mundos, se verá lo que he dicho. El hombre atraparé a los que frente a él serán indefensos seres, los agarrará por sus antenas como insectos o sus macanas como a langostas, hará carnicerías sin cuento y concluirá por someterlos a la esclavitud. ¿No fue eso lo que el hombre hizo siempre, con el indio, con el negro, con los débiles, en nombre de la civilización y la cultura, en todos los capítulos de su sangrienta historia?

Caracas, 26 de setiembre de 1967



El Maestro de Escuela



Me cuento entre las personas que desde hace mucho tiempo venimos reuniéndonos para celebrar el Día del Maestro. Creo que las conmemoraciones empezaron allá por el 1933 en la Asociación Venezolana de Arte, hermosa y noble agrupación juvenil que nos reunía todos los sábados en un salón del Instituto San Pablo. Allá se perfeccionó el movimiento que dio origen a la Federación Venezolana de Maestros, allí nació la Agrupación Cultural Femenina, de por allí corrió una nueva y fecunda fe en el poder de la palabra y en las soluciones de la enseñanza.

Pues bien, con muy contadas fallas, todos los años nos encontramos alrededor de la mesa jubilosa las mismas caras. Dejamos de vernos a veces durante todo un tiempo para reaparecer el Día del Maestro con idéntica intención. Las reuniones han servido en ocasiones de gran estímulo. Una hora hubo de profundas depresiones, cuando la dictadura gomecista mantenía cerrados los horizontes de la esperanza, en que ese encuentro lo representaba todo: buena voluntad, anhelos, ímpetu de servir.

Bajo ese mismo signo y a través de multitud de procesos, se ha mantenido la conmemoración del Día del Maestro. Es como una lámpara, a la que nadie puede negarle aceite porque su luz, cuando alumbrá, lo hace para todos. Es lumbre de generosidad.

Al Maestro, a lo que él significa para nuestra condición de pueblo incipiente y a lo que él ha debido sufrir en nuestro medio, se debe la intención con que acudimos a su mesa el 15 de enero. Obsérvese que aquí, en Venezuela, le debemos al maestro mucho más de cuanto le puedan deber en otras partes, donde la cultura se halle más expandida y haya por tanto mayor comprensión y más fecunda sociabilidad. Y le debemos más, simplemente, porque aquí sus tareas desbordan de la obligación profesional para convertirse con frecuencia en verdaderas expresiones de resignación.

Es muy sencillo. A la escuela va a parar todo: lo sublime y lo miserable, lo heroico y lo risible, la hermosura y la deformidad. El grito que lanzamos en la calle, la palabra que pronunciamos en lo íntimo del hogar, el gesto de bondad que procuramos ocultar, todo lo recogen esas antenas hipersensibles que son los niños. Por sus canales llegan al aula. Allí se juntan, como en un mar, los gritos de los padres, el llanto de las madres, lo bueno y lo malo que los de arriba y los de abajo dan de sí. Cuando el promedio es satisfactorio, quiero decir, cuando el grupo humano a que la escuela sirve de expresión abunda en signos positivos, en gestos amables, hechos generosos, actitudes apacibles y cordiales, la afluencia se produce con relativa serenidad. El maestro hace de timonel, como guía fundamental que es, pero de timonel que puede estar en la popa mirando el paisaje con una mano sobre la borda. Eso pasa cuando el promedio es satisfactorio.

Pero cuando no lo es, cuando como sucede entre nosotros la sociedad es un hervidero porque es incipiente y porque se encuentra en un agitado proceso de creación; cuando el grupo, como el nuestro hoy día, tiene un pasado de poderosas ignorancias y efectúa una violenta masticación de razas y culturas; cuando la vida toda es torbellino, el oleaje golpea en la escuela como una resaca endemoniada. Y el maestro es

náufrago y timonel a un mismo tiempo, una mano para conducir y la otra para defenderse.

Parece absurdo reunir los dos extremos, pero nada es más cierto. Todos los hombres, todas las instituciones, toda la sociedad, quieren ver en el maestro la representación viva del ideal. El maestro y la escuela se convierten así en un trasunto de “lo que debe ser”, cuando su papel en verdad no es más que el de meros conductores hacia la perfectibilidad. Para la sociedad, sin embargo, resulta más fácil y cómodo echar sobre los hombros de ciertos grupos e instituciones la obligación de ser correctos. Así la mayoría queda en libertad de ser distinta a ellos. La escuela debe ser limpia, justa, dadivosa; el maestro noble, esforzado, desprendido, sacrificado. Que lo sean porque sí; para que alguien pueda ser con entera libertad sucio y mezquino. Es como si un distribuidor arbitrario se pusiese a repartir entre los seres todos los atributos y las cualidades: el camello que sea tonto, el camello que sea feo, el camello que pase meses enteros sin comer, el camello que tenga joroba. El tigre, que tenga uñas y dientes para que se lo coma. De un plumazo queda resuelto todo el problema.

Ese cuadro da la medida de la realidad cotidiana. Cualquiera puede verla si se asoma a los corredores de una escuela. Imaginemos tan sólo tres días al año. El primero corresponde a la fecha de inscripción; llueven los padres, las madres, los representantes. Todos están como soles, limpios y afables; todos estrechan la mano, prometen, juran. Es la sociedad que le rinde pleitesía al maestro. Cambiemos la decoración e imaginemos una fecha cualquiera del resto del año: la escuela necesita cooperación, el régimen docente acusa fallas, hay choques brutales entre el ideal que se predica y la realidad que se siembra en el hogar. Los preceptores citan, llaman, ruegan a los padres que concurren, pero nadie va. Los “mentores” del primer día se quedan

solos. Son “los negocios”, “el trabajo”, “la oficina” o cualesquiera de los nombres bonitos que se le dan a la joroba del camello.... Y así llega el tercer día. El día en que un muchacho comete una falta grave, o se descubre que va hacia un precipicio moral o revela que es un fracaso. El maestro impone sanciones, no tanto por el caso concreto que al fin y al cabo afecta a un solo individuo, sino por la pluralidad a la que debe defender. El maestro ha estado solo todo el año, pero ese día aparecen el padre, la madre, algunos tíos, varios cuñados. La familia es una bola de hierro. Los que no vienen es porque están muy chiquitos o son muy viejos, pero no hacen falta porque los concurrentes atruenan el espacio con sus gritos. Amenazan, chillan, se despeinan. Del resplandor y la afabilidad del primer día, no queda nada. Son las uñas del tigre.

El cuadro es breve, pero pinta lo que es el maestro en nuestro medio y dice lo mucho que le debemos. Hay, además, una circunstancia curiosa. Para todas las profesiones, las conquistas económicas y sociales se traducen en menos trabajo, más descanso, menos responsabilidad, mayor remuneración. El progreso, el adelanto, el desarrollo de la complejidad social significan alivio de las cargas, especialización, menor esfuerzo. Eso para el obrero, el empleado, el técnico, para todos en general, pero no para el maestro. Para éste, dado el carácter de centro y resumen de la existencia que tiene la escuela, todos los pasos que da la sociedad suponen conocimientos por adquirir, técnicas por desarrollar, principios que poner en vigencia. Y lo que es peor, correcciones que hacer en el sistema propio y rectificaciones que emprender sobre la madeja tan penosamente elaborada de los conocimientos sustanciales. Cada habitante que se agrega al grupo trae una complicación más que va directamente a manos del maestro. Y así, en cadena, hasta lo infinito; cada inmigrante, cada robo, cada película que se proyecta. No hay pensamiento de filósofo que no resuene en el edificio pedagógico ni descubrimiento de calculista que no se

aplique a los procedimientos estadísticos. Y la consecuencia práctica es más trabajo, más ocupación, menos descanso; hojas y cuadros por llenar, controles que verificar, exámenes que hacer.

Ya no se ve el maestro de los trajes raídos, es verdad. El maestro Luis Cárdenas Saavedra para quien el Ayuntamiento de Caracas recogía cincuenta pesos anuales, como una limosna, entre los vecinos del presente, ya no puede existir. El maestro ha mejorado en condición económica, en posición social, en su carácter de sujeto digno de protección. Pero así mismo han crecido las responsabilidades frente al grupo social y las obligaciones para con el Estado. Entre “el señor maestro” que pinta Bolet Peraza en una de sus lozanas páginas costumbristas y el maestro, sin señor, de nuestros días, hay una distancia inconmensurable; no tanto en remuneración como en deberes, en conciencia del propio valer, en responsabilidad y aprecio de sí mismo.

Las cargas del presente son, pues mayores. Y crecerán con el transcurso del tiempo. Es eso lo que debemos mirar de preferencia en el “Día del Maestro”. Debemos mirar, digo, porque a todos compete esa obligación, del mismo modo que a todos favorece la escuela. El maestro está situado entre las dos entidades más difíciles de servir, las más exigentes y las menos generosas; entre la sociedad de un lado y el Estado del otro. Ambas piden, imponen, demandan, solicitan. Por eso mismo el Estado y la sociedad deben retribuirle, pero no con regalos, sino con la misma anchura con que reclaman su servicio.

Y sépase, para finalizar, que cuando decimos “sociedad” no tratamos de marginar la responsabilidad que nos cabe como individuos ante el maestro de escuela. El educador rinde un beneficio colectivo que no tiene par, pero no lo hace a través de seres ideales, abstractos o nebulosos, sino con nuestros

muchachos que son encantadores y queridos, pero que también gritan y ensucian y molestan. Del fondo de nuestros hogares van esos niños y niñas, cargados con los datos positivos o negativos de la herencia y el ejemplo que les damos. En la puerta de la escuela los dejamos todos los días. Penetran y allí se quedan horas y horas. Nada sabemos de lo que hacen, lo que dicen, lo que reciben en el contacto con otros miles de muchachos provenientes de otros ambientes, otras herencias y otros hogares. Mientras tanto, nosotros estamos en las actividades que nos dan la vida: el comerciante en su negocio, el empleado en su oficina, la bailadora en su cabaret y el ladrón en su robo. Y es el maestro el que por horas y horas, días y días, meses y meses, levanta ante nuestros muchachos el ejemplo de lo hermoso, de lo bello y de lo bueno. Su palabra siempre viene cargada de emoción bondadosa; su gesto siempre es fecundo; su boca siempre es sabia. Poco importa lo que sea en la vida; mientras el maestro está en el aula, frente a su auditorio de sueños y quimeras, todo él está ennoblecido por la misión que cumple.

A ese hombre y esa mujer a quienes dejamos solos, con la inmensa responsabilidad de nuestros hijos, a ese hombre y a esa mujer les debemos tributar nuestro afecto, nuestro aprecio y nuestra admiración. No sólo en palabras, que pueden ser falsas o hijas de la conveniencia, sino en actos. Mejor aún: en hechos. Ellos nada piden que no sea justo, porque todo maestro que lo es de verdad, se contenta con el premio que recibe su corazón al meterse en el grato colmenar de sus muchachos. Ellos nada imploran. Pero nosotros, padres y madres, tenemos un deber que no requiere demanda para ser. Es el de no poner en conflicto a nuestros hogares con la escuela, el de identificarlos y hacer de ambos una misma pieza sin que se vea la soldadura.

Eso como individuos, porque ya como sociedad el deber va más allá. Al maestro hay que garantizarle bienestar, seguridad, salud y dicha. Le corresponden por derecho y más que a nadie, por ser el forjador que hace a los hombres con que la nación se nutre. Mientras la vida transcurre cargada de egoísmos, el maestro está en su taller mágico preparando a los hijos para que sustituyan a sus padres. Por lo tanto, si queremos que las generaciones sean cada vez mejores, hagamos cada vez mejores a los encargados de formarlas. No hay alternativa: o el maestro es culto, digno y responsable, o la sociedad es ignorante, ridícula y mezquina.



¿Discriminación en la Escuela Pública?



Aún a riesgo de hacernos fastidiosos para ciertas personas, nosotros repetiremos siempre en las columnas de la prensa, que una sociedad no puede adelantar con paso firme, ni superarse, ni dejar huella perdurable, si no empieza por respetar fervorosamente a sus maestros y a sus escuelas. Y lo estaremos diciendo mientras podamos, porque a ningún país le hace tanta falta de que le siembren esa verdad como al nuestro. A cada rato se ven aquí casos, lo mismo en las ciudades que en los pueblos, en los que cualquier perillán, valido del vozarrón que Dios le dio o del revólver que le da el gobierno, invade el recinto escolar, pide cuentas al maestro de los defectos que él mismo puso en su hijo, intercepta el trabajo docente y crea problemas. Cuando no suceden así las cosas, entonces es el hombre o la mujer “influyentes” que ponen un telegrama al Presidente del Estado, el chisme que se hace llegar al Inspector de Educación, la carta que se envía al Ministro o las acusaciones que se meten en las páginas de los diarios a través de redactores irreflexivos.

Las cosas han venido sucediendo así desde mucho tiempo atrás. Nunca olvidaré la estampa de ese guapetón “enrevolvado” que ahora pinto, hace ya largos años, frente a la debilidad luminosa de uno de mis maestros. Recuerdo que los muchachos le vimos llegar echando espumarajos, vomitando insolencias, hasta aquellos corredores en que se arringleraban nuestros pesados bancos de madera. El maestro se puso pálido, como hombre de bon-

dad que siempre fue. El estridente bárbaro, reclamando no sé qué cosa acerca de su hijo, le desafió a pelear en la calle y luego le descargó un violento puñetazo. Los muchachos corrimos en medio de una ensordecedora gritería. El maestro cayó de espaldas. Después se puso en pie penosamente y no dijo nada. Todavía recuerdo que le vi llorar.

Esa estampa, seguramente, decidió mi vida y me trazó este compromiso de ayudar al maestro con la mejor palabra; esta obligación de sentirme herido yo, que nada soy, cuando veo la insolencia frente a la bondad. Aquel maestro pasó a representar para mí, pobre muchacho salido de la gente humilde, el signo de algo que había que poner alguna vez por encima de la fuerza bruta. Y porque le soy fiel al pacto que me hice, es que ahora, en mi condición de padre, me siento obligado a intervenir frente a la acusación que un diario local hace a la Escuela Experimental Venezuela, de establecer discriminaciones raciales entre su alumnado.

Esa acusación es falsa. Los que enviamos allí a nuestros hijos, visitamos la escuela y estamos en contacto permanente con ella; los que formamos parte como representantes, de algunos de sus organismos social-docentes; los que por alguna circunstancia hayan recorrido sus aulas o presenciado sus actividades, todos sabemos muy bien que la fórmula que la rige es de una hermosa y amplia estructura democrática. Creo que por eso, precisamente, y por lo progresista de sus procedimientos, es que numerosos hogares envían allí a sus hijos. Hermoso es, como en pocas partes, ver la sana espontaneidad dentro de la cual se confunden, hermanados bajo el ancho rumor de aquella escuela, los niños ricos, los de clase media, los humildes y pobres que muchas veces encuentran ahí por la primera vez, una manifestación concreta del bienestar y de la dicha.

Prácticamente, la Experimental Venezuela -lo mismo que todas las escuelas públicas venezolanas- es un trasunto de nuestra democracia social. Nuestra escuela jamás podrá tomar otro rumbo, no porque la educación nacional tenga una doctrina, una mística o siquiera un sistema ya establecido, sino porque los maestros, aquellos que frente al alumno marcan ruta, salen siempre de clases sociales que no pueden existir, luchar y mantenerse, sino dentro de un clima de absoluta igualdad. Si se pasa revista al personal de la Experimental Venezuela estamos seguros de que se encontrará, al menos en la casi totalidad de sus servidores, ese origen que hemos dicho. Y tiene que ser así, porque quien gaste desde la cuna posición holgada, quien use escudo y pinte genealogías olorosas a naftalina y a mentol, quien esté atiborrado de complejos sociales y delirios de grandeza, no podrá jamás sentirse cómodo entre aquel mar de cabecitas encrespadas, ojos mulatos y olores penetrantes que es un aula nuestra; ni resistirá el combate violento que la calle plantea siempre al maestro nuestro: ni aguantarán la vida de silencio, de retraimiento y de miseria que ha sido y es la vida de nuestro educador.

Creo tener el derecho a decir públicamente que admiro la raza negra y detesto la discriminación. Pero no me vengan a mí, que conozco la escuela pública venezolana, con esas pamplinas de separación racial dentro del aula. Dilucidaciones se hacen aquí, por motivos políticos, por razones económicas, por circunstancias de genealogía y por causa del color, en la vida pública, en los hoteles, en algunas congregaciones religiosas y clubes de sociedad, en ciertos colegios privados. Pero no en la escuela esa, como la Experimental Venezuela, a donde va el muchachito de la calle con su carrete de hilo.

El maestro y la escuela son los primeros signos de la verdad de un pueblo. Por eso una nación será lo que ellos sean y caminará hacia adelante, en la

dignidad y en el progreso, según y como las gentes los contemplen. Si Venezuela ha de tener grandeza alguna vez, la empezará a tener por el lado del respeto al trabajo de enseñanza. No lancemos, pues, sobre el maestro, por politiquería, por ligereza, o por falta de reflexión, cargas mayores. Ya muchas tiene el pobre. Y son bastantes.



Teatro de Estudiantes



En el curso de pocos días hemos presenciado en Caracas dos valiosas experiencias teatrales realizadas por estudiantes. Una de ellas estuvo a cargo de alumnos de la Universidad del Zulia. La otra correspondió al Teatro Experimental del Liceo “Fermín Toro” de esta ciudad. Ambas obedecen al deseo de incorporar el teatro a las actividades de la cultura profunda.

La universidad marabina se nos presentó por medio del Grupo Teatral “Sábado”, con la famosa obra “Padre” de Juan Augusto Strindberg. Este grupo está bajo la dirección de la distinguida actriz Inés Laredo de Añez y cuenta con un personal y equipo completos, lo cual -creemos- es la primera vez que se logra en el país. Desde los decorados hasta la utilería, pasando por el vestuario y los elementos lumínicos, todo ha sido previsto, de modo que el grupo está en condiciones de actuar aún en sitios donde estos factores escaseen.

Los estudiantes debutaron en uno de los actos teatrales para obreros que ofrece el Ministerio del Trabajo. Desde el primer momento se estableció entre el auditorio y los visitantes una marcada corriente de simpatía. Era una de esas encantadoras mañanas caraqueñas, en que la brisa corre por entre los árboles con amorosa algarabía. Los trabajadores iban a su teatro, que desde hace doce años les brinda estos actos dominicales. Mucho tiempo antes de alzar el telón, todas las localidades estaban ya ocupadas.

La obra “Padre”, como casi todas las del gran dramaturgo sueco, gira alrededor de su tremendo pesimismo. Acaso ninguna otra, sin embargo, refleje su propia personalidad con más fiereza. Como es sabido, Strindberg llevó una vida extraña, sacudida por agobiadoras angustias sentimentales. Casó tres veces y divorció otras tantas. Tuvo, pues, ocasión de conocer profundamente a la mujer en ese aspecto hasta entonces pocas veces mencionado de la neurosis, la apatía, el odio a la histeria. De allí sacó el material de su desconcertante drama “Padre”; quiero decir, de su propia alma, desesperada y sin felicidad; de su íntima vida, la de todos los días.

La norma dominante en el teatro del gran sueco, es la filosofía -si así puede decirse- del naturalismo. Es un teatro realista, pues, que no se detiene ante ningún tema. Lo que importa es presentar ante todo, la manera fatal como se cumplen las leyes naturales: el imperio biológico; la incontenible fuerza con que dominan y destruyen las anomalías. El hombre, visto así, se convierte un poco en “La Bestia Humana” de Zolá. En un ser inevitablemente determinado, arrojado por la fatalidad de la ley biológica a un peñón desierto: la locura, la desesperación, la muerte. Hasta la misma alegría se torna entonces condicionada. La espontaneidad no existe y en consecuencia tampoco el júbilo.

En “Padre” lo que se nos pinta es el choque entre la personalidad distinguida de un hombre de ciencia con la despiadada, sistemática ambición de dominio de su mujer. Esta es el trasunto de la frigidez, la inapetencia, el endemoniado análisis. Cuando descubre por una conversación de su esposo que la paternidad no podía entonces comprobarse, hace de tan sencilla verdad un arma terrible. La vida del marido descansa sobre el amor a su hija, refugio único en medio de la perenne tensión doméstica. La mujer lo sabe. Y empieza a destruir aquel único soporte. Es realmente angustioso el proceso

de la duda, deslizada a pulso, sistemáticamente, con su odiosidad profunda de mujer anormal. El resultado es la locura, la aniquilación, la muerte. Sobre aquellos lamentables despojos, la mujerona erige su poderío.

Ya descubrirá el lector, por el mero enunciado del tema, que “Padre” es una obra muy difícil, con largas disgresiones de tipo científico y frecuentes alegatos. Tiene que ser así por ser obra “de tesis”, que el autor comenzó a elaborar ya con un plan previo, con la intención de probar algo. Baste decir que el primer acto, a cuyo cargo corre la “exposición” del tema, tiene una duración sostenida de una hora, con los principales actores en presencia permanente.

Todo lo que hemos dicho quiere mostrar nuestra opinión de que el Grupo “Sábado” ha cometido un error al escoger esta obra para iniciar sus actividades. No es que no se desempeñan estos mozos con equilibrado gusto, o que dejen una impresión ingrata en el auditorio. No. Por el contrario. Desde el principio se admira en ellos una gran fe, una singular nobleza, una inmensa sinceridad. Nuestra reserva se basa en el hecho de que este drama es tema de anormalidad, de vejez y pesimismo, teatro “freudiano”, desenvuelto a lo largo de numerosos hechos propicios para la declamación y el melodrama. Como los actores son noveles y además de eso, jóvenes, se ven en la necesidad de hacer un esfuerzo imponderable, fatigoso, que los rinde y que agobia el auditorio. Al final, cuando la obra tan difícil concluye y cuando se ve cómo estos muchachos logran vencer todos los obstáculos, el espectador descansa del temor de que pudieran fracasar. Y los aplaude con alegría seguro de que el Grupo “Sábado” habrá de ser muy pronto un hecho positivo en la cultura nacional.

Para lograrlo, deberán sus componentes sacar una provechosa lección de su actual experiencia. Sobre todo, orientarse hacia un teatro más juvenil,

emocional y poético en el que se pinte la vida fecunda, laboriosa y creadora. Un mundo, en fin, como el que aman y comprenden porque es el que viven, estos nobles actores de la Universidad zuliana.

La otra experiencia nos la brindó el Teatro Experimental del Liceo “Fermín Toro”. Nos presentó en su Estudio 8 la obra de Eugene O’Neill “Aceite”, traducida especialmente por Guillermo Feo Calcaño. Ya era conocido el equipo teatral del Liceo caraqueño por los resonantes éxitos alcanzados en la presentación de sus anteriores programas. Y por eso fuimos a él confiados, seguros de que recibiríamos una muestra de singular belleza.

El Director del Teatro Experimental del “Fermín Toro” es Alberto de Paz y Mateos, un español desgarrado que camina con los largos brazos oscilando alrededor del cuerpo como un marinero. Usa gruesos zapatones de caucho y un extraño bigote sobre la cara, pero tiene a pesar de todo un espíritu fresco, hecho como para dirigir un hospital de niños. Le conocí una tarde en el Liceo donde ambos trabajábamos. Y tuve desde el primer momento la impresión de que hacía mucho que le conocía. Paz y Mateos posee ese don. Es tan comunicativo, diáfano e inteligente que gana la amistad, sin aspavientos, con el sano humor de un domador de pulgas.

Entre la humanidad de este afable español vive un excelente espíritu, hecho a las grandes síntesis que el teatro exige, con un sentido armonioso y crítico de la obra de arte. Son estas y las anteriores condiciones, las que le han acercado a la juventud liceísta y le han llevado a fraternizar con ella. Hablo de “fraternidad” con toda intención, porque sin ella no es posible regir el corazón juvenil en una época tan difícil, por esquiva, como es esa de transición, al final de la adolescencia.

Los actores del Teatro Experimental apenas comienzan a pisar el albor de la juventud, y es un hecho muy significativo que las obras principales hasta ahora presentadas por ellos, giren alrededor del tema del mar. Los espacios abiertos, lejanos, insondables, son propicios para el constante divagar de esa edad. El mozo en tal tiempo, usa de la imaginación para evadir una realidad que no comprende bien y le aprisiona. El mar se vuelve entonces la dulce ruta, propicia a la evasión. Ni qué decir que cuando actúan en papeles de gente de mar, se sienten un poco en camino de la gran aventura. Es como leer a Robinson Crusoe en una isla.

En estos aciertos fundamentales descansa buena parte del éxito que acompaña las presentaciones del Teatro Experimental fermintoriano. Es muy importante que el actor novel ame y comprenda el ámbito en que se mueve la personalidad que representa. Sólo así puede transfigurarse, vivir otro ser con la pasión que pone en vivirse a sí mismo.

O'Neill el autor escogido, es considerado como el dramaturgo de los grandes temas. Inmensas son en realidad las concepciones que le han colocado a la cabeza entre las primeras inteligencias del día. No obstante, aquí, en esta breve obra traducida con el nombre de "Aceite", sin dejar de ser él, reduce la trama a una simplicidad abrumadora. Allí están, en efecto, su amor por los ilimitados horizontes, su predilección por la tragedia, sus caracteres elementales y precisos como hechos de piedra. Allí están su poesía de lo fatal, sus conmovedoras crisis, todo O'Neill, en fin, pero reducido a una dimensión de cosa cotidiana, menuda, simple.

El drama de un acto se vive en el camarote del capitán del "Atlantic Queen", un ballenero que ha sido apresado por los hielos en su viaje a los mares del norte. El capitán Keeney es el mejor cazador de cetáceos, pero esta vez sólo

ha logrado juntar 400 barriles de aceite. Su obsesión es seguir adelante, encontrar una grieta que le permita avanzar. De ese modo logrará reunir suficiente grasa para sostener su prestigio. Pero los hielos conspiran contra él. Hace dos años se mantienen en aquellas soledades, lejos de la civilización, entre el frío, el silencio, la muerte.

El capitán Keeney ha llevado consigo a su esposa, representada en este acto por la bella y magnífica Gioventina Campuzano, ha comprado un armonium. La dama es la única mujer. Ella pone una melancolía de hogar entre aquellos rudos hombres, como Ximena en el Poema del Cid. Por lo mismo, ella construye el clima de choque y contraste que necesita la tragedia. El capitán quiere seguir adelante. La tripulación no. La mujer quiere volver a su pequeña casita bajo el viento cálido, a la orilla del mar. La tripulación se amotina. La mujer llora, angustiada, desesperadamente.

En un momento, su pedido logra convencer al Capitán Keeney. Ya van a regresar. Pero en ese instante se descubre una grieta hacia el Norte. El delirio se adueña de todos los hombres, que se sienten posesos de la aventura. El capitán renuncia a regresar. Se oyen las clamorosas voces de mando, la sirena que anuncia la partida, el crujir de la embarcación al romper los delgados hielos...

En medio de todo, la mujer lanza su alarido desgarrador, camina hacia el armonium y comienza a tocar, desesperadamente.

Eso es todo. No hay aquí melodrama, ni argucias, ni ergotismo, ni sutilezas. Las cosas son, nada más; como en la vida. La sensación trágica y noble del "clímax" se logra a base de elementos simples, algunos muy nuevos. La luz y el sonido, son dos actores permanentes, de tanto valor como los de

carne y hueso. Ellos han sido usados en el Teatro Experimental del “Fermín Toro” con una justeza e inspiración que honran la escenografía nacional. En escena se ven una pincelada del mustio sol polar, un rojo de la estufa y un tono de hoja seca que baja de la lámpara. Al fondo, cuando se abre la puerta, se adivinan los témpanos azulosos del hielo, bajo la quieta luz. Cuando la crisis culmina, las manos de Gioventina Campuzano son proyectadas diagonalmente sobre la pared del fondo, como raíces de árboles, mientras hacen sonar desesperadamente las voces del órgano. El espectador, ante todos estos elementos, siente la sacudida poderosa que sólo da la vida.

Todavía dura en nosotros, y estará allí por mucho tiempo, la emoción que nos ha dado la presentación del Teatro Experimental fermintoriano. Nos llena de orgullo la actuación de estos jóvenes porque sabemos que están brindando una hermosa contribución a la cultura nacional. Nadie podrá quitarles ya a ellos y a su Director el merecimiento de haber sido los primeros en comenzar la verdadera renovación del teatro venezolano. En ellos empieza un camino; un gran camino.

Fue así, querido lector, como en esta semana dos grupos estudiantiles le brindaron a nuestra ciudad un hermoso ejemplo de juventud. Seremos en el porvenir mucho mejores. No cabe duda.



Recuerdo a Lucas Manzano



Ya hemos acompañado al cementerio el cuerpo de Lucas Manzano, pero este hombre merece que hagamos un alto en el espectáculo de destruirnos unos a otros, para encender como una antorcha su recuerdo. Lo merece por muchas razones: por proceder del riñón elemental del pueblo nuestro, por haber tenido permanente vocación de servir a su tierra. Y sobre todo, por lo que muchos hoy le rinden pleitesía a su memoria: por haber amado a Caracas del modo que la amó.

Pensarán muchos entre los hombrecillos a la moda. Quiero decir los engolados de hoy que hablan con voz chillona y pululan en los recovecos políticos, que un hombre de esa estirpe no merece estimación alguna. Para ellos todo el secreto del mérito está en hurgar, aspaventar, jeringar. Jeringar digo en el sentido que le da todavía el pueblo a la palabra. El que le atribuyó don Luis Urbaneja Achepohl cuando escribió que “en esta tierra hasta El Barroso jeringa”. Creerán, en fin, los tales en medio de su brutal incienso mutuo que sólo ellos, entre todas cuantas generaciones ha habido, merecen el tributo de la historia. Ya vendrán años, ya lloverán días, ya quedará demostrado por cien milésima vez que de una siembra de odios y apetitos nada queda, como no sea la ruina colectiva, el saqueo de los tesoros públicos.

Tal vez por eso Lucas Manzano, que en cualquier país culto hubiese sido con la muerte a costas un vibrante símbolo político, se fue a la tumba

acompañado tan sólo por un compacto y recio grupo de amigos. Nada más, pero tampoco nada menos. Es, en el fondo, hermoso irse así, porque es como partir sobre el navío con una bandera de manos fraternales apretada al costado. Ni aspavientos, ni falsedades, ni poses faramalleras. Su ataúd pasó por entre hileras de soldados tendidos en su homenaje. Era el ejército al cual había pertenecido en la mocedad. Pasó entre ellos y se perdió en la tarde.

Ahora le hace falta a la ciudad su figura familiar. Para nosotros, que llegamos a Caracas en las postrimerías de 1939 y encontramos en su revista “Billiken” el primer aposento para nuestros pobres versos juveniles, Lucas Manzano aparece atado inseparablemente a la imagen de la ciudad. Le conocimos entonces, erguido, conversador, la voz alegre, cuando Caracas era un apretado almácigo de graciosos rumores. Y le seguimos viendo siempre, por las calles: la actividad vertical, el paso con aquel extraño tartamudeo que le venía de una pierna rota en tiempos ya lejanos, la palabra dispuesta al saludo fraternal o al chascarrillo alegre. A su alrededor la ciudad cambiaba. Venía abajo las dulces y placenteras casitas de antaño con su jardincillo, su sala de maderas, sus orondos tejados. Venían abajo. Y se alzaban en sucesivas oleadas, los edificios verticales, llenos de vidrio, agonizantes de ventanas donde la luz se quiebra. Él seguía calle arriba y calle abajo, el mismo Lucas Manzano con la misma sonrisa, como si jamás fuese a transcurrir. El paso se le hizo lento con los años, pero no difícil; la voz perdió la alegría cantarí para convertirse en un hilillo frágil, pero nunca áspera ni triste. Tantos años le vimos, que se convirtió en el símbolo de la remota antigüedad, tanto leímos sus crónicas, escritas en un lenguaje simple y atropellado pero que no quita fama en los países cultos, como lo prueban entre otros Santa Teresa y Pío Baroja, tanto gustamos aquellas pinturas suyas de obispos, oidores, capitanes generales, descubridores, pobladores, esclavos,

pardos, artesanos y mujeres de los remotos tiempos, algo así como esos samanes que de tiempo en tiempo escapan aquí milagrosamente al hacha pero que hablan, a voces, del pasado al presente. Un hombre como él, que hizo de la misión de recordar un ejercicio y que evocaba, sobre todo, la historia menuda, urbana municipal, merece el homenaje permanente y devoto de la ciudad que tanto amó. Y el mejor homenaje es no olvidarlo. Con él se va a la tumba, escribió un cronista, algo así como un pedazo de Caracas. Es verdad. Ahora, los que le sobrevivimos, unamos su recuerdo al pedazo de ciudad que nuestros ojos siguen viendo. Y evoquémoslo, en los grandes o los pequeños días, como le vimos siempre por las calles, con la palabra alegre. Y el paso tartamudo.



Clavel para Juana Sujo



Caracas, enero de 1962.- En alguna parte leemos que el Teatro “Juana Sujo” fue desmantelado. Del pequeño y armonioso local donde una obra linda alzó el velamen, fueron sacados los últimos testimonios. Eran ya sólo trapo y papel. Así es el teatro: cuando se apagan las luces artificiales, cae la cortina, está ausente el público y, sobre todo, cuando ha muerto en el corazón de los mantenedores la lumbre ilusoria, toda la gallarda aventura de los sueños se convierte en papel y trapo. Así es el teatro. El local, que se llamó Teatro “Los Caobos” y que más tarde, a la muerte de la insigne actriz, fuera bautizado con el nombre de “Juana Sujo” bajo los auspicios de numerosa gente, no encontró a última hora quien apuntalara sus puertas. Y se cerraron. Allá, adentro, quedaron las butacas vacías, el escenario despoblado, el silencio hueco, lleno de resonancias. Así sucede siempre aquí. Ya empezará a caer el polvo y el olvido sobre el recuerdo de la hermosa aventura. La olvidarán. Y sobre los escombros de la evocación abandonada, surgirán los aprovechadores. En este país de trepangos todo el mundo quiere ser pionero. Eso explica nuestra aparente mala memoria. Nos gusta echar tierra, polvo, suciedad, sobre el recuerdo, sobre la obra, sobre la pasión ajena. Para que brillen los que nada valen. Ya saldrán, pues, sobre la complicidad de nuestro olvido, los que vengán a repartirse los despojos del armonioso teatro abandonado.

Y aunque es la misma tragedia, mil veces repetida, de cuantos han querido hacer algo por el arte obra afanosa, se nos viene a la garganta un grito de

protesta. Juana Sujo, la actriz, la mujer, el ser culto y pensante a quien dimos la mano y aplaudimos con el alma encogida de emoción, no merece este destino, ni esta lápida de olvido venezolano. No la merece aunque ya hayamos hecho de semejante procedimiento nuestra manera de premiar. Recuerdo ahora que mientras ella tuvo vida, y anduvo con intelectuales recitando sus versos o montando sus obras, mientras colaboró con empresas privadas u oficiales, mientras formó discípulos e hizo figuras de la nada, mientras luchó y buscó y aportó materiales, en fin, como una hormiga, le sobraron aplausos, estímulos y defensores. Más tarde, cuando atravesó la ciudad el cuchillo de su muerte, intelectuales y plañideras rasgaron sus vestiduras y se cubrieron la cabeza de ceniza para llorarla a voz en cuello. Desde el retiro que me sostiene en observación, vi pasar el cortejo y le siguieron mis melancolías. Vi también subir más tarde, al proscenio del pequeño teatro, un grupo de personas que lo bautizaban con el nombre, ya consagrado, de “Juana Sujo”... Y me pregunto ahora, entre mis viejos libros, como se preguntaba Jorge Manrique:

¿Qué se hizo aquel trovar,
 las músicas acordadas
 Que tañían?
 ¿Qué se hizo aquel danzar
 y aquellas ropas chapadas
 que traían?

Humo, nébula, viento, nada. Ni un discípulo aparece, que haya recogido la semilla y sea capaz de mantenerla. Por lo que se ve y por lo que se muestra en las páginas que descubren las intimidades de la farándula, hasta los más cercanos y los doblemente obligados, se olvidaron ya de Juana Sujo. Se ha

hecho fiesta del recuerdo, sin pensar que hay muertos de profunda huella,
cuyo alarido se interpondrá siempre, siempre.

Al margen de la vida convulsa, en un rincón de la ciudad, ha quedado el
teatrillo, silencioso. Así quedan los barcos, varados en la orilla, cuando
la tempestad los rompe sobre las escolleras y muere junto con ellos su
bravo capitán.



El Ferrocarril de las Hormigas

La Reina Magdalena



En estas democracias nuestras resulta divertido ver cómo se maneja el concepto de realeza. Conocí un tipo al que llamaban “el emperador del fastidio” porque cloroformizaba a todo el mundo con unas historias interminables. A una chica que eligieron “reina” en el barrio en que vivo, la vi romper el cetro en la cabeza de un heladero el mismo día de su coronación. Si en la vecindad hay alguien con cara de mono, aquí todo el mundo le llama “monarca”, automáticamente. Esto hace sufrir mucho a ciertas personas con humos, que se desvanecerían de ternura si las llamaran siquiera los reyes del jojoto, pero se consuelan inventando escudos o pintando panoplias. Un señor conocí, tan dado a estas exquisitas preocupaciones, que tenía una chimenea con candela y todo para calentarse al mediodía en un pueblo donde el termómetro alcanza, como si nada, sus cuarenta grados a la sombra.

El pueblo definió instintivamente hace mucho tiempo su manera de juzgar los soberanos. Lo hizo en aquella expresión tan pintoresca de los cuentos: “Su Saca y Rial Majestad”, en que trambucó la vetusta fórmula protocolaria de “Su Sacra y Real Majestad”, usada por papelistas y escribanos. Pedro Riales, el Quevedo nuestro, Juan Bobo y demás personajes de las reláficas criollas, no emplean otro modismo cada vez que se les atraviesa un rey: “saca rial”. Es decir: saca sangre, saca vida, saca plata, porque todo iba a parar a las misteriosas arcas reales a través del laberinto leguleyo de la colonia. Los reyes, pues, para nosotros, mulatos faramalleros, son como las pinturas de la

baraja, personajes de camisola y grandes batatas que andan de mesoneros, sirviendo bastos y copas en un festín sin platos ni cucharillas.

Con todo eso, a veces se pone un título real con una intención diferente. Ese es el caso, por ejemplo, de Magdalena Sánchez, la negra con voz de oro, a quien llaman “la reina del folklore venezolano”. Aquí la palabra “reina” no tiene el significado que le dan los suspirantes oligarcas nuestros: nada de manto, de armiño, de perifollos ni besamanos. A nadie se le ocurriría meter a Magdalena en un mundo así, como no fuese al Negro Miguel. Se la llama “reina” por no decir “prototipo”, palabra que la gente del común no conoce, o “tacamajaca”, término que se olvidó cuando los boticarios abandonaron la ciencia yerbatera.

Lo curioso es que con todo y eso, Magdalena según leo en la prensa, se dirige hacia Atenas, invitada para amenizar con sus aires venezolanos, la “boda real” del Príncipe Juan Carlos de Borbón con la Princesa Sofía de Grecia. Yo soy muy malo en cuestiones de reyecía. El Almanaque de Gotha, donde dicen que se descubren los miligramos de sangre azul que pueda tener una yuca de apio, lo conozco tan sólo de oídas. Por eso no estoy en condiciones de saber si Juan Carlos y Sofía son hijos de reyes pura sangre y mucho menos si tienen esperanzas de manejar el pandero en algún reino. A lo mejor son figuras decorativas. Pero lo que me interesa es advertir cómo mientras en este país hay gentes derritiéndose porque los inviten así sea al matrimonio del Rey de Espadas con la Sota de Copas, resulta que la invitada es una negra: Magdalena Sánchez, hecha con el terrón en que se amasan los zambos, los pardos y los mulatos.

No me vengan a decir ahora que la invitan porque canta. Invitación es invitación y príncipe es príncipe. Ño Juan Carlos y la niña Sofía no se van a casar así nomás “Con el padre Monte y el Sacristán Cobija”, como decía

una vieja mal hablada de mi pueblo. Tiene que haber palacio, capas, espadas, banquetes, gente de peluca, faisanes parados en un sicomoro, siquiera, porque no van a presentar un zamuro sobre una mata de lechosas. ¿Entonces? Que Magdalena, reina jubilosa de alpargatas, hará temblar con su voz sabrosa las espejeantes arañas de cristal y soltará en volatería sobre las mullidas alfombras, el potro sincopado de los joropos nuestros. ¡Cuánto darían porque los invitaran, siquiera a sentarse en una claraboya, el hombre de la chimenea y sus otros colegas de por estos andurriales!.

Y eso es todo. Venezuela, el pueblo de Su Saca Rial, por fin metió una reina entre los reyes. Y la reina es como debe ser: coronada de música, la cabeza caoba, en sus pies las maracas como la Orden de la Jarretera.



María Leonza en el Arte



Caracas, mayo de 1962.- A muchísimas personas de la capital les resulta difícil, ahora, diferenciar el mito de María Leonza, de la superstición de María Leonza. Es decir: separar la elaboración vibrante y hermosa producida por la imaginación popular a través de milenios, ya que pueblo eran los indios antes de Colón, y pueblo fueron más tarde los negros y los españoles y los mestizos. Separar eso, de una serie de supercherías cada vez más difundidas por personas interesadas para obtener ciertos favores de “la Reina”. Creo que la culpa de la confusión la tiene antes que nada, la mentalidad urbana. El mito y las leyendas conexas, tal como se difundían anteriormente por boca de personas con mentalidad rural, contenían tan solo alusiones poéticas: selvas, bosques, animales del monte, pájaros, vasallos, palacios de pedrería, doncellas, etcétera, entre los cuales fulguraba la radiante y misteriosa figura de María Leonza. Ahora no. Bastó con que intervinieran la novelaría de la gente ciudadana y el espíritu comercial, para que la esplendente creación se convirtiera en un instrumento práctico de toma y daca. Actualmente es frecuente ver por las calles ventorriillos de adminículos destinados a “adorar” a María Leonza: un retrato de la Galli Curci o de la Emperatriz Eugenia que alguien hizo imprimir como la imagen de la enigmática mujer; una figura del Negro Primero con la cabeza embojotada, que se supone pintura de su más leal vasallo. Y lo que es peor: una incorporación de fórmulas mágicas a cual más pintorescas para mezclar el espiritismo, la magia negra, los rituales ñañigos y otras expresiones, con el que fuera en el pasado un mito de radiante poesía.

Por si esto fuera poco, la región de “Sorte”, cerca de Chivacoa, en que las incidencias imaginativas colocan a María Leonza, se ha convertido en un atiborrado centro de peregrinación, lleno de “apuestos” que explotan numerosos vasallos. Peor aún: por las cuevas y alcores que allí abundan, merodean “médiums” o cosas así, que hacen sus ganancias disfrazándose de brujos campesinos y sirviendo de “intermediarios” entre la gente que llega de las ciudades y la esquiva y poderosa María Leonza. En fin, con las cosas que se ven, el antiguo mito va en camino de perderse para convertirse en un confuso laberinto de fórmulas pintorescas a cual más absurdas. Asistimos al choque de dos corrientes: la nueva y poderosa que viene de las ciudades y la antigua, melancólica y pastoril, que provenía del campo. El resultado será la disgregación de las viejas leyendas o, como ya se nota en el presente, la separación de dos María Leonzas: la de Galli Curci con su Negro Primero y la de Alejandro Colina con su danta herrada. La una será de los supersticiosos; la otra, de la gente culta que sólo ve en ella una impronta de la hermosa y pura imaginación del pasado.

Es por eso que importan las creaciones artísticas individuales alrededor del mito. Los cuadros de Pedro Centeno Vallenilla sobre la misteriosa mujer, la estatua de Colina, el romance de José Parra, el drama de Ida Gramcko, las investigaciones de Antolínez y Tamayo, el poema sinfónico de Blanca Estrella, el ballet de Yolanda Moreno, etcétera, significan el paso de un mito en posición de descomponerse, al plano estable de los valores culturales. Son recreaciones en las que la ingenua pero formidable creación popular, adquiere perfiles trascendentales y contenido universal.

Frente a la chabacanería del yerbatero y el adivinador urbano que todo lo embadurnan de cursilería, han salido por fortuna, estos artistas creadores. El mito se volverá tal vez una olla podrida, pero la figura admirable y se-

ductora de María Leonza, no se perderá. Por el contrario, ya ha tomado el camino del arte verdadero en el que ella vuelve a los sugestivos panoramas del sueño, con pie de bronce. Con el paso del tiempo, mientras la superchería fuma tabacos para atraer maridos e invoca muertos para asustar rivales, María Leonza estará alta y lejana en su alcázar de música y poema. Habrá un divorcio de lo popular. Y se habrá dado por una vez más, el caso admirable de un hecho que se vuelve perdurable porque el artista lo recoge, ya caído de la mano anónima.



El Bolívar de Victorio Macho



En alguna parte he leído que el gran escultor Victorio Macho hizo entrega a Venezuela del monumento a los padres y la esposa del Libertador, el que será colocado en la capilla consagrada a la memoria de los mismos, en la catedral de Caracas. Según entiendo, Victorio Macho se va a España, definitivamente. En otras palabras: América para la cual tuvo los florecimientos más vivos su corazón en madurez, lo pierde ahora. España lo recibe de nuevo, tal vez para conquistar el fruto de su único invierno; el decisivo.

Victorio Macho es uno de los hombres más aguda y profundamente españoles que puedan darse. Sin poses ni propósitos, lleva a España en sí; es España. Le posee, sobre todo, como signo mágico, el hondo regusto de tragedia que marca a España; el impulso dramático y reivindicativo, no importa contra qué ni contra quién, que mueve la máquina de los corazones españoles, sean del Cid, del Quijote o de Quevedo y Villegas. Tiene también el ascetismo, la mística, el patético amor a lo desconocido que es la otra raíz del alma española; aquella que lleva sus hijos derecho a la quemadura del cielo por la vía de Santa Teresa. Torquemada o Ignacio de Loyola.

Cuando se entra el estudio de Victorio Macho en Lima un extenso cobertizo situado detrás del Museo de Bolívar, es España -en alarido- la que sale a recibirnos. Allí están, convertidas en piedras que el Maestro guarda con amor, o en dibujos que venera, esas figuras con que España ha comparecido

siempre ante la convicción del mundo; aquellos rostros secos y polvorientos, la mirada perdida; aquellas manos como sarmientos que se hunden a manera de raigones en el nudoso bastón.

Por entre todos se mueve el gran artista. En su palabra hay luz, en su actividad movimiento, en su inteligencia llama eterna. Pero sus ojos se apagan. Yo lo miré atentamente, con el afecto de quien fue de muy lejos a conocerle. Y comprendí que está cansado, y solo, y muy triste Victorio Macho. Hasta me pareció que en veces siente ganas de morir. Es más, que ama a la muerte con amor más vivo que el que le ha venido dando a través de su trágica dimensión española.

El alma del hombre marcha a veces por rumbos imprevisibles. Los caminos que transita entonces el espíritu, son como las picas que se abren en las montañas: un compromiso entre el pie que las estrena y la presencia fina pero inmensa de lo desconocido. Como el aventurero que confía en una estrella y va, mar adentro, sin saber hacia dónde, entre la noche, con sólo su lucero, así debió caminar Victorio Macho cuando España quedó a sus espaldas, y cuando oyó por primera vez que el amado solar corría sobre sus huellas los pesados cerrojos.

Vino a América, naturalmente. ¿A dónde más puede ir un español que ha perdido a España pero la lleva en sí y quiere seguir viviéndole? Trajo consigo lo que pudo salvar entre la tempestad de la obra hecha. Y trajo su recuerdo... Cuando alguien de su amor moría, lo pasaba a la estatua. Y se fue rodeando de ellas. Él casi lo parece ya.

En el estudio está la figura de la madre, dulce viejecita encorvada, de amorosas espaldas; y un Cristo que cuelga entre crespones negros, sin cruz,

como una llamarada. Adentro, en una cripta funeraria rodeada de colgaduras enlutadas, la estatua yacente del hermano. Viste el hábito franciscano, la capucha de estameña cae a un lado, las manos adormecidas son vasijas de amor del crucifijo.

Yacentes también son las figuras del monumento que ahora entrega Victorio Macho a Venezuela. Yo las vi en proceso, a punto de concluirse. El artista que está posesionado como nadie del alma extraña y poderosa del héroe, trabajaba en el grupo con pasión encendida. A un lado está la madre, la cabeza dormida. Las manos de una fineza imponderable, son manos que vierden luz. Están abiertas alrededor del claustro maternal. Se les adivina, en el vacío que contienen, la figura del hijo como semilla dormida. Del otro lado el padre, perfil agudo, fuertes manos de sembrador. Se piensa que si abriese los ojos, detrás de los párpados caídos relucirían las pupilas penetrantes y finas. En el medio de todos inclinada sobre el tallo de una muerte que le perfeccionó, María Teresa, la esposa de livianos pies. En un extremo arrodillado y desnudo, el espíritu de Bolívar con los brazos tendidos y la frente caída. El conjunto es liviano por la armonía y el equilibrio, es algo como la gota de agua.

Y otra cosa: el tema dominante en el taller de Victorio Macho es Bolívar. El proyecto central es una obra que coronaría su vida. En ella está el Libertador como flecha disparada del arco del cabello. Una poderosa sensación de porvenir y movimiento, que emerge de entre el barro y cobra vida.

Y es que el hombre que lleva a España dentro de su corazón, ha encontrado con facilidad a Bolívar, al verdadero, porque nuestro héroe está hecho con la sustancia perdurable del alma ibérica. Madariaga, el historiador enloquecido, dijo al parecer la misma cosa. Y anduvo en medio de

la noche trasteando para explicarse el hecho. Al fin salió de su buharda con un Bolívar muerto, frío y feo; un Bolívar que no lo es. Todo porque Madariaga, que ignora a América y desconoce a Bolívar, ha concluido por no saber lo que es España.

Victorio Macho sigue un camino inverso: llega a Bolívar desde su España, que es la cierta, y alcanza a América desde el poderoso corazón del héroe. La conjugación de tales fuerzas, ha hecho el milagro de su monumento que él sueña poder realizar alguna vez. La obra definitiva.

Así llegamos a otro punto. Los venezolanos le hacemos tantas estatuas a Bolívar por la sencilla razón de que todavía no le hemos levantado la estatua. Las plazas están llenas de mamarrachos que ofenden la sobria maravilla de aquella inteligencia. Para mayor pena, hemos comenzado a exportar semejantes abalorios. Hay estatuas donde el caballo vale más que la figura del hombre; otras, como la que le dieron al noble Curazao, que tanto ama a Bolívar, donde el héroe anda con la capa del cómico y a espada del torero. Son esos italianos comedores de yeso que llegan a Venezuela a fabricar ángeles para los cementerios, quienes han inventado a tal Bolívar.

Pero hay un artista, ya a punto de írsenos definitivamente, que puede darle a Simón Bolívar su monumento. El que le debemos ahora, más que nunca, cuando el hormiguero trata de negarlo. El que lo afirme y lo pronuncie. Yo vi el proyecto de ese monumento desmoronándose en Lima, cayéndose a pedazos en el taller de Victorio Macho, apuntalado por aquí y por allá con pértigas de hierro para que no se hundiese; conservado por el artista, con la ilusión de que llegue algún americano con voz poderosa y diga hasta convencer a Venezuela, que ese monumento debe estar en Caracas, vuelto piedras y mármoles y bronce.

Parece que Victorio Macho, antes de irse, va a venir a vernos. Sus ojos están tristes y su paso es de tardo ya. Pero en él arde la luz del genio. No le dejemos partir sin arrancarle de las manos, las que tal vez pronto volverán al silencio, el monumento que ellas mismas han creado con la angustia de un viaje que no tiene retorno.

El Tranvía de los Domingos
10 de febrero de 1952



Viaje por un Pesebre



Unas manos juveniles y finas, unas manos de mujer, me han abierto las puertas de la vieja casona. Hay una campana que retiñe al empujar las hojas, que suena con un clamor melancólico y llena el día. Hay también un corredor y en él, arringleradas, varias jaulas con pájaros. Todos rompen a cantar cuando se aviva el clamoreo de la campana.

Un perfume de tiempos idos, algo así como la huella que dejan las mariposas entre la mano, duerme en esta casa. Parece un cofre, siempre cerrado, pero lleno allá dentro de recuerdos callados. Uno llega, levanta la tapa, mira descuidadamente. Algo, de pronto, le llama la atención; cualquier cosa, una cinta agrietada, el guardapelo de oro. Y los recuerdos cobran vida, se enlazan, comienzan a ser pedazos de uno mismo.

Eso es lo que acaba de sucederme, precisamente. Las manos que me conducen han corrido el biombo que cierra la entrada de la sala, un aposento vasto con elevados ventanales que dan hacia la calle. Más de la mitad está ocupada por “el pesebre” que esta noche de hoy, a las doce en punto habrán de abrir al público.

Toda la vida está encerrada en este nacimiento. Toda la vida. Al verlo, el alma criolla siente la poderosa sacudida de los recuerdos, el olor de las cosas nativas, la vieja fragancia de las raíces que el corazón tiene hundidas

en este suelo desde el día en que naciera. Allí están las garzas que se paran en mitad de los ríos como un incomprendible signo de ortografía; los burros estridentes, algunas vacas tristes. Allí están, pero no fabricados en “el extranjero”, con máquinas y materiales que los vuelven perfectos, sino hechos con cartón y alambres, en esta misma casa, generaciones tras generaciones.

Admitimos que el Nacimiento no es un espectáculo. Nada me produce tanta repulsión como esas exhibiciones que llaman “nacimientos mecánicos”. ¡Mecánico un nacimiento! ¡Y no hay quien los meta en cintura! Un pesebre tiene que ser el júbilo de la improvisación y lo imprevisto, donde nada puede determinarse de antemano y todo sea libre creación. Eso es lo que le da el sello artístico y lo convierte en poema del sueño y la ilogicidad. Si se le conecta un artilugio mecánico, el pesebre muere, porque se mustia lo mismo que un verso al que se le aplicaran las tenazas hirvientes del Binomio de Newton.

El pesebre no es un espectáculo sino una ofrenda y ha de hacerse con ingenuidad desprevenida. Si en la vida verdadera se colocan vecinos un gusano, una paloma, un gavián, una zorra, una escopeta y un hombre, se produce una batahola feroz. Como si alguien tocara un botón misterioso, los elementos de la composición entrarán en actividad para digerirse unos a otros. El pesebre no, porque su escenario y sus normas son los mismos que rigen al mundo candoroso de los niños. El cazador tendrá el cachete de trapo adherido al fusil durante todo el tiempo, la paloma vendrá a posarse sobre su hombro y el gavián marchará con la zorra. Claro está que el gusano podrá andar caminándole las barbas al cometa Halley como si fuese una guayaba. Y nadie se sorprenderá.

El pesebre de esta vieja casona es una apoteosis de la tradición. Cuando se le mira parece un pueblo, con su cura, su Plaza Bolívar, sus hermanitas de

la caridad y su borracho particular. Nada le falta, ni siquiera el bobo y el Jefe Civil, los cuales representan el primero y el último tramo de la vida local. Uno comienza a subir por la falda de la derecha y por allí mismo, a medida que va subiendo, se le abre el panorama. Allá lejos, se divisa el río. Corre entre cristales de mica, lamiendo los tímidos pies de la arboleda. Por ciento que la vegetación es frondosa, de altos copos. Veo un cotoperiz, zalamero, con sus frutos reventones; un guayabo tornasol de tronco acerado; un candelo que parece el brazo de Dios con un rayo en la mano. Después del río torciendo a la izquierda sigue el camino que va a la serranía. Son lejanas y brumosas las sierras de este pueblo. Los hombres acostumbran subirlas montados en sus burros; las mujeres a pie. Como las montañas son altas, producen diversos frutos: a media falta el café, más lejos el trigo. Son famosas también las batatas que se dan en el lugar. Lo deduzco porque a la puerta de una casa de corredor está sentado, con una batea sobre las piernas, un hombre delgado, de larga cabellera y ojos de profundo trasnocho. ¿Quién puede ser, sino el poeta del lugar? ¿Y cómo podría comer batatas un poeta si no fuesen notables y famosas?.

Pero todo no es quietud y paz... Allá, entre un grupo de gentes, veo caer trastabillando a un hombre de mala catadura. La mano izquierda sube hasta su corazón. Por entre los dedos, a borbotones, le brota un líquido espeso que moja sus alpargatas y deja violentos rosetones sobre el piso. Otro hombre, seguramente el asesino, corre hacia las serranías. Un perro le persigue, algunas mujeres gritan. Muy lejos, sonando sus silbatos, comienzan a salir los policías. Uno piensa en los hijos de trapo del hombrecito que ha quedado tendido; en su mujer, que a lo mejor es cualquiera de esas que vemos sacudiendo ropa sobre las piedras del río... Cuando le llegue la noticia, lanzará un alarido, levantará los brazos al cielo y correrá seguida de las otras hacia el pueblo. Nadie tendrá piedad. Ella seguirá lavando ropa, los muchachos

se irán. Otro día, pasados muchos años, cuando seamos ya viejos y se nos ocurra volver para mirar otra vez el pesebre, hallaremos a los hijos de la pobre mujer borrachos como el padre. Es la vida.

Nadie podrá decir cuánto tiempo me estuve metido en este pueblo. En verdad, el tiempo tal como lo concebimos fuera de él no existe allí. El espacio tampoco. La luna sale por un costado del villorrio mientras el sol asoma su nariz rubicunda por la loma de un cerro... Es natural que por ninguna parte se vean señales del relojero. Uno piensa que debió suicidarse, vuelto un lío con esto de la luna y el sol jugando al escondite.

No supe cuánto tiempo estuve allí, ni hacía falta alguna que lo supiera. Ante mis ojos estaba todo un mundo de sueños y verdades. Toda la realidad y toda la mentira de la existencia, porque un pesebre cuando se construye con el oído puesto sobre el costado de la humanidad, es la mejor atalaya para mirar al mundo. El secreto está, seguramente, en que el pesebre abunda en posibilidades dramáticas. Todo él no es otra cosa que una multitud de teatrillos minúsculos yuxtapuestos. De ahí que quien los mira asiste a una maravillosa multiplicación de escenas, cada una alrededor de un tema diverso, lo mismo que en la vida. Aquí será la escuela, que sale a la calle con su parvada de niños; allá el matrimonio de los muñecos desiguales seguidos por su cortejo de malas lenguas. Por esta parte asoma la mascarada. Por la otra un entierro de pobre entre cuatro borrachos. Grandeza y miseria, júbilo y tristeza, todo trazado con una mano desprevenida, menuda y jubilosa como mano de niño...

Esta noche, a las 12, como hace tantos años, se abrirán las ventanas de la vieja casona. El pesebre, en medio de las luces ofrecerá su retablo candeloso donde la vida se muestra como es y como debe ser. Pienso que se abrirá

como una flor. Al mismo tiempo, en todos y cada uno de nuestros pueblos, en los campos y las ciudades, otras mujeres y otros niños correrán las cortinas que ocultan el misterio de sus nacimientos. Vendrán de todas partes gentes buenas a mirarlos. Gentes de esas, tan nobles, que se ponen a conversar -¡todavía!- de las cosas del pesebre como si fuesen reales. Los de casa les ofrecerán dulce de lechosas fragante y alguna copa de mistela y ron. ¡Oh viejo ron que suelta las lenguas y saca los colores a la cara de las mujeres!

Cuando todos hayan partido, las luces irán muriendo lentamente. El niño de la casa, el más pequeño de todos, el que creíamos dormido, se levantará de puntillas, cuidadosamente. Y se estará silencioso, a solas con el pesebre, comprendiendo. Tal vez será su primer viaje; su primera salida hacia el misterio y la aventura.



El Ferrocarril de las Hormigas

La Farola de la Navidad



Cómo puede cambiar, de un día para otro, la perspectiva y aún el sabor de la ciudad. Hasta ayer andábamos con la cabezota redonda de consignas, accionando como locos ante la pintura de los candidatos, haciendo apuestas. Ahora, como si hubiesen pasado cien años de aquel sueño de ilusiones, sólo nos preocupan la hallaca y el furruco. Es la Navidad vieja y criolla, que ya asoma su rostro amable por el filo de la serranía. Pacheco, el antiguo, que llegaba como un caballero de paraguas y levitón dando saltos por las calles de La Pastora, viene de nuevo aunque traiga su gabán enverdecido, deshilachada la bufanda y roto el traje. Llega, toca nuestro ya fatigado corazón, pide posada. El campanillo del alma suena con su añejo repique, aquel de contestar “Gente de Paz” y la puerta se abre, sin querer. Ahora está sentado en la sala, con su trago de café sobre la mano, el espíritu pascual. Conversa, largamente, con nuestro recuerdo y como en los antiguos corredores de helchos y bernegal, corre por las bocacalles una extraña música de campanas que hace bailar como un globo el corazón.

Mejor así, los políticos se empeñan en seguir con su quincalla de cacerolas y sartenes porque su misión es la de andar encaramados en el cogote de los demás. Pero hay una mano espiritual que los toma por el pescuezo y los saca a la calle, como huéspedes no queridos. Hace poco, para aprovechar, se presentó a un programa de dádivas lúdicas a los niños pobres, una “comisión” de damas de cierto partido. Lo encabezaba una gentil señora, tan



bella y fina, que da dolor verla metida en esos andares de la política. Pero ya se ha hecho costumbre en ella. Le dieron la palabra y no podía perder la brillante ocasión. Ofrecerle a un político un micrófono o ponerlo ante una cámara de televisión es como prometerle una misa al *Ánima* de la *Yaguara*: suda, suspira, tiembla. La bella dama se abrió de capa con un mitin. Y el público, de inmediato, con una reacción unánime, levantó las compuertas de la pita. La señora había olvidado que era el momento pascual: el de la caja de música, no el de la caja de clavos.

A mí me parece bien, como se lo parece a todos cuantos quieren paz, o al menos aspiran a que les permitan vivir un paréntesis consagrado a otra cosa. Por ahí apareció la carta de una madre de familia implorándole a los líderes que no hablen en estos días. Creo que debiera ser al contrario. Si aquí las cosas se hicieran a derechas debían ser los dirigentes quienes se dieran cuenta de que en la temporada pascual conviene esconder el bizcocho. Y se irían, a dejarnos reposar. Se irían sin declarar que van a hacer esto o lo otro. Se borrarían, pues, o se disfrazarían de Santa Claus.

Feliz el ánimo que sólo escucha aguinaldos, que salta con el trepidar del furruco y danza con el son de los chinecos. Felices esos chicos de los barrios que bajan con sus trajes floreados, sus alpargatas bordadas y sus liquiliquis aplanchados para atronar con sus coplas navideñas los oídos cansados de la ciudad de cemento. Se ven jubilosas las muchachitas cuando mueven incesante el cuerpecito al compás del merengue pascual. Cantan cosas curiosas, porque ahora el aguinaldo parece haber abandonado la intención a lo divino para consagrarse a cosas que ni siquiera son humanas porque son de animales. No se oye cantar ya a la estrella refulgente ni al pesebre de Belén, pero el espíritu se mantiene en pie, como esos niños de los barrios. Levanta su alegre vocecita y entre la convalecencia de las heridas políticas encuentra

todavía ocasión de florecer. Es la Navidad, la vieja y criolla, que asoma su cansada farola por sobre el filo de la serranía.

Diciembre 1963



Cabo de Año



Cuando llega, como hoy, el fin del año, uno se siente inclinado hacia las cosas raras. Le entran por ejemplo, unas envidiables ganas de decir un discurso; de montarse sobre un cajón y empezar con aquello de: “Compatriotas, la inclemente guadaña del tiempo ha segado una uva más en la corona de Cronos”, que tanto gusta cuando se dice en los cumpleaños, o en los matrimonios.

Viéndolo bien, ese impulso es muy humano. Está, como quien dice, en el derecho de quien ha sobrevivido a las contingencias de todo un año. Mire el lector, si le parece bien, hacia atrás; ponga la mano en su mejilla, cierre la puerta de la habitación y medite. Verá cómo le brotan unos impulsos extraños de poeta; unas ganas delirantes de escribir versos. El lector se las aguantará, naturalmente, porque el lector es persona seria, tiene su haciendita, su negocio de pulpería con un letrero que dice “La Flor de Parcha”, “Detal de Licores” y otro que pinta: “Hoy no Fío, Mañana sí”; el lector en fin, tiene prestigio y no va a empezar ahora, con barba y todo, a echar sus intimidades sobre los inocentes. Pero le dan ganas de escribir versos. Y eso es lo importante, aunque las sofrene y forme una algazara con media docena de cohetes, o haga cualquier cosa propia de la gente seria.

Pues bien, decía que la tendencia a cerrar y abrir capítulos al compás de los años es tan natural como bailar al compás de una charanga. Nuestra gente

de campo acostumbra clausurar los ciclos anuales con una fiesta estruendosa que llaman “cabo de año”. Es una especie de liquidación. Como quien se está fumando un tabaco y forma una gritería porque se le acaba. Si a la familia se le ha muerto un miembro, al cumplir los aniversarios compran un garrafón de aguardiente y traen un cantador de “lloras”; si en el patio de la casa hay una cruz, le celebran su día, la visten con papel de seda y se beben en su nombre varias botellas de ron; en cuanto se cumple un año de la fiesta, ponen otra. Como celebración del “cabo de año”, le dan una paliza al Comisario.

Esta noche, todo el mundo conmemorará la fecha. Nosotros también deseamos hacerlo, cortando esta crónica en pedazos. Recordar algo de lo sucedido en el año es también una manera de poner la fiesta.

AGRESIVIDAD



En la etapa que finaliza, el amor nacional se mantuvo bajo signos de violencia. Por cierto ángulo es algo que nos llena de orgullo, porque quiere decir que estamos adquiriendo fisonomía propia en eso de las artes amatorias. Así como existe un amor “a la italiana” con góndolas y macarrones y un amor “a lo apache” con cachucha y música, nosotros nos podemos jactar ahora de un “amor a la venezolana”, confeccionado con palos, mercurio cromo y pitos de policía.

Los idilios concebidos así son de una originalidad asombrosa: la novia en vez de ser una cándida violeta del camino, maneja el garrote como un bailarín de Tamunangue, el galán está inscrito en la Comisión de Boxeo y la suegra sigue un curso de jui-juitsu por correspondencia. El rival, oscuro mozalbete del barrio, escucha la radio todo el día.

La tragedia se incuba minuciosamente, como en los dramas de Echegaray. El aire huele a cloroformo, se oyen chasquidos de bisturíes, una sinfonía de a cuartillo toca la Marcha Nupcial... El rival abre la escena con un traje anatómico. En sentido inverso pasa un carrito de helados. El hombre da un silbido para llamar la atención del heladero, pero la dama que es vampiresa, y está con el oído en el postigo, se asoma a la ventana. El rival le obsequia un mantecado y cita algunas frases del mambo titulado “Perola sucia del basurero”. La doncella riposta con el mambo -contestación correspondiente, que debe llamarse “Salmonete del Guaire” o algo peor. El idilio nace al instante. Mirada y mirada se cruzan ya como dos autobuses en la carretera de La Guaira, cuando aparece la suegra y llama por teléfono al novio. El pretendiente toma un carro de alquiler y va a la ferretería más cercana. Allí compra un cuchillo de diez pulgadas y una lata de aceite “Tres en Uno”. Cuando se presenta a la escena, su amada está que se derrite, llena de mantecados, como una refrigeradora.

Corremos un velo sobre el espeluznante suceso porque sabemos que nos leen menores de edad y queremos acatar las normas periodísticas del Consejo Venezolano del Niño. El novio con su lata de aceite y su cuchillo, mata a todo el mundo; la suegra ha perdido el moño, el heladero corre por debajo de las camas, un reportero hace fotos e interroga al amante. Éste posa en actitud de suicidarse mientras exclama: “¡La mujer es un veneno para el hombre!” o cualquier otra cursilería aprendida en “El Derecho de Nacer”.

La violencia amorosa nos está quitando muchas vidas jóvenes, el ácido muriático, los instrumentos más innobles, los procedimientos más raros, intervienen para convertir a los dulces prados del amor en un “ring” de boxeo. Cada día el periódico describe nuevas combinaciones químicas ideadas por las mentes enfebrecidas con el amor “a la venezolana”. Una

muchacha reúne crema de zapato con kerosene y semillas de auyamas; otra se traga un aislador de telégrafo; un mozo se come la guitarra con que solía cantar a su enemiga.

La culpa la tienen muchas cosas banales, cursis, romanticoides y quincalleriles que en la actualidad se difunden entre el pueblo. Todos se envuelven con un aspecto de sensiblería, de aparente seriedad, que las gentes ingenuas o los espíritus juveniles toman a pecho. Por eso para combatirlos hay que usar la risa. El día que ridiculicemos esos suicidios y demos lo estúpido de algunas canciones y comedias que la radio esparce, el amor “a la venezolana” volverá a ser lo que fue hasta el día de hoy: relación humana entre varón y mujer. Lo que es en la actualidad, Cupido tiene los ojos vendados con adhesivo y lleva entre las manos, en vez de flechas, un frasco de yodoformo y un bisturí.

CURIOSIDAD



Es otro signo de nuestra vida. Todo se publica, todo se curiosear. No hay suceso íntimo que no salga a la calle aumentado y corregido. Venezuela da la sensación de una inmensa central telefónica donde todos los números girasen al mismo tiempo. En cada hilo hay un oído ansioso y una boca que responde con los datos más estrafalarios.

El asunto ha llegado a tanto, que ya las gentes antes de casarse, efectúan un bautizo o celebran un santo, ensayan lo que van a decir a los invitados. Lo mismo pasa si algún miembro de la familia ha tenido la desdicha de que lo muerda un loro o le suceda cualquier percance propio del ajetreo contemporáneo. Hay que ensayar cuidadosamente las declaraciones antes de abrir la puerta, porque afuera se estrecha todo un concurso de vecinos, camarógrafos, agentes de seguro y grabadores de discos.

La solución más inteligente se le ocurrió a Said Padua, comerciante y agricultor larense. Padua venía de Coro, en un avión. Era el único pasajero. Cuando llegaron a las cercanías de Barquisimeto, el aeroplano cayó al suelo. Atontado, sin saber cómo, ya que estaba completamente dormido, salió afuera. Una muchedumbre le tomó sobre sus hombros como un héroe. Lo llevaron a su casa, lo metieron en la cama, le trajeron un litro de cocuy. Cuando Padua pudo hablar, echó el cuento por la primera vez. Aún no terminaba cuando ya entraba una nueva oleada de curiosos. Todos le pidieron que comenzara y Padua tornó a narrar el suceso, esta vez con menos detalles. Llegó más gente. Quisieron conocer el hecho. Padua volvió a empezar el cuento, mucho más recortado todavía.

A las tres horas, Said Padua estaba jadeante, pero seguía llegando gente. “Échame el cuento, Said”... “Que el avión se cayó”, contestaba él en el colmo del resumen... Pero la gente no se satisfacía: “Así no, cuenta desde el principio”... “Bueno volábamos a novecientos pies”...

“No, vale, no seas maluco, ¿qué te cuesta empezar desde el principio?... Said Padua volvía a comenzar, con mucha cautela, cazando a sus oyentes para cortarle a la historia todos los pedazos que pudiera. Pero ya era una cuestión de honor, las gentes estaban sobre aviso, cazándole a su vez, y le interrumpían en cuanto él daba un rodeo: “Así no, Said, a eso le falta un tolete. Vuelve a empezar”...

De esa manera transcurrió el día. En la noche, casi moribundo, Padua mandó a buscar una taquígrafa y le dictó la historia de punta a punta. Sobre la marcha envió los originales a una imprenta y salió a escondidas por el corral de su casa. Allí tomó el automóvil que lo trajo a Caracas.

Al día siguiente, como era de esperarse, comenzaron a llegar nuevos visitantes con aspiraciones de oír la narración. La señora esposa de Padua estaba a la puerta y cada vez que llegaba una persona la recibía con estas palabras. “Said le dejó dicho que él está bien porque no sacó ni un rasguño del accidente, que cómo está usted y cómo están por su casa”. Luego le entregaba una hoja con la historia impresa y agregaba: “La dirección donde se encuentra actualmente en Caracas es de tal parte a cual parte. Si hay algún detalle que usted quiera conocer del accidente y que por desgracia no figure en la hoja, haga el favor de ponerle un telegrama a Said con objeto de poderse lo contar en la segunda edición”.

FINAL



Esto va largo. Se me ha ido la mano, sin querer. Pienso que el lector estará deseando que lo deje tranquilo. Concluyo, pues aquí, aunque no esté completa la colección de sucesos que merecen comentario. Otro día será. Por hoy aprovecho la oportunidad para enviar un abrazo fraternal de año nuevo a todos los pasajeros de este tranvía dominical.



Diciembre Moribundo

Por Manuel Rodríguez Cárdenas



Este diciembre ha llegado de un modo extraño. La vida nos tiene acostumbrados a un diciembre familiar, insistente y juguetón, en el que abandonamos las cargas del año para volver por el recuerdo de las lejanas horas infantiles. En cierta forma este mes es una válvula de escape. El hombre deja el ajetreo cotidiano, se sienta sobre una piedra del camino y le da cuerda nueva al viejo corazón. Eso es diciembre. En la tradición, en el recuerdo, en los deseos. Una oportunidad para volver.

Pero este diciembre llegó calladamente. En muchos calendarios se ve aún la hoja de noviembre, colgada como una página que ya no pertenece al árbol. Hasta los habituales caballeros que piden el aguinaldo con un mes de anticipación, se han olvidado. Y uno extraña aquellas tarjeticas impresas en la Playa del Mercado, mal cubiertas con polvo de dorar, verdaderas joyas de un tiempo ya pasado.

Los cronistas deportivas miran con desdén al patín y la bicicleta de diciembre, pero eso no obsta para que dichos instrumentos sigan brindando una desinteresada contribución a la alegría ciudadana, la suciedad de las calles y los matrimonios imposibles. Cuando en Venezuela se haga el Museo del Censo, junto al retrato del señor Leañez Recao, habrá que exhibirlos a ellos. ¡Cuántas idas y venidas de la fatigada cigüeña de Setiembre no comienzan allí!

Pero las lluvias han entorpecido esta vez las caravanas matinales. Las damas jóvenes se abstienen de salir con sus galanes porque el agua les destruye el tocado; otras, las de mayor edad que tan necesarias son para la guarda y protección de las menores, se guarecen bajo techo, temerosas por la fidelidad de colorete, la vigencia del tinte capital, la firmeza de los mil y un artefactos que entretienen la desgastada anatomía. ¡Y los jóvenes! Armados tras una trinchera de cartón pintado, ponen un “Santa Claus” rubicundo, las manos enguantadas y la nariz encendida por el ponche.

Eso hacen las gentes distinguidas, las personas cultas. Y, claro, sobran imitadores. La tradición exigía que en el mes de diciembre salieran a la calle en cada pueblo del interior y en cada barrio de Caracas, varias señoras afamadas por el arte de dorar las empanadas entre el fogón chisporroteante. Estas damas tan honorables como cualesquiera de las obras Musas, tenían ciertos adminículos rituales, consagrados por el uso de las generaciones: un caldero desportillado, un alambre de telégrafo convertido en gancho, un anafre hecho de lata querosenera... Se instalaban desde la media noche, rodeadas de curiosos, entre el amable chirrido de la manteca y el acompasado batir del soplador. Y la fama les coronaba con un prestigio que era su mejor medalla. Hasta había pleitos y puñetazos por dirimir en el terreno del honor cuál empanadera era mejor, si la de éste o la de aquel barrio. ¡Si hasta salían en los periódicos!

Claro está que una taza de café o una empanada en aquellas sus edades de oro, constituían por sí mismas alicientes bastantes para madrugar, si es que no se estimaban las otras razones tradicionales... A cambio de eso, véase el panorama contemporáneo... Una esquina, una motocicleta y un musíú. Del poste del alumbrado baja un cable que se conecta con varios tubos de gas neón. Éstos están colocados alrededor de un carro montado sobre cau-

chos, dentro del cual se ven una cocina eléctrica, un esterilizador de vasos, un filtro y un termo. Al costado izquierdo hay una máquina de hacer cotufas, de la otra parte un radio a todo volumen y dentro de él un “mambo”. Huele a naftalina, a peróxido de hidrógeno, a cloroformo, a éter, a todas las cosas inventadas por la medicina para matar microbios, pero las empanadas parecen de goma y el café provoca una catástrofe tan pronto como cae en el estómago. ¿Quién va a madrugar para buscarlos?.

“Fermín Entrena”, una interesante novela histórica del doctor José Abel Montilla aparecida en estos días, pinta la pascua de aquel 1899 en que Castro llegó a Caracas. Los jóvenes andinos recién llegados, recorren las calles en las primeras horas del día, contemplan los grupos de lindas mozas y ven el Ávila que amanece al Norte arrebuñado entre el frío matinal. Los párrafos son, incidentalmente, un boceto del diciembre de antaño con sus chácharas amables, sus repartidores de pan metidos entre los sonoros serones y los vendedores de leche que golpeaban los cazos de estaño en los balaustres de las ventanas.

Todo eso ha pasado. Costumbres nuevas y hechos nuevos, dan origen a nuevas tradiciones para el día de mañana. Caracas, en vías de violenta transición, despierta de otro modo, con una alegría diferente y sin pájaros. Es natural, es lógico que así sea. Aunque hoy por hoy, entre la lluvia y el polvo de los días, diciembre el jubiloso llegue de tal manera que casi nos parece moribundo.





*El Famoso Campo
de la Muerte en Jartún, URSS*

***Yolanda Moreno y Manuel
Rodríguez Cárdenas***



León, Nicaragua. 1956
Manuel Rodríguez Cárdenas

ÍNDICE



Salutación.....	5
Prólogo.....	7
Una calle en la Ciudad.....	11
Domingo en la mañana.....	16
Petare Colonial.....	19
Nuestra Ciudad.....	22
El Pajarillo Muerto.....	27
El Piano Desafinado.....	30
El Ojo Mágico.....	35
Fantasma de Ayer y Hoy.....	38
Los temblores de Caracas.....	41
El Junquito.....	44
La Jefa de Candelaria.....	47
Las Palabras Tricornúpetas.....	50
La Comadre Carmela.....	53
Cuando Viajan los Venezolanos.....	57
El Arte de Pedir Limosna.....	62
Venezuela oída por radio.....	70
La Publicidad y las Amas de Casa.....	76
La Moda Caraqueña de 1800.....	79
La Paz de los Sepulcros.....	82
Caracas vuelve a la selva.....	85
Autobuses, Choferes y Fiscales.....	88
Un viaje en autobús.....	91
Bolívar en Curazao.....	99
Yo pido Juventud para la imagen de Matea.....	103



La Evolución del Baño.....	106
El Espíritu de FUENTEOVEJUNA.....	109
El Cometa entre Papeles Viejos.....	112
La Cigüeña Ciega.....	115
El Juicio de las Ratas.....	119
El Hampa Triunfal.....	124
Parábola de la Hormiga y la Rosa.....	127
Signos de la Época.....	130
La Madre ha vuelto.....	132
El Libro de Ángel Corao.....	136
La Casa del Poeta.....	139
La Lechosa en el Banquillo.....	142
Los Muñecos de Muñoz.....	145
¿Por qué tenerle miedo a Los Marcianos.....	148
El Maestro de Escuela.....	151
¿Discriminación en la Escuela Pública?.....	158
Teatro de Estudiantes.....	162
Recuerdo a Lucas Manzano.....	169
Clavel para Juana Sujo.....	172
La Reyna Magdalena.....	175
María Leonza en el Arte.....	178
El Bolívar de Victorio Macho.....	181
Viaje por un Pesebre.....	186
La Farola de La Navidad.....	191
Cabo de Año.....	195
Diciembre moribundo.....	201

FONDO EDITORIAL IPASME

Presidente:

José Gregorio Linares

Asesores:

Alí Ramón Rojas Olaya y Ángel González

Edición:

**Janeth Suárez, Freddy Best,
Darcy Zambrano y Odalys Marcano**

Diseño Gráfico:

Luis Durán, María Carolina Varela y Lorena Ramírez

Plan Revolucionario de Lectura:

Luis Darío Bernal Pinilla, Yuley Castillo, Verónica Pinto, Mervin Duarte, Saudith Felibert y Enricelis Guerra

Administración:

Tibisay Rondón, Juan Carlos González Kari y Yesenia Moreno

IPASME va a la Escuela:

Alexis Cárcamo

Informática:

Enderber Hernández

Apoyo Logístico:

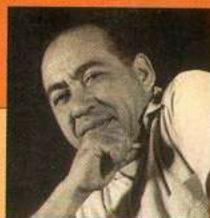
Eduardo Ariza, Víctor Manuel Guerra, Rafael Ortega y Richard Rico

Distribución:

Jazmín Santamaría y Ronald Carmona

Secretaría:

Gladys Basalo



Manuel Rodríguez Cárdenas

Nació en San Felipe, estado Yaracuy. Curso sus estudios primarios en el colegio "Montesinos" de dicha ciudad y los estudios de enseñanza media en el colegio "La Salle" de Barquisimeto, estado Lara. Cursó Derecho (1936) en la Universidad Central de Venezuela, en Caracas. Igualmente realizó estudios de especialización en Derecho Social en la Universidad Central y en Columbia University, New York, USA. Profesor Universitario de la UCV, Liceo Andrés Bello y El Colegio Alemán.

Sus estudios sentaron las bases para poner su obra al servicio de la clase trabajadora, dedicando gran parte de vida al trabajo social en las áreas del tiempo libre, recreación, relaciones humanas, información y difusión cultural.

Fue miembro fundador de la Escuela de Periodismo de la UCV, colaborador de varias revistas y diarios en Venezuela y en el exterior. En el campo literario tiene publicado: Tambor (Poemas para Negros y Mulatos), "José Martí", "El Tigre en Venezuela", "Poemas de Marimontaña", "Las Realidades del Taller", entre otros, una extensa cantidad de ensayos, trabajos, crónicas etnológicas y divulgativas son parte también de su obra.

Fundador del Retablo de las Maravillas en el año 1950, cuyo objetivo principal fué la inversión del tiempo libre y la canalización del ocio de los trabajadores, en donde se impartía teatro, danza, canto, títeres, cine y la existencia de bibliotecas móviles, giras nacionales, deportes, organización auspiciada por el Ministerio del Trabajo.

En 1.960 fundó la agrupación venezolana Danzas Nacionalistas, bajo la dirección de Yolanda Moreno su compañera inseparable, la cual ha cosechado éxitos nacionales e internacionales.

Falleció en Caracas el 26 de Agosto de 1.991, dejando un largo y fructífero camino en las áreas Cultural-Recreativa y Literaria de nuestro país.

Manuel Rodríguez Cárdenas es un hermoso ejemplo a seguir digno de ser emulado por las generaciones venezolanas del presente y del futuro.

En esta oportunidad el Fondo Editorial del IPASME con la edición del libro: "Manuel Rodríguez Habla a Caracas", presenta al público en general una serie de crónicas referidas a la ciudad que el autor tanto amó, como lo es la Capital Venezolana en la cual trabajó, luchó con gran honestidad y entrega.

Fondo Editorial del IPASME